

DEL ORO A CRUZPATA

FAMILIA AQUINO-BOGARIN

DEDICATORIA

En recuerdo a mi amigo de infancia, primeros años de la adolescencia, con quien pasamos largos días-noches de juego en el campo, aventuras con caballos, aprendizaje de historias, en Taquia, Cruzpata y Tayabamba. A Salomón Vidal Zegarra.

AGRADECIMIENTOS

Esta crónica no hubiese sido posible, por lo menos no de esta forma, si no hubiera contado con la colaboración, apoyo, de un sinnúmero de personas. Ellos, ellas, con sus recuerdos, sus vivencias, han contribuido para que este escrito llegue a manos de los lectores.

Por lo declarado, hacemos público nuestro agradecimiento a las siguientes personas: Luis Terry y Jorge Guillén. Ellos viven en el Perú. A través de largas conversaciones, vía teléfono, contribuyeron con datos, ideas, sobre la vida de la sociedad patacina en general y tayabambina en particular. A Juan Morillo y Abner Viera. El tiempo que hemos pasado hablando sobre el tema en Madrid, con el primero, y en Roma, con el segundo, ha sido de mucho valor. Los días de conversación con Heisen Dávila, en la ciudad de Bérgamo, ha sido de mucha ayuda. Los diálogos con mis 2 hermanas, Romelia y Marina, durante su visita en Alemania, fue una fuente de primera mano en el plano familiar. De igual manera, un agradecimiento al primo Pepe Villanueva. Él fue el mentor de este proyecto hace un año atrás. Ahora es ya una realidad.

Finalmente, un agradecimiento a los familiares, los que con sus testimonios, recuerdos, de Cruzpata y los abuelos Rosaura Bogarin Ulloa y Julián Aquino Castillo, han brindado información sobre el lugar y la familia en mención. A Azarias Aquino Narro, Rosa Correa Aquino, Pepe Villanueva Aquino, Edermiz Dueñez Roldán, Azarias Espinoza Lozano, Edison Espinoza Lozano.

ÍNDICE

-Presentación	9
-Capítulo I	
-Oro. Pataz. Hacienda	11
-Capítulo II	
-Tayabamba. Terratenientes. Comerciantes	67
-Capítulo III	
-Cruzpata. Familia Aquino Bogarin	89
-Capítulo IV	
-Testimonios de nietos y bisnietos	107
-Capítulo V	
-Cruzpatinadas	137

PRESENTACIÓN

La idea de escribir esta crónica comenzó en una larga conversación, julio de 2022, estando yo estaba en la ciudad de Frankfurt, con el primo Pepe Villanueva. Después de un nutrido cambio de ideas, se repitieron en varias oportunidades, convenimos en desarrollar este proyecto. El mismo que lo hemos titulado: *Del oro a Cruzpata*. Y subtulado: *Familia Aquino-Bogarin*. El tiempo comprendido es, principalmente, desde 1900 hasta 1970.

El primer capítulo se titula: *Oro. Pataz. Hacienda*. En él se desarrolla la presencia del oro en los mitos, en la religión judeocristiana, en la literatura. El rol del oro en el Perú. Finalmente, el oro en la provincia de Pataz y su incidencia en Tayabamba. Otro hecho que tuvo importancia en esta provincia fue el sistema de hacienda. Se expone al hacendado y la servidumbre en esta zona del departamento de La Libertad.

El segundo capítulo, *Tayabamba. Terratenientes. Comerciantes*. Se focaliza en la capital de la provincia de Pataz. En ella se trata la interrelación de los terratenientes con los grandes comerciantes. Esta alianza fue la base del Poder local o gamonalismo. Sin obviar, por supuesto, a la clásica burocracia formada por personas venidas desde afuera o, en su defecto, los nacidos o socializados en esta ciudad.

En el tercer capítulo se describe el lugar denominado Cruzpata. Un paraje que, normalmente, fue relacionado con la familia Aquino Bogarin. En él se rastrea la ascendencia de la señora Rosaura Bogarin Ulloa y del señor Julián Aquino Castillo. A la par se menciona hasta su cuarta descendencia.

En el penúltimo capítulo, el cuarto, se recoge los recuerdos, las impresiones, de 3 nietos y de 3 bisnietos sobre el significado de Cruzpata, la casa de los abuelos, las 2 personas cabezas de la tribu. Se solicitó la colaboración de 4 nietos más, pero no se logró el objetivo.

Se finaliza en el quinto capítulo con un conjunto de recuerdos, historias, que los abuelos y algunos de los familiares, contaban al resto de los familiares. Estas vivencias han marcado la vida en el tiempo mencionado. Las historias de los crímenes pasionales-políticos fueron la especialidad del abuelo. Los cuentos de la hambruna-montaneras fueron temas favoritos de la abuela. Se les ha dado en llamar *Cruzpatinadas*. La razón es que las historias contadas no trascendieron los círculos de la familia cruzpatina.

Con excepción de 4 o 5 autores, han sido citados sus escritos, las ideas desarrolladas en esta crónica carecen de verificación, es por ello que no son ensayos ni, menos, investigación científica. Sólo es una crónica. Esperamos que otros interesados en el tema lo amplíen, desarrollen y profundicen. De esa manera se conocerá mejor el movimiento histórico-económico, las acciones político-sociales, las representaciones ideológico-culturales, de esta zona del Perú, de Pataz, de Tayabamba.

Julio Roldán,
Hamburgo 2023.

CAPÍTULO I

ORO. PATAZ. HACIENDA

La provincia de Pataz está ubicada en la parte sur-oriental del departamento de La Libertad. Desde el punto de vista geográfico, lo que la caracteriza es que es un terreno sumamente agreste y con escasas llanuras. Los riscos, como veremos a continuación, almacenan en sus entrañas una variedad de minerales, especialmente oro. Pataz fue, es, conocido, atractivo, por la existencia de este metal desde tiempos pre-incaicos hasta la actualidad. Para desarrollar este capítulo, en la presente crónica, nos basaremos, centralmente, en el ensayo titulado *El oro para el rescate* (1979), de la escritora Lucrecia Vidal Arias.

Para una mejor comprensión, pasamos a desarrollar el significado del oro en varios niveles. Primero, en la fantasía humana. Segundo, en su significación concreta como mineral. Tercero, la importancia que se le ha dado en las relaciones humanas-sociales. Continuamos con su influencia en el Perú, y finalizamos en su rol en la maltrecha provincia arriba mencionada.

BENDICIÓN-MALDICIÓN DEL ORO

Iniciamos el presente capítulo, de la presente crónica, mencionando 3 expresiones humanas donde el áureo metal, además de brillar, también hechiza. La presencia de su majestad, el oro, se da en momentos culminantes en la vida de individuos y pueblos. Comenzamos con la mitología, particularmente la griega. Continuamos con la religión, en concreto la judeo-cristiana predominante en esta parte del mundo. Terminamos con la literatura producida, principalmente, en el denominado *Abendland*.

La mitología, la religión, la literatura, son expresiones humanas que configuran determinados momentos del ser, de su existir, de su actuar. Ellas reflejan ciertos hechos culturales que se dan en el proceso de desarrollo de la conciencia, en unos más en otros menos, en el quehacer histórico social. En ellas, la fantasía, la imaginación, los sueños, los deseos, las figuras, las metáforas, son el demiurgo que dan color, forma, sentido, a esa expresión suprema llamada solidaridad humana.

Es menester decir que es la consciencia, con mayor rigor la autoconsciencia, el campo donde se producen, recrean, cruzan, mezclan, las expresiones arriba mencionadas. Para evitar malos entendidos, advirtamos que ellas tienen uno de sus soportes en el valor, en sí, del bendito metal. Nos referimos al oro, químicamente hablando. Finalmente, hay que mencionar el valor que se ha tejido en torno al oro en las relaciones humanas. En otras palabras, subrayar cómo este mineral ha sido considerado a lo largo del proceso histórico, en la actividad social.

Desde el punto de vista de la ciencia química, se puede decir que el oro es un metal denso, suave, dúctil, maleable, pesado, es fulgurante de color amarillo. Él no pierde su brillo en contacto con el agua o con el aire. El símbolo del oro es *Au*, que proviene de la palabra latina *aurum*, que significa *brillante amanecer*.

A lo mencionado, hay que agregar que el oro es un buen conductor del calor y de la electricidad. Es un metal muy dúctil por su resistencia. Él reacciona fácilmente con pocos compuestos químicos, como el agua regia o el cianuro. Estos 2 elementos son considerados, normalmente, saludables siempre y cuando los humanos no lo ingieran. Finalmente, este metal simbolizaba, relativamente, la pureza, puesto que no se corrompe ni se

altera fácilmente. Es el metal con el más bajo nivel de oxidación. Ningún otro mineral tiene mayores quilates-pureza que el oro.

Por éstas, y otras razones más, es altamente apreciado para joyas, premios, adornos, recuerdos, reconocimientos, etc. En una investigación publicada hace muchos años, titulada *Perú mito y realidad*, sobre la importancia del oro en el proceso histórico-cultural, hemos escrito lo siguiente: “El siempre codiciado metal ha tenido, tiene, una presencia gravitante en la fantasía de casi todas las civilizaciones. Su encanto ha sido rimado por los poetas. Su brillo ha sido motivo de leyendas. Su poder ha seducido genios y a encandilado artistas. Es frecuente, en casi todas las épocas históricas, escuchar las frases: La edad de oro. La raza de oro. La regla de oro. La pluma de oro. El sello de oro. La copa de oro. El patrón oro. Con joyas, coronas, bastones, trofeos de oro, han soñado reinas, emperadores, mandarines y deportistas. Su poder ha derribado torres muy altas. Su fuerza ha arruinado grandes imperios. Sin saber para qué ni por qué, su brillo ha empañado los ojos de una buena parte de la humanidad desde hace milenios hasta nuestros días.”

Después de lo expuesto, comprendemos mejor por qué el oro ha sido un elemento central en la configuración de mitos, leyendas, oraciones, rezos, plegarias, cánticos, fábulas, poemas, cuentos, novelas, tratados. Sin soslayar que ha sido, de igual modo, la razón de gigantes disputas, crímenes, guerras. En concordancia con lo último, es menester no soslayar que el oro ha sido, es, razón de vida para unos pocos y razón de muerte para las mayorías. Esa doble función ha sido, es, el común denominador, en todos los campos, de la vida humana de este fulgurante metal.

A continuación, pasemos a apuntar, muy escuetamente, algunos casos ilustrativos en la mitología, en 2 religiones y en la literatura producida, en los últimos 3 milenios, en esta zona del planeta Tierra. Ellas tienen como actor central a su majestad: ¡El oro!

*

Iniciemos con el conocido mito de *El rey Midas*. Midas, hijo de Gordias, fue el Rey de Frigia. Una ciudad que estuvo ubicada, 3,000 años atrás, en el territorio que hoy comprende Anatolia-Turquía. Según Aristóteles, este personaje fue hechura de Dionisio, dios de la fertilidad y del vino en la mitología griega. En la vida de Midas, se conjugan la felicidad y la desgracia al mismo tiempo. Éstas son las dos caras de la moneda. Su bendición estribaba que fue el rey más rico que hasta hoy registra la historia. La razón es que todo lo que él tocaba se convertía en oro. Esa felicidad entrañaba al mismo tiempo su desgracia. Al oro no lo podía comer. Al oro no lo podía beber. Midas pereció de hambre. El rey pereció de sed. Cada quien sacará la moraleja que le parezca mejor, del mito *El rey Midas*.

Continuando con la mitología griega, se narra la historia de un carnero que podía nadar como un pez no obstante ser de oro o por ser de oro. *El carnero de oro*, para unos, o el *Velloncito de oro*, para otros, viene a ser lo mismo. Por su parte, el maestro de las fábulas, Esopo, en una de ellas, habla de *La gallina de los huevos de oro*, que ha sido repetida infinidad de veces por otros autores.

En la fábula *El avaro y el oro*, también de Esopo, se dice lo siguiente: “Un avaro vendió todo lo que tenía demás y compró una pieza de oro, la

cual enterró en la tierra a la orilla de una vieja pared y todos los días iba a mirar el sitio. Uno de sus vecinos observó sus frecuentes visitas al lugar y decidió averiguar qué pasaba. Pronto descubrió lo del tesoro escondido y, cavando, tomó la pieza de oro, robándosela. El avaro, a su siguiente visita, encontró el hueco vacío y jalándose los cabellos se lamentaba amargamente. Entonces otro vecino, enterándose del motivo de su queja, lo consoló diciéndole:

-Da gracias de que el asunto no es tan grave. Ve y trae una piedra y colócala en el hueco. Imagínate entonces que el oro aún está allí. Para ti será lo mismo que aquello sea o no sea oro, ya que de por sí no harías nunca ningún uso de él.”

Para culminar con la mitología griega, se habló con frecuencia de *La piedra filosofal*. Las religiones, después, hablaron de *La piedra de Dios*, *La piedra de Adán*, *La piedra milagrosa*. Lo central de la bendita piedra es que transformaba los metales en oro. Esta idea fue muy popular en la última fase del Medioevo. Se propagó la creencia de que los sabios alquimistas, precursores de los químicos, destilaban alcohol gracias a que poseían *La piedra filosofal*. La vida, actividad, del gran Paracelso está vinculada a este mito. En los tiempos del capitalismo, este mito ha perdido su aura misteriosa, por el contrario, se usa con fines de burla y hasta de ofensa.

*

Abandonamos la mitología y nos trasladamos a la telaraña de la religión. En este plano, es conocida la historia *El oro del Rey Salomón*. Se

dice que él fue hijo del patriarca David. Salomón fue el monarca de lo que, en ese tiempo, se dio en llamar Israel unificado. En la parte titulada *Reyes 10:14-29*, en *La Torah*, sobre la riqueza del Rey, se afirma lo que sigue: “El peso del oro que llegaba a Salomón en un año era de 22.6 toneladas de oro, sin contar lo de los mercaderes, las mercancías de los comerciantes, de todos los reyes de Arabia y de los gobernadores de la Tierra.”

Ligado a la leyenda del Rey Salomón, se habla, en el mismo libro, de la Reina de Saba (llamada Nakeda). Ver *I Reyes*, *II Crónicas* y *Evangelio de Lucas*. Ella visitó al Rey. La Soberana de Saba, cuyo territorio se extendía en lo que en la actualidad es Yemen y Etiopía, arribó a Jerusalén con gran cantidad de oro para obsequiarlo al Rey. Parece que a Salomón le encantó más el resplandor del oro que la hermosura de la dama. No obstante, se afirma que tuvieron un hijo.

Tanto en *La Torah* como en *La Biblia* cristiana aparecen, con mucha frecuencia, figuras hechas de oro o, en su defecto, vinculadas a él. Recordemos que en *Éxodos* se habla de *El Becerro de oro*, repetida infinidad de veces. Finalmente, los 3 Reyes Magos llevaron como presente al niño Jesús, entre otras riquezas, oro.

*

Por su parte, ahora ya en el plano literario, en el libro árabe más conocido en Occidente, *Las mil y una noches*, *La lámpara maravillosa de Aladino* fue de oro. De igual manera el tesoro de los 40 ladrones que aparece en la historia llamada *Alí Babá...*, *Ábrete Sésame*, está compuesta básicamente de oro.

En el Siglo VIII, en el Norte de Europa, se comenzó a difundir un mito, se le llama *El oro de los Nibelungos*, que aparece en el libro *La canción de los Nibelungos*, que fue publicado varios siglos después. Éstos eran, según la mitología germánica, un pueblo de enanos que vivían en las profundidades de la Tierra y tenían un enorme tesoro, 144 vagones de oro, que conservaban en el fondo de las aguas del Río Rin y que sólo de vez en cuando lo exhibían a flor de tierra. Consecuencia de los enfrentamientos, en la corte de los Burgundios, entre Brumilde, Krimilde, Günther, Sigfrido, Hagen, este último, por mandato del Rey Günther, asesinó a Sigfrido y robó el oro de los Nibelungos. Posteriormente, lo arrojó a las aguas del Río Rin.

El mito fue, es, motivo de inspiración de artistas de diferentes disciplinas, tendencias y tiempos. Lo más conocido es la ópera, de 4 estaciones, titulada *Das Rheingold* (El oro del Rin), del compositor alemán Richard Wagner. De igual manera, el mito fue utilizado políticamente por el Nacional Socialismo, particularmente la figura de Sigfrido.

Finalmente, en la actualidad, hay muchos especialistas, arqueólogos, geólogos, buscadores de riquezas, que siguen indagando, en las aguas del río, el oro de los Nibelungos.

En una combinación de historia con mito, el centro es nuevamente el oro, se puede encontrar en el libro titulado *Los viajes de Marco Polo*, para unos, y para otros, *El libro de las maravillas de Marco Polo*. El escrito apareció a mediados de la centuria de 1200. Leamos lo que se escribe al respecto: “Cuando les hubo entregado el mensaje que enviaba al Papa, les hizo dar unas tabletas de oro en las cuales decía que los 3 embajadores

deberían recibir allí donde fueran y donde pasaran: caballos, arreos y escolta de un país a otro.”

Además de las tabletas de oro, el autor hace sobresalir en el palacio del emperador mongol, El Gran Kan, lo que sigue: “Los muros de los salones y estancias están recubiertos de oro y plata y hay en ellos bellísimas pinturas de dragones, animales, pájaros, caballeros y damas y figuras de toda especie.”

En la segunda parte de los años 1600, se hizo público el libro *Las fábulas*, del escritor francés Jean de la Fontaine. En él aparecen muchas historias, algunas ya contadas por el creador de hacer hablar a los animales, Esopo. Una vez más el oro tiene lugar en la boca de los animales. Por citar un caso, la ya mencionada historia de *La gallina de los huevos de oro*. Es lícito afirmar que son viejas historias vueltas a contar en tiempos y espacios distintos. Lo que marca la diferencia es cómo se cuenta.

Recogiendo muchos mitos de la época feudal, especialmente del mundo germano, los hermanos alemanes Jacob Grimm y Wilhelm Grimm, han recogido varios cuentos con nombres vinculados al oro. Leamos los siguientes títulos: *La oca de oro*. *El pájaro de oro*. *Los tres pelos de oro del diablo* y *La llave de oro*. Sólo el nombrarlos nos basta para dar una idea del rol de este metal en la fantasía, imaginación, de individuos y los pueblos.

Un elemento natural que contribuye a la importancia del oro, por su brillantez, calor, influencia, es el Sol. Para algunos pueblos, es el oro el hacedor del Sol y para otros pueblos, es el Sol quien engendró al oro. Para unos terceros, más realistas, sólo la brillantez del Sol opaca el resplandor

del oro. Sólo el calor del Sol diluye la tibieza del oro. Sólo el poder del astro rey subyuga el poder del rey de los metales.

*

Como no todo puede ser bendición, como no todo puede ser color de rosa, como no todo puede ser brillante como el oro, parte de la maldición del oro, que comenzó con el *Rey Midas*, lo expondremos a continuación. Con ello culminaremos este acápite del escrito. Lo que en parte transcribimos es un fragmento de una pieza teatral escrita por un dramaturgo inglés sobre la manifestación del aspecto oxidado del puro metal. De igual manera una canción escrita, por un cantautor argentino, que expresa el lado oscuro del brillante mineral.

En la pieza teatral titulada *El Timón de Atenas*, de William Shakespeare, aparece reinante el oro en medio de monólogos y diálogos. El Rey Timón, en una larga perorata, reflexiona en estos términos:

“En ti cosa mejor, con tu ponzoña
más eficaz su paladar halaga.
¿Qué ven mis ojos? ¿Oro? Ese anillo
metal resplandeciente y apreciado.
¡Dioses! No. Vil idólatra no he sido.
Raíces concededme, ¡justos cielos!
Este puñado sólo bastaría
para hacer que lo negro fuera blanco,
bello lo horrible, lo perverso justo,
noble lo infame, lo caduco joven,
lo cobarde valiente. ¡Dioses míos!
¿A qué hacéis esto, a qué hacéis esto, dioses?

Esto alejar de vuestro bando puede
a vuestros sacerdotes y secuaces,
y apartar del enfermo la almohada
donde está su cabeza reposando.

Este esclavo amarillo
la religión fomenta o la quebranta,
bendice al malnacido, del leproso
hace amable el blancor, a los ladrones
títulos, cargos, homenaje, aplausos,
y en el Senado asientos proporciona.
Con él obtiene la viuda ajada
segundas nupcias, ella que pudiera
en el hospital de enfermos ulcerados repugnar.
Se embalsama, se perfuma,
y retorna a su Abril.

Tierra maldita,
tú, de la humanidad vil prostituta;
tú, que avivas el odio de los pueblos,
para mí tú serás lo que tú eres.”

Por su parte, Atahualpa Yupanqui, en la canción titulada *Preguntitas sobre Dios*, escribe, canta, lo que a continuación se lee:

“Un día yo pregunté Abuelo, ¿dónde está Dios?
Mi abuelo se puso triste y nada me respondió
Mi abuelo murió en los campos sin rezo ni confesión
y lo enterraron los indios flauta de caña y tambor
Al tiempo yo pregunté padre, ¿qué sabes de Dios?

Mi padre se puso serio y nada me respondió
Mi padre murió en la mina sin doctor ni protección
¡Color de sangre minera tiene el oro del patrón!
Mi hermano vive en los montes y no conoce una flor
sudor, malaria y serpientes la vida del leñador.
Y que naide le pregunte si sabe dónde está Dios
por su casa no ha pasado tan importante señor.
Yo canto por los caminos y cuando estoy en prisión
oigo las voces del pueblo que canta mejor que yo.
Hay un asunto en la Tierra más importante que Dios
y es que naide escupa sangre pa' que otro viva mejor.
¿Que Dios vela por los pobres? Tal vez sí, y tal vez no
pero es seguro que almuerza en la mesa del patrón.”

Como se puede deducir de lo expuesto, todo, absolutamente todo en la vida tiene sus encantos y desencantos que lo cruzan, que lo acometen, que lo bañan, que lo tiñen. Finalmente, que le dan vida y al mismo tiempo muerte. Este principio se repite, con mayor razón, en sociedades en las que vivimos.

La grandeza, el esplendor, la belleza, entraña la bajeza, la oscuridad, la fealdad, con la cual está amalgamada la vida humana. Las almas bellas y blancas se bañan en aguas sucias y pestilentes. Las manos limpias hunden sus dedos en el fango putrefacto. Las bocas exquisitas beben de todos los vasos y comen de todos los platos. Lo demás, convengamos, son hermosos mitos, son figuras religiosas respetables, es literatura fantástica.

Como todo en la vida en general, la bendición es hermana gemela de la maldición. Ellas conviven, se acometen, se niegan, se superan, se

transforman, muchas veces, en su contrario. Las 2 caras del mito *El rey Midas* así lo evidencia. Éstos son modos, son atributos, de la sustancia que no es más que la vida diaria y contingente, a decir del filósofo panteísta Baruch Spinoza.

PERÚ ORO

Para no repetir lo escrito sobre el binomio Perú-oro, nos limitaremos a transcribir algunos párrafos del libro sobre el tema en cuestión, párrafos antes mencionados. Allí decíamos: “El Continente americano, antes de ser descubierto, habría sido deseado y hasta inventado por los europeos. Con tonos distintos, con argumentos diferentes, desde los tiempos bíblicos, pasando por el Medioevo, hasta el Renacimiento, se buscaba, se esperaba, que en alguna parte del mundo esté ubicado *El paraíso terrenal. El país de Jauja. La ciudad de El dorado. La fuente de la juventud. El valle de las Amazonas. El Nuevo Mundo*. Es por ello que hasta cierto punto, hasta determinado momento, el descubrimiento, primero, y la aparición del Nuevo Mundo, después, materializaron esta esperanza, concretizaron este deseo; vinieron a dar el espacio tangible a los personajes de la fábula imaginados en el Viejo Mundo desde hacía muchos siglos atrás.” (...)

“Este deseo se incrementó, hasta se confirmó, cuando llegan a Europa las primeras noticias de la hoy América. Con esta información, la fábula tiene sus personajes. El mito se hace realidad. Lo imposible deviene real. La sombra ha encontrado su cuerpo. Esto se comprueba mejor leyendo los escritos que circulan en el Viejo Mundo describiendo al mágico Nuevo Mundo. Para la ocasión, las cartas de Cristóbal Colón (1456-1506) y las

crónicas de Bernal Díaz del Castillo (1492-1550) son ilustrativas, son elocuentes. El paisaje natural, en el primero, es imponente. La naturaleza modificada, en el segundo, es cautivante. El asombro de lo que oyen, la admiración de lo que ven, es convincente en los escritos de los mencionados.” (...)

“Los sueños revelados, las maravillas descritas y contadas por los que regresaban del otro lado del planeta, repercutió en la Europa renacentista. Es por ello que en 1511, el ítalo-español Pedro Mártir de Alegría (1459-1526) publicó su *Década de orbe novo*. En 1516, el inglés Tomás Moro (1478-1535), su libro titulado *Utopía*. En 1602, el italiano Tomasso Campanella (1568-1639) hará público su libro *La ciudad del sol*. Y un cuarto de siglo después, el filósofo inglés Francis Bacon (1556-1626) dio a conocer *La nueva Atlántida*. Para algunos, Mártir ubica su sociedad en las Antillas. De igual modo para otros, Campanella y Bacon ubican sus imaginarios mundos en lo que fue el Imperio del Tahuantinsuyo, en la Costa del hoy Perú. Por su parte Moro, en una zona del actual Paraguay.” (...)

“A juzgar por la información histórica que hasta hoy disponemos, parece que lo anotado en la parte inicial de este estudio, respecto a la *América mágica*, se repite, de igual modo, con el país que es nombrado El Perú, o simplemente Perú, desde hace cerca de 500 años. El Perú parece haber existido en la imaginación, en el deseo, antes de haber sido conocido el espacio geográfico que hoy ocupa. El origen de este nombre, con las 4 letras como hoy se conoce, según la mayoría de las fuentes, no tiene larga data. Historia distinta es, más supuesta que real, la derivación de la palabra

Perú de otros vocablos, términos que hundirían sus raíces, para algunos, en las páginas del *Antiguo Testamento*.”

El cronista, cura, Fernando de Montesinos, se afirma que era un judío converso al cristianismo, fue el primero en sostener que el término Perú proviene del vocablo hebreo Ophir. Éste significaría oro en esta última lengua. Sobre el punto, en el libro mencionado, hemos vertido la siguiente información que nos parece oportuna para esta crónica: “Obviando lo afirmado por Fernando de Montesinos en torno a la relación Ophir-Pirú-oro, existe más información que los cronistas e historiadores mencionados no lo consignan. Veamos un par de ellas. Cristóbal Colón, en una carta fechada en 1502 y dirigida al Papa Alejandro VI, menciona vagamente el término Ophir como nombre de una de las islas (dominicanas) descubiertas en el Nuevo Mundo; leamos: ‘En ella hay mineros de todos los metales, en especial del oro y del cobre; hay brasileños, sándalos, lino áloes y otras muchas especies, y hay incienso, el árbol de donde él sale, que es de mirabolas. Esta isla es Tharsis, es Cethia, es Ophir y Ophaz y Cipango, y los hemos llamado Española.’” (Colón, 1989:311)

Por su parte, el filósofo e historiador Miguel Rojas Mix (1939-), en el libro *América imaginaria*, va mucho más allá en la relación entre Ophir y Perú. Comenzando con el término Ophir, en base a otros cronistas, sostiene: ‘En el Antiguo Testamento se habla de Tarsis y del misterioso Ophir, riquísimo país de la Reina de Saba. Autores hubo que creyeron ver Ophir en las tierras recién descubiertas. (...) Orelus, el geógrafo, en su *Theatrum mundi* (1570), aplicó el nombre de Ophir tanto a las islas de Haití como a las de la costa peruana. Pero ya en el Siglo XVI, en la *Historia* del padre Acosta, se desechaba esta confusión.’” (Rojas, 1992:20)

Un párrafo después, continúa: `Rocha señala que el linaje de Ophir pasó a Nueva España y Perú. Volviendo a la tesis de la *Biblia Sacra* de Arias Montano, mantiene que lo mismo es Piru que Ophir, transpuestas las letras. Se apoya en el padre Maluenda, que, en su libro sobre el *Anticristo*, confirmaría ese sentir; en Gregorio García, quien hablando del oro de Salomón recordaba los *Paralipómenos*, donde decía que venía de ‘parvaim’, lo cual significaba 2 veces Perú. Rocha concluye que ‘parvaim’ designaba a la vez a Perú y la Nueva España.’” (Rojas, 1992: 20)

Todo no queda ahí en esta relación, más supuesta que real, entre Ophir y Perú. Hay que recordar, continuando con el estudioso citado, que: `En la misma época, Goropius, intentando probar la identidad del flamenco y el lenguaje de Adán, proclamó que el Ophir quería decir ‘Orbis atlanticus’, el extremo más alejado de Occidente. ‘Ophir’ es ‘over’ en flamenco, ‘lugar muy alejado’. Sería allí donde el legendario Atlas había construido su refugio e instalado puertos, lo que en flamenco, la primera lengua del mundo, se decía ‘Phehru’ o ‘pherhu-heim’, y, como la transcripción hebraica elimina la ‘h’ aspirada, se transformó en Perú.’

Finalmente, el historiador Rojas Mix escribe: `En los paralipómenos, ‘Pheruheim’ quiere decir ‘oro’, que no es otra cosa que el oro de Ophir, el oro del otro lado del Atlántico. Así se cierra el círculo. El jingoísmo ha hecho un largo camino para buscar su legitimación.’” (Rojas, 1992: 22)

Para bien o para mal quedó, en alguna forma, grabado en el imaginario de millones de personas el mítico binomio *Perú-oro*. La vieja leyenda que afirmaba que en el espacio que hoy ocupa el Perú estaba ubicada la fantástica ciudad de *El Dorado* abonaba en esta dirección. Los vocablos *Vale un Perú*, como sinónimo de oro, que recorrió Europa en los

tiempos de la conquista y colonia, dieron personajes a la leyenda. Por último, la frase de Antonio Raymondi (1824-1890) que rezaba 'El Perú es un mendigo sentado en un banco de oro' completa el círculo donde el mito, la leyenda y la fábula de *Perú-oro* se cierra con broche de oro."

Terminamos nuestra referencia diciendo: "Como hemos visto, el binomio Perú-oro tiene sus padres, sus padrinos y sus padrastros. En este maridaje, la leyenda, el mito, la voluntad, el deseo, cuando no la ambición, han tenido su juego. ¿Y qué pasa hoy con el oro en el Perú? Aunque parezca mera coincidencia, a partir de los primeros años del Siglo XXI, la fiebre del oro ha vuelto a contagiar, por segunda vez, la vida económico-social y político-cultural de este país llamado Perú."

Una de las zonas del Perú, para hablar con más propiedad una provincia, conocida desde los tiempos pre-incaicos que guarda en la entraña de los cerros el precioso mineral, es la provincia de Pataz, departamento de La Libertad.

PATAZ-ORO

La bibliografía seria, racional, (documentada, datos, nombres, fechas) sobre el tema en cuestión es muy pobre. Lo que hemos encontrado, escasamente, son cuentos, mitos, leyendas, al respecto. Pero como toda regla tiene su excepción, existe un trabajo, ya mencionado párrafos antes, de la señora Vidal Arias. La información que ella vierte será fuente principal con la cual trabajaremos el acápite en cuestión.

La autora no es especialista en el tema. Nos referimos a que no es historiadora, economista, antropóloga, socióloga. No obstante este déficit,

particularmente en el primer capítulo que a la vez da título a la obra, nos muestra su instinto de investigadora. En las 5 páginas que consta el ensayo, recurre a todas las ciencias arriba nombradas, nos da una síntesis de mucha importancia acerca del papel del oro en la provincia de Pataz.

Finalmente, el libro contiene una serie de historias, cuentos, fábulas, mitos, experiencias, recuerdos, que están ambientados, geográfica-culturalmente, en la provincia en mención. Estas historias tienen una doble importancia; 1.- La mayoría de ellas tienen en el oro la fuente de inspiración. 2.- Las mismas nos ayudarán a comprender mejor el otro tema que aquí nos ocupa en este Capítulo: La hacienda versus la servidumbre.

*

Como queda dicho, esta crónica, hasta donde los acontecimientos nos permiten, tiene fechas límites. Centra su atención desde 1900 hasta 1970. Si mencionamos algún otro hecho, antes o después de este lapso, es por motivos excepcionales.

La información documentada que brinda la autora arriba nombrada, es que la hoy provincia de Pataz fue zona donde se practicaba la minería elemental, llamada actualmente artesanal, desde tiempos pre-incaicos. El instrumento con el cual molían el mineral, por demás rudimentario y que aún se mantiene hasta la actualidad, fue el Molinete. Si se trataría de hacer una fórmula matemática de esta actividad, podríamos decir: Hombres+mineral+molinete = oro.

La señora Lucrecia Vidal brinda información con la cual evidencia que, además de la época pre-incaica mencionada, también en la incaica, en el Virreinato y a lo largo de la llamada República, existía esta actividad aurífera en la provincia de Pataz.

Antes que llegasen las grandes firmas mineras al territorio de la provincia, ésta fue visitada y estudiada por muchos interesados en el brillante metal. La autora, sobre el acápite, escribe: “Y en el período republicano avistamos el desfile de hombres de ciencia y buscadores de oro que visitan la provincia atraídos por la fama de sus riquezas mineras. Vemos al Ing. Álvaro de Lucio, al Sr. Balta, al polaco Ostropolchenco, a don Eulogio Fernandini, al Ing. Rizo Patrón, al Ing. mexicano don Arturo Soto, a don Mariano Castillo, al Ing. polaco do Mariano Tarnawiecki, y otros muchos que escapan a la memoria, cuyos trabajos y publicaciones sirvieron de base para la implantación de poderosas empresas en el lugar.” (Vidal, 1979: 12)

Destaquemos que en la lista aparecen 3 personajes extranjeros. Luego, 3 apellidos que vienen de la vieja aristocracia peruana. Finalmente, los Fernandini y los Rizo-Patrón siguen siendo parte de los dueños del Perú, hasta la actualidad. Ellos continúan ligados a la actividad minera, especialmente del oro, no sólo en el Perú.

A decir de la autora, el tiempo en el cual las principales empresas se asentaron en la provincia fue: “Más o menos por el año 1920, se van instalando enormes complejos mineros para la explotación en gran escala de los minerales de la región, empresas como la Northern Perú Mining Smelting Company en el distrito de Pataz, el Sindicato Minero Parcoy en el distrito de su nombre, la Aurífera Buldibuyo en Buldibuyo y la Compañía Minera Ariabamba en Pias, todas ellas equipadas con modernas maquinarias,…” (Vidal, 1979: 13)

Además de los zares del oro, en la provincia de Pataz, colmaron sus arcas con las ganancias por la extracción del metal los comerciantes,

mercaderes, contratistas, arrieros, hacendados y gamonales. Advirtamos que la riqueza de las empresas, y sus congéneres lugareños fue directamente proporcional a la miseria de los miles de mineros que trabajaban las minas. La escritora Vidal, sobre el tópico, escribe lo que sigue: “... es verdad que el minero nativo pagó un alto tributo por esta era de auge, ya que la muerte cobró gran número de vidas de mineros ‘carcomidos por el antimonio’ como ellos llamaban al mal de la mina, enfermedad que no era otra cosa que la neumoconiosis o la silicosis. Así, la explotación al minero se hizo presente por aquel tiempo, violando todas las leyes de seguridad laboral ya promulgadas por entonces, y por las cuales lucharon Matías Manzanilla y otros, la actividad minera originó una extinción masiva de la juventud.” (Vidal, 1979: 14)

Sobre la denuncia, que “... la actividad minera originó una extinción masiva de la juventud”, no se conoce absolutamente nada escrito en la provincia de Pataz. Lo que sí se recordaba fue el dolor de las familias que perdieron a sus hijos en las minas, en unos casos por accidente y en otros casos como consecuencia del mal de la mina. De igual manera, los muchos niños que quedaron desamparados por la muerte prematura de sus padres.

En la novela de César Vallejo, *El tungsteno* (1931), en el capítulo *Historias y lances de minería* –aparece en *El mundo es ancho y ajeno* (1941) de Ciro Alegría– se describe la vida de los obreros mineros socaboneros. Mencionamos estas 2 narraciones en la medida que fueron recreadas en el mismo departamento y en 2 provincias contiguas a la de Pataz. Por lo dicho, lo descrito se puede aplicar, en buena medida, a la vida de los mineros en las minas de la provincia mencionada.

Terminamos con la escritora Vidal, la parte dedicada a Pataz y el oro, con lo que nos informa: "... agotada la riqueza minera que justificaba la presencia de las grandes empresas en el lugar, Pataz no puede ser la excepción de la regla y, como toda zona de producción extractiva, fue perdiendo poco a poco su apogeo, hasta que las compañías fueron cerrando sus concesiones y retirándose del lugar, dejando a su paso desolación, miseria y pueblos fantasmas tales como La Paccha, Retamas, Ranapampa, Pataz y Ariabamba." (Vidal, 199: 15)

La afirmación de que las grandes empresas mineras, cuando las minas ya no son rentables, se retiran "... dejando a su paso desolación, miseria y pueblos fantasmas..." es una constante de esta actividad. Sólo recordemos cuál fue el final del famoso cerro de la plata, en Oruro-Bolivia, después de haber sido explotado durante toda la colonia y parte de la República. Eduardo Galeano dice que terminó como un cascarrón de huevo o "... como una muela cariada."

*

La verdad es que la producción de oro, su destino final, no sólo se limitó a los dueños de las minas en Pataz, tampoco a los capitalistas mineros peruanos. No, la historia va mucho más allá. El oro ha jugado un rol central en la acumulación originaria de capital, que dio sustento al sistema capitalista a nivel mundial. Adán Smith, en *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776), y Karl Marx, en el primer tomo de *Das kapital* (1867), así lo evidencian.

Desde mediados del Siglo XVI, llegó el oro del Perú al puerto de Sevilla. Luego fue trasladado a Amberes-Bélgica, Augsburgo-Alemania, Amsterdam-Holanda, Liverpool-Inglaterra. Estos países lograron un

desarrollo acelerado, capitalistamente hablando, mientras que España se estancó en un sistema arcaico en el que el feudalismo se daba la mano con el Vaticano. La metáfora acuñada por el mencionado Galeano aparece en *Las venas abiertas de América Latina*, que grafica lo que ocurrió en ese entonces: “España tenía la vaca, pero otros tomaban la **leche**.”

La riqueza aurífera de la provincia de Pataz es un hecho real que no se pone en tela de juicio. No obstante, es un vicio humano, muy humano, recurrir a la fantasía. Allí es cuando la imaginación suplanta la realidad. En unos casos sobredimensionándola o en su defecto minimizándola. De este vicio, para unos, o virtud, para otros, no se escapan ni los sabios ni los genios. Decimos esto para citar, a continuación, a un personaje considerado sabio, que visitó la provincia de Pataz y se asombró de la abundancia de oro en sus calles.

El italiano Antonio Raymondi, en 1880, escribió: “Recorrí la provincia de extremo a extremo, desde la parte Norte, donde ostenta su canosa sien el nevado de Cajamarquilla, hasta el pueblo de Huancaspata, que cierra la rica provincia de Pataz por el Sur. Habiendo pasado por los pueblos de Parcoy, Buldibulo y Tayabamba, construidos sobre un terreno aurífero donde basta un fuerte aguacero que lave la tierra para descubrir partículas de oro en la misma población.” (Citado. Vidal, 1979: 13)

Repitamos parte de lo que escribió: “Habiendo pasado por los pueblos de Parcoy, Buldibulo y Tayabamba, construidos sobre un terreno aurífero donde basta un fuerte aguacero que lave la tierra para descubrir partículas de oro en la misma población.” Lo escrito por Raymondi es material suficiente para desarrollar lo que Franz Roth llamó *El realismo mágico* y Alejo Carpentier, *Lo real maravilloso*.

Este tipo de información, base de mitos, cuentos, leyendas, novelas, ha contribuido para que muchos aventureros, de todo el mundo, hayan viajado a la provincia de Pataz en busca del ansiado y brillante mineral que brota a flor de tierra después del aguacero, según Raymondi. Las ansias de convertirse en millonarios, gracias al poder del oro, no ha tenido límites. Es por ello que se encuentran, hasta la actualidad, apellidos de personajes venidos allende las fronteras impulsados por la fiebre del oro.

Los chinos, muchos escapados de las haciendas, llegaron a la zona en la segunda parte del Siglo XIX. Ellos tuvieron que cambiar de apellido para evitar la persecución de los hacendados y autoridades. Algunos miembros de los apellidos Zavaleta, Ganoza, Sánchez, Castillo, son los más conocidos. Su actividad principal fue el comercio que giró alrededor de las minas.

Por su incidencia en la provincia de Pataz, detengámonos en la familia Zavaleta. Un chino de apellido Fon llegó a Pataz. Él había sido esclavo y vendido a una hacienda ubicada en Huarmey. De allí escapó, cruzando el departamento de Áncash, se refugió en la provincia arriba mencionada. Para evitar ser capturado, se cambió de nombre y adoptó el de Ángel María Zavaleta. Ángel debe haber llegado a Pataz entre la década de 1870 a 1880. Zavaleta tuvo 4 hijos con la señora Paula Montero López. Ellos fueron Manuel, Samuel, Feruel y César. Los 2 primeros se afincaron en Tayabamba y se dedicaron a la tinterillada, el primero, y a la notaría, el segundo. Samuel fue el primer tayabambino en escribir un poemario al que tituló *Nidos del cóndor de acero*. Ferruel se dedicó al magisterio, que lo ejerció en el distrito de Ogón. César se dedicó a la agricultura en los distritos de Zaire y Urpay.

Manuel fue partícipe en un crimen perpetuado contra un fiscal, venido de Trujillo a Tayabamba, de apellido Temoche, razón por la que purgó algunos años en la cárcel de Trujillo. Asimismo, fue padre de muchos hijos, entre ellos el médico especializado en inmunológica celular Alfonso Zavaleta Cruzado. Éste se hizo famoso por haber sido el primero, en el Perú, en extirpar un cáncer avanzado. Su paciente fue su media hermana llamada Melys Wenssell Cruzado.

Sobre el tópico de los aventureros, la escritora Vidal nos informa lo que sigue: “Levantada la restricción de ingreso al país, impuesta por el Gobierno español en la Colonia, fueron también polacos, rusos, ingleses, suecos, italianos, franceses y de otras latitudes los que arribaron a aquellas tierras, atraídos por el oro de sus minas. Quedan algunos descendientes tales como Bogarín, de origen ruso; Tónder, de origen sueco; Wenssell, de origen alemán; Jiovi, italiano; Martell y Lafitte, de origen francés; Serqueira, portugués, entre otros que escapan a la memoria.” (Vidal, 1979: 49 y 50)

A lo anotado por la citada tendríamos que agregar a los Kanashiro, de origen japonés, los Guadamos y los Terry con pasado inglés, los Espinoza y los Castañeda posiblemente descendientes de judíos-sefarditas.

Para concluir con el tema Pataz-oro, Vidal-rescate, mencionemos que la mayoría de historias, cuentos, leyendas, fábulas, de la señora citada, están matizadas, como queda dicho, con el encanto del oro. Nos limitaremos a mencionar lo siguiente: En *Huida del corregidor*, aparecen las “... pepitas de oro que posiblemente formaban la fortuna del Corregidor...”; luego, en *Asalto al lingote de oro*, el título lo evidencia todo. Prosigue con *Donde la ambición rompió el saco*, ahí se informa de

“... 2 lingotes de oro, uno de 45 kilos y otro de 32...”. La historia llamada *La casa de los cóndores de acero* tiene que ver con “Un lingote de oro, por el cual había venido esperando tanto tiempo.” *El molinete de piedra* era un instrumento para moler el metal y sacar oro. En *Oteando el pasado*, la visita de Toribio de Mogrovejo, después, patrón de los tayambinos, se dice: “Dicen los campesinos de aquellas tierras que a veces en noches de plenilunio, se ve al torito de oro de la leyenda entre los trigales del Patrón y que el oro de Pauarchuco refulge en su lomo.”

La presencia del oro en la provincia hace pensar que el caballero don Toribio Alfonso de Mogrovejo, además de la actividad pastoral, es posible que sucumbió también a los encantos del divino metal, como muchos aventureros europeos y de su rango. Es por ello que se internó por esas inhóspitas serranías. Después de todo, en ese tiempo, aún no era santo. Era un hombre común y corriente, con todos los vicios y las virtudes, como todas las ovejas creadas por Dios en este mundo de santos y pecadores.

En un escrito titulado *Mensajes folclóricos*, aparece una copla que reza: “Estos chapetones vienen del país de Andalucía buscando oro y joyas con la barriga vacía.” Finalmente, en *El aviso del rayo*, aparece el cura como primer sospechoso de algo que nunca se aclaró: el robo de la custodia de oro de la iglesia de Tayabamba que pesaba 8 kilos (de oro de 24 quilates). Lo que no se precisa es cuál de los 3 curas de la iglesia de Tayabamba fue. ¿El cura Varona, el cura Mariño o el cura Pajuelo?

Todos los mitos del oro se coronan con el ensayo-mito que da título al libro de la señora Vidal, que sostiene lo siguiente: Se afirma que de la provincia de Pataz se envió oro, a Cajamarca, para el rescate del Inca Atahualpa en el año 1532. Éste no llegó a su destino. En el trayecto, los

transportistas se enteraron que el soberano había sido ejecutado por Francisco Pizarro. Ante dicha noticia, sumergieron el oro en las aguas de la Laguna de Culluna. Hasta el momento, nadie ha encontrado el oro que fue enviado para el rescate, por la simple razón de que nadie lo ha buscado.

A principios del Siglo XIX, nuevamente la fiebre del oro ha regresado, con mucha fuerza, a la provincia de Pataz. Los aventureros, los nuevos ricos, tienen plaza asegurada surcando los cerros y penetrando en sus entrañas para extraer el brillante metal. Ésta es historia reciente. Ella trasciende nuestro plan inicial que tiene como límite el año 1970, es por ello que nos limitamos a lo aquí escrito.

HACIENDA VERSUS SERVIDUMBRE

Las planicies son escasas en el territorio de la provincia de Pataz. Generalmente es un suelo pobre, no adecuado para la agricultura. Los valles que se forman a orillas del Río Marañón son estrechos. La excepción podría ser el de Ucchos. Por lo tanto, las condiciones naturales de la provincia son poco aptas para la agricultura extensiva y, en la misma medida, para la ganadería mejorada. Consecuentemente, las haciendas que existieron fueron pocas, además pequeñas, no tenían la rentabilidad necesaria. La más extensa fue la de Alpamarca. Ella estuvo ubicada en la falda de los cerros, en el distrito de Parcoy.

Es pertinente hacer una aclaración: Las haciendas en la provincia de Pataz no se pueden comparar, en extensión-productividad-rentabilidad, con las haciendas que existieron en las provincias vecinas. Estamos pensando en la de Urcon y Santa Clara (Ancahs) y Marcaballe grande y Chusgón

(Huamachuco). Éstas tenían otra dimensión geográfica, otro nivel de productividad, tanto en agricultura como en ganadería. A la vez, estas últimas tampoco se podrían comparar con las que existieron en la región Costa del departamento de La Libertad, es decir, Laredo, Casagrande, Cartavio, Roma, Chiclín, dedicadas a la agro-industria de exportación.

El común denominador, diferencias más diferencias menos, de las haciendas serranas fue el sistema feudal de producción y dominación. Esto se concretizaba en las relaciones serviles de producción al interior de la hacienda. El hacendado disponía de la tierra y los campesinos siervos la hacían producir con la fuerza de su trabajo. La recompensa era la comida, algo de vestimenta y una vivienda precaria.

A la explotación de clase, teniendo como base la posesión de la tierra, hay que agregar la segregación racial y la marginación cultural. Los hacendados clasistas, racistas blancos, culturalistas alfabetos, controlaban a los campesinos, muchos de ellos considerados indios y además analfabetos. Este fenómeno clasista, racista, culturalista, fue, es, parte de la herencia colonial en esta zona y en todo el Perú.

Todo lo anotado, hay que repetir, fue gracias al poder que les daba la posesión de la tierra a los hacendados, llamada hacienda, que fue herencia de las encomiendas coloniales. De igual manera, fueron la base fundamental, a decir de José Carlos Mariátegui, del poder local, el gamonalismo, a nivel político-social. Lo último fue parte de la estructura, en las zonas más alejadas, del Poder regional y nacional. Muchos de estos terratenientes-gamonales, sus descendientes, fueron Diputados, representando a la provincia de Pataz, al Parlamento de la República. Anotemos algunos nombres. Ligorio Zegarra Alfagema, Erasmo Arellano

Guillén, María Colina Lozano, Norman Arellano Lozano. Los 3 últimos, militantes del Partido Aprista Peruano, denominado el Apra.

Para explicar lo último, desde los años 30 del Siglo XX, advertimos que la mayoría de los hacendados de la provincia de Pataz, si no fueron militantes, fueron simpatizantes del partido mencionado. Estos señores obligaban a su servidumbre (cholos, peones), con látigo en mano, a votar por los candidatos que “el partido del pueblo”, como se autotitulaban, había decidido.

Sobre el sistema de hacienda, historia, extensión, producción, relaciones sociales a su interior, no existe ninguna investigación que conozcamos. Lamentablemente ningún historiador, economista, sociólogo o antropólogo, se ha interesado en el tema. Seguramente porque la hacienda no tuvo mayor impacto en la vida de los pobladores de la provincia en comparación a otras zonas de la región o del país en su conjunto.

Cuando en el año 1978 trabajamos nuestra tesis para optar el grado universitario de bachiller en sociología, fue publicado bajo el título *Las relaciones sociales de producción en los 21 anexos del distrito de Tayabamba* (1980), nos encontramos con este inconveniente, barrera que nunca fue superada.

En el nivel de la representación artística-fantástica, se repite la historia. No existe una novela, por mencionar un caso, que haya recreado este mundo socio-cultural tomando a la hacienda como centro. Lo que existen son algunas referencias fugaces, indirectas, al poder de los gamonales y hacendados. En esta dirección, hay que mencionar 2 novelas de Juan Morillo Ganoza, *El río que te ha de llevar* (2000) y *Fábula del*

animal que no tiene paradero (2002) y un cuento de Abner Viera Quezada titulado *La vaca campanera* (2022); después será citado y comentada esta última narración.

Insistamos en que la descripción de la hacienda, la casa hacienda, el hacendado, la familia del hacendado, su relación con el Poder local, provincial, regional y nacional, por un lado, y por otro lado, con los pongos, indios, cholos, muchachos, como se llamó a los sirvientes de la hacienda, como queda dicho, no existe.

Para rellenar esta deficiencia, recurriremos a lo escrito por la señora Lucrecia Vidal en el libro ya citado. En algunos cuentos, crónicas, recuerdos, se expone la problemática económico-social ligada a la hacienda. Sólo son líneas, en unos casos, en otros, pasajes y, finalmente, párrafos, que para las circunstancias y ante la falta de estudios detallados-argumentados, nos ayudan sobremanera. Además, su importancia reside en que ella fue descendiente de hacendados con todas sus implicancias positivas y negativas que conlleva. La escritora Vidal conoce la problemática de primera mano. La mencionada fue beneficiaria de la servidumbre del sistema de hacienda. Ella, en sus escritos, habla con frecuencia de las haciendas Alpamarca (Distrito de Parcoy) y de la de Bambas (Distrito de Chillia).

Para completar el acápite de la hacienda-servidumbre, aunque trasciende la provincia de Pataz, la novela de Ciro Alegría, *El mundo es ancho y ajeno* ya mencionada, nos ayuda a comprender con mayor precisión cómo funcionaba este sistema en el Norte del Perú. Hemos tomado como base el trabajo de Alegría, para exponer esta problemática, por 3 razones: Primera, la provincia de Huamachuco, hoy Sánchez

Carrión, donde se recrea la novela, es colindante con la provincia de Pataz. Por esa cercanía, lo que es válida para una es válida también para la otra. Sólo las separa el Río Marañón. Segunda, Alegría conoció por dentro cómo funcionaba las relaciones sociales de producción en las haciendas, así como la señora Vidal. Él nació en la hacienda (Quilca, Marcaballe grande). Fue hijo de un hacendado. Tercera, el novelista describe, con mano maestra, la vida interna de la hacienda en relación con la servidumbre. La vinculación del hacendado con el Poder distrital, provincial, departamental, nacional. De igual modo, su enfrentamiento con la comunidad (Rumi). El hacendado don Álvaro Amenábar y Roldán, es el personaje central de ese mundo ancho y ajeno. Finalmente describe la familia del hacendado y su contraparte los pongos, los muchachos. En una palabra, la servidumbre.

*

Veamos. La hacienda, el hacendado, es presentada en los siguientes términos por el novelista Alegría: “Don Álvaro Amenábar y Roldán, señor de Umay, dueño de vidas y haciendas en 20 leguas a la redonda, bufó cuando un propio le llevó la noticia de alegato de Bismarck Ruiz y los altivos términos en que estaba concebido. Carta en mano, salió del escritorio al ancho corredor de la casona bordeada de arquerías, dando gritos de llamada a los pongos, pero inmediatamente recuperó la compostura, adoptando el aire severo del hombre importante a quien nada turba ni atemoriza. Mas sus gritos se habían escuchado ya y los pongos temblaron.” (Alegría, 1982: 210)

Destaquemos 3 hechos del párrafo transcrito. 1, la hacienda tiene 20 leguas a la redonda. 2, los pongos tiemblan ante los gritos del patrón. Y 3,

don Álvaro es dueño de vidas y haciendas. Para los interesados en los hacendados de la provincia de Pataz, les sugerimos que cambien el nombre Álvaro por el de Manuel, Armando, Víctor, Alberto, Elías, Erasmo, Rodolfo y el resultado, en el fondo, será el mismo. El apellido Almenábar y Roldán trastóquenlo por Tirado, Gamarra, Goicochea, Añorga, Egúsquiza, La Rosa, Vidal, Arellano, Lozano, Zavala, Porturas, Zegarra, Quiñones, Flores, el resultado se repetirá.

A estas alturas de esta crónica nos formulamos la siguiente interrogante: ¿Cómo llegó a tener tan grande extensión de tierra la hacienda de Umay? El autor da la siguiente respuesta: “Don Álvaro era hijo de don Gonzalo, hombre resuelto que ganó Umay, nadie sabía cómo, en un extraño juicio con un convento. Llegó cuando la hacienda consistía en la llanura vista y los cerros que la rodeaban. Después de un detenido examen de las herederas de las haciendas vecinas, se enamoró ciegamente de Paquita Roldán, heredera única, y se casó. Y los bienes de ambos fueron aumentando: Don Gonzalo era trabajador, inescrupuloso y hábil. A veces sabía soltar la mano llena de monedas y otras veces ajustarla sobre la carabina. Umay creció, hacia el sur, arrollando haciendas, caseríos y comunidades.” (Alegría, 1982: 2011)

Las razones para el crecimiento fueron varias: 1^a.- La herencia. 2^a.- Los juicios raros, por no decir fraudulentos. 3^a.- Los matrimonios convenidos y concertados. 4^a.- La carabina, revólver, pistola, en la mano de los hacendados. Recordemos que “Umay creció, hacia el sur, arrollando haciendas, caseríos y comunidades.”

De la misma manera, como en el párrafo anterior, cambiemos el nombre Umay por el de Alpamarca, Otocuyo, Deliciana, Santa cruz,

Allaca, Chinchopata, Bambas, Ahuambuco, Nahuinbamba, Pampa hermosa, Huayao, Washibamba, Ucchos, El Recreo, La Merced, Mamaguaje, y el resultado, con variantes más o con variantes menos, sería el mismo.

La convivencia entre los hacendados no siempre fue armoniosa. La disputa por el control del poder, particularmente de la propiedad de la tierra, fue permanente. El autor expone esta problemática así: “Creció hasta tropezar con los linderos de Morasbamba, hacienda de los Córdova. Don Gonzalo litigó por linderos y dio un primer zarpazo. No lo pudo sostener. Los Córdova eran también muy fuertes. Cuando don Gonzalo fue acompañado de su gente, el juez, el Subprefecto y algunos gendarmes a tomar posesión, lo recibieron a tiros. La lucha duró, con intermitencias, 2 años. El Subprefecto, impotente para intervenir y ni siquiera reconvenir a los hacendados, pedía fuerzas y órdenes a la Prefectura del departamento. El Prefecto, que no se atrevía a desafiar por sí sólo a los poderosos señores, pedía instrucciones a Lima. En Lima, donde los contendores contaban con muchas influencias sobre Ministros, Senadores y Diputados, nada respondían. Y en las cordilleras limítrofes de Umay y Morasbamba continuaban los asaltos y las muertes. Los Córdova importaron de España un tirador, excelente, oriundo de los Pirineos, y construyeron un fortín pétreo de acechantes troneras donde apostaron a su gente acaudillada por él. Don Gonzalo, hombre empeinado, pero también práctico, cedió momentáneamente en una pelea que le restaba energías, reservándose el proyecto de entrar en plena posesión de los bienes que la ley le concedía para realizarlo en mejor oportunidad. Sería más fuerte y Lima tendría que estar de su lado. Y comenzó a expandirse hacia el norte. La muerte se lo

llevó, pero su ambición, los planes de dominio y su rivalidad con los Córdova, los heredó íntegramente don Álvaro. Pronto demostró que era hombre de garra y el avance prosiguió. Hasta que frente a uno de los sectores de su hacienda quedó Rumi, como una presa ingenua y desarmada. Él, ocupado en otras conquistas, la desdeñó por espacio de largos años. Ahora, parecía haberle llegado su turno. Don Álvaro le entabló juicio de linderos.” (Alegría, 1982: 211 y 212)

Como se deduce de lo descrito en la larga cita, las disputas por los linderos venían desde muy antaño. Los Almenábar se enfrentaban a muerte contra los Córdova. Umay pretendía crecer a expensas de Morasbamba. Entre los hacendados, familias enfrentadas, de la provincia de Pataz se repetía la historia. La carabina, la pistola, el revólver, hacían sentir su presencia y valer. Además, Umay creció a expensas de los débiles. La primera víctima fue la comunidad de Rumi. En Pataz, los hacendados se habían adueñado de los potreros, de los bosques naturales, de los cerros, de las punas y de las aguas. Finalmente, los hacendados patacinos enfrentados, de igual manera “... contaban con muchas influencias ante Ministros, Senadores y Diputados, ...” allá en la Capital de la República.

Ciro Alegría continúa describiendo. Ahora la casa hacienda. Sus palabras: “El llano apareció retaceado de alfalfares y sementeras, al centro de las cuales se levantaban grandes casas de techo rojo que formaban un cuadrilátero. En medio del patio surgía un gran árbol, acaso un eucalipto, y largas filas de álamos -se los podía reconocer por su esbeltez- rayaban los campos marcando las rutas de acceso. Había vacas en los potreros, caballos en las pesebreras y, a la distancia, el trajín de los hombres parecía serlo de hormigas. Ahí en esas casas vivía, pues, don Álvaro Almenábar,

rodeado de sus parientes y servidores. La hermosa llanura y la meseta desde la cual los comuneros miraban, y todas las tierras que cruzaron después de pasar el arroyo Lombriz, y muchas de las tierras que por un lado y otro hacían asomar sus cumbres, eran de él. Tenía tanto y todavía deseaba más.” (Alegría, 1982: 85 y 86)

De la casa hacienda nos trasladamos a la figura del hacendado. Éste tenía algunas características particulares que lo diferenciaban de los otros notables. José María Arguedas diría de los principales de la ciudad. Leamos: “Rutilando delante de una ebullición de polvo, avanzaban muy rápidamente, tanto que llegaron frente a la plaza al mismo tiempo que Rosendo y allí se encontraron. Sofrenó su caballo el patrón, siendo imitado por sus segundos. Un tordillo lujosamente enjaezado, brillante de plata en el freno de cuero trenzado, la montura y los estribos, enarcaba el cuello soportando a duras penas la contención de las riendas. Su jinete, hombre blanco de mirada dura, nariz aguileña y bigote erguido, usaba un albo sombrero de paja, fino poncho de hilo a rayas blancas y azules y pesadas espuelas tintineantes. Sus acompañantes, modestos empleados, resultaban tan opacos junto a él que casi desaparecían. Era don Álvaro Almenábar y Roldán en persona, el mismo a quien los comuneros y gente de la región llamaban simplemente, por comodidad, don Álvaro Almenábar. Ignoraban su alcurnia, pero no dejaron de considerar, claro está, la importante posición que le confería su calidad de terrateniente adinerado.” (Alegría, 1982: 77 y 78)

El símbolo principal del hacendado ha sido el caballo, del campesino pobre fue el burro, mientras que del capitalista moderno es el automóvil y, finalmente, del multimillonario es el avión. Para fijar bien la figura del

hacendado, repetimos lo escrito por el novelista: “Un tordillo lujosamente enjaezado, brillante de plata en el freno de cuero trenzado, la montura y los estribos, enarcaba el cuello soportando a duras penas la contención de las riendas. Su jinete, hombre blanco de mirada dura, nariz aguileña y bigote erguido, usaba un albo sombrero de paja, fino poncho de hilo a rayas blancas y azules y pesadas espuelas tintineantes.”

El caballo, normalmente, es considerado un animal fuerte. La caballería, hoy en desuso, fue un destacamento fundamental en las campañas militares al interior de las guerras. Muchos héroes de batallas han sido pintados o dibujados sobre el lomo del caballo (ver los óleos de Napoleón Bonaparte y de Simón Bolívar), es por ello que hasta hoy se habla que los automóviles tienen tal o cual número de caballos de fuerza.

El caballo, junto al toro, al león, a la serpiente, ha sido un animal mítico. Esto tiene que ver con su tamaño, su fuerza, su brío, su presencia, su hermosura. Es un animal a quien se le mira de abajo hacia arriba, a quien se le tiene temor y amor. Muchos pueblos utilizan como símbolo la figura mítica del caballo. Este detalle no se le escapó a Homero cuando eternizó, en la *Iliada*, el famoso caballo de Troya.

A lo anotado hay que agregar que los hacendados, para el contexto peruano-patacino, fueron normalmente blancos, altos de estatura, de apellidos españoles largos y compuestos. Ellos disponían de algunos distintivos como el pantalón de montar, la casaca larga o el saco al estilo levita, las botas altas con espuelas, el sombrero de ala ancha, el poncho de colores y de agua, etc. Era una colección de símbolos que los diferenciaba, no sólo de las personas comunes y corrientes, sino también de otros

miembros del gamonalismo. Su presencia imponía distancia, miedo, que fue la antesala, al temor.

Entre ellos había, también, diferencias de poder y posición. La extensión y calidad de las tierras, la cantidad de sirvientes, las razas de su ganado, marcaban las diferencias. Sobre lo último, la raza de sus caballos, algunos se preciaban de tener un berebere o un “pura sangre”. El apero que llevaba piezas de plata, incluso, incrustaciones de oro, evidenciaba el poder del hacendado. El cuidado que le brindaban, el alimento que comían, coadyuvaba para su mayor prestigio. Todos estos rasgos marcaban la diferencia entre unos y otros. Se podría decir: Hacendado sin caballo, de paso o fino, no era hacendado.

Don Álvaro Almenábar y Roldán era un hacendado que no tenía contemplaciones para castigar, no sólo a su servidumbre, sino a todo aquél que osaba cruzar su hacienda sin su permiso. Era un señor de horca y cuchillo. En una oportunidad pasó, cerca de la casa hacienda, un campesino vendedor de esteras. Éste fue acusado de espiar a favor de la comunidad de Rumi con quienes tenía Almenábar un juicio de linderos. Se llamaba Mardoqueo. La información que nos brinda Ciro Alegría es como sigue:

“¿De quién es ese burro?”

-De Mardoqueo, el comunero que trae esteras. Don Álvaro blasfemó y bufó llamando a pongos y caporales.

-Y tú también, Ramón, para ver qué tal lo haces... Saquen a ese indio, amárrenlo al eucalipto y denle 100 latigazos por espía...

La señora Leonor y sus hijas corrieron a esconderse en sus habitaciones. Por todo el cuadrilátero de casas circuló el pavor como un viento.

Mardoqueo fue arrastrado hasta el eucalipto. `¿Qué hago yo?`, `yo no he hecho nada`, clamaba. Allí fue desnudado y amarrado de las muñecas al viejo tronco. Ramón, estimulado por la presencia de su benefactor, que miraba desde la puerta del escritorio, quiso dar prueba de su gratitud y cogió el látigo. Y el largo látigo de cuero ululó y estalló. Mardoqueo desgarró el aire con un clamorante alarido; el látigo siguió, cayendo entre quejidos cada vez más apagados hasta que por fin, en medio de un silencio que petrificaba todas las cosas, sólo se escuchó el ruido sordo de los golpes encarnizados e implacables. Cuando Mardoqueo fue libertado, rodó pesadamente por el suelo, cadavérico y sudoroso. De su espalda hinchada manaba una sangre negra.” (Alegría, 1982: 227)

Si el castigo se perpetuó con una persona que no vivía en la hacienda, tampoco tenía directa dependencia de ella, nos imaginamos cómo se castigaba a la servidumbre, a los pongos, de ella. Esta conducta, con posibles excepciones ha sido un común denominador de las formas como los hacendados castigaban a su cholos, muchachos, pongos. En una palabra, a la servidumbre.

Después de exponer este caso muy concreto de castigo sólo guiado por una suposición, el comunero Mardoqueo sería un espía, el autor se formula 2 interrogantes: “¿Qué había hecho don Gonzalo Almenábar con los indios? ¿Qué hacía don Álvaro?” La respuesta es muy fácil y lógica: “Explotarlos, matarlos, flagelarlos, despojarlos.” (Alegría, 1982: 237)

La otra cara de la medalla de la hacienda, como lo venimos repitiendo, fue la servidumbre. La servidumbre fue parte consustancial a ella. Sin servidumbre no hay hacienda, si no hay hacienda tampoco hay hacendado. Los unos no pueden existir sin los otros. La diferencia es que unos existen

en calidad de explotados, marginados, segregados y los otros, en calidad de explotadores, marginadores, segregadores, opresores.

La servidumbre, por generaciones, no tenía derecho a nada. Incluso, en muchos casos se les negaba la alimentación o se les racionaba para que no se enfermen y tengan la fuerza, la energía, suficiente para seguir trabajando en la agricultura, la ganadería, en los quehaceres domésticos en la casa hacienda. Sus ropas fueron harapos. La vivienda, barracas, chozas, cercanas a pocilgas. Todos analfabetos, ignorantes, para que la obediencia al señor hacendado, a sus representantes (mayordomos, capataces) sea ciega y muda.

Los cristianos hacendados adoctrinaban, con la religión católica, para justificar divinamente su sumisión. Está demás decir que nunca enviaron a los niños a la escuela. La relación entre el hacendado y la servidumbre fue vertical. La servidumbre tenía que hablarles a los hacendados sin mirarlos a la cara, con la cabeza agachada, y con las expresiones en diminutivo: “patroncito”, “papacito”, “taitito”, “amito”. Los cuentos *Paco Yunque* de César Vallejo y *El sueño del pongo* de José María Arguedas son ilustrativos al respecto.

En otro nivel. El espacio físico-urbanístico, donde se asentaba el Poder gamonal en la ciudad, es descrito en estos términos por Alegría: “La plaza era un cuadrilátero soledoso y ancho, cruzado de irregulares veredas de piedra entre las cuales crecía libremente la yerba. Al centro había una pila donde llenaban de agua sus cántaros y baldes algunas mujeres, sin duda sirvientas de los ricachos y autoridades. 2 de ellas conversaban con un indio que, sentado en el pequeño muro de la pila, miraba su caballo, magro y mal aperado flete que arrastraba la rienda mientras ramoneaba el

pasto con vehemencia. La iglesia estaba cerrada y desde una de las torres, un gallo recortado en hojalata se erguía en la actitud de cantar, interminablemente. Las casas que rodeaban la plaza eran generalmente de 2 pisos y algunas abrían tiendas en las cuales coloreaban las telas y brillaban las herramientas que solía buscar la indiada durante la habitual feria de los domingos. Mientras llegaba, los tenderos vendían licor a sus diarios parroquianos. En la puerta de la Subprefectura, los gendarmes daban la nota oficial que correspondía a toda capital de provincia sus feos uniformes azules a franjas verdes. Porque tal era el rango del pueblo y, además de Subprefecto, tenía autoridades que respondían a los importantes títulos de Juez de Primera Instancia, Jefe Militar, Médico Titular, Inspector de Instrucción y otros.” (Alegría, 1982: 92 y 93)

Los hacendados fueron la base central del gamonalismo local, provincial, regional. José Carlos Mariátegui, en los años 20 del siglo que tratamos, lo expone en estos términos: “El ‘gamonalismo’ invalida inevitablemente toda ley u ordenanza de protección indígena. El hacendado, el latifundista, es un señor feudal. Contra su autoridad, sufragada por el ambiente y el hábito, es impotente la ley escrita. El trabajo gratuito está prohibido por la ley y, sin embargo, el trabajo gratuito, y aún el trabajo forzado, sobreviven en el latifundio. El juez, el Subprefecto, el comisario, el maestro, el recaudador, están enfeudados a la gran propiedad. La ley no puede prevalecer contra los gamonales. El funcionario que se obstinase en imponerla, sería abandonado y sacrificado por el Poder central, cerca del cual son siempre omnipotentes las influencias del gamonalismo, que actúa directamente o a través del

Parlamento, por una y otra vía con la misma eficacia.” (Mariátegui, 1968: 31 y 32)

Terminamos con el novelista Alegría mencionado la relación de los hacendados con el Poder regional y nacional. En este caso, el tema sigue siendo el juicio de linderos entre don Álvaro Almenábar y la comunidad de Rumi. Leamos: “Volviendo al asunto del juicio, había mucha esperanza. Los munchinos habían declarado a favor de la comunidad, entre ellos Zenobio García, quien, con toda educación, recordó a los comuneros que hacía tiempesito que no compraban cañazo en su tienda. Ya no era gobernador y su reemplazante lo tuvo preso durante 2 meses, pero lo soltó por orden de Almenábar, quien había manifestado que tenía el juicio en el bolsillo. Zenobio conservaba cierta importancia, pero Bismarck Ruiz estaba en franca decadencia. Repudiado por los Córdova al sospecharse su inteligencia con don Álvaro, creyó que éste lo iba a tomar a su servicio, pero nada de eso ocurrió. Correa Zavala, rechazado por toda la gente de dinero, vivía muy pobremente y se murmuraba que defendía a los indios por espíritu de represalia. Era una víctima de la maledicencia pueblerina. Él mismo informaba a los comuneros de todo lo que pudiera interesarles. Don Álvaro no había conseguido apoyo para Senador, debido a que se le cruzó un relacionado del Presidente, pero Óscar Almenábar continuaba de Diputado. Después de vocear su adhesión inquebrantable a Pardo, se hizo un fervoroso partidario de Leguía. Pronunciaba discursos llamándolo superhombre y genio. Había demostrado muchas aptitudes para la política.” (Alegría, 1982: 586 y 587).

En este párrafo podemos comprender la serie de contradicciones que se dan al interior de las clases sociales en la zona, la presencia de algunos

personajes notables, el enfrentamiento entre los Córdoba y los Almenábar, más sus vinculaciones con el Poder nacional. Los hacendados eran en la zona cabeza de ratón; pero a nivel nacional, sólo cola de león.

*

En vista de que la escritora Lucrecia Vidal no ha dedicado ningún escrito inclusivo al tema de la hacienda, como sí es el caso del arriba citado, nos limitaremos a exponer sus ideas que aparecen bastante dispersas, desde luego, a lo largo de los escritos que conforman el libro *El oro para el rescate*.

Anotemos previamente que sus narraciones, sus recuerdos, sus anécdotas, se mueven entre 2 haciendas y la ciudad capital de la provincia. Alpamarca, Bambas, Tayabamba. Comencemos con la crónica titulada *Una herencia inesperada*. En ella informa sobre la historia de la hacienda Alpamarca. Los dueños no tenían las escrituras de la propiedad que se remontaba a los tiempos de la colonia; pero sí la posesión de la tierra, ella informa: “Alpamarca, por aquella época, formaba parte de las llamadas ‘haciendas reales’, protegidas por leyes especiales pues no se reclutaba contingente de sangre en ellas, y los que se asilaban no podían ser extraídos si gozaban de la protección del dueño de la hacienda.” (Vidal, 25: 1979)

La hacienda tenía mucho poder, parecía ser un pequeño Estado al interior del Estado “nacional”. A fines de los años 1800 ocurrió una casualidad que más parece un “mito” respecto a la legalidad de la hacienda. Leamos su versión: “Corrían los años, a finales del siglo pasado, una lluviosa tarde de noviembre, al hacendado de Alpamarca don Manuel Isidro Cisneros le fue anunciada una visita, la del tal Julián, chino de

nacimiento, quien le hizo entrega en calidad de regalo de unos papeles que contenían los títulos y demás documentos de la hacienda Alpamarca, contándole las circunstancias en que los encontró, pero reservándose muy bien de decirle que entre el hallazgo se incluía un tesoro en pepitas de oro.” (Vidal, 25: 1979)

En el escrito llamado *Rezagos bélicos de la guerra con Chile*, con cierta amargura en el alma, al estilo de Manuel González Prada, descarga sus iras santas en contra del gamonal y el dictador, sus palabras: “Nuestra derrota fue un largo período de desatinos y caudillismo político, secuela arrastrada desde el colonialismo, cuando al dar el grito de ¡Libertad! Y proclamarnos pueblo libre y soberano, sólo cambiamos de membrete. Así el gamonal reemplazó al Corregidor, el dictador, al Virrey.” (Vial, 1979: 54)

Algunas páginas después, aparece la crónica titulada *Los paillachos*, que es una danza que se presenta en las fiestas patronales. En ella, la escritora escribe: “Los paillachos es una parodia de las costumbres del hacendado serrano, señor de horca y cuchillo; lo acompaña su familia ricamente vestida, que no sólo es el centro de la atención sino que todo gira a su alrededor, le sigue el séquito de sus servidores trajeados modestamente, y el ganado que éstos cuidan, ...” (Vidal, 1979: 76)

La crítica al “...hacendado serrano, señor de horca y cuchillo...” es directa. Con ello evidenciaría que la conducta de estos individuos fue una constante no sólo en las haciendas de la provincia en mención, sino que se repetía a nivel nacional.

En el escrito *La fiesta de la cosecha*, en una forma muy simple, pone en primer plano las clases sociales con algunas de sus características,

leamos: “Justo y Micaela se levantaron muy de madrugada y por el polvoriento sendero, que a lo lejos se pierde entre el rugoso rostro del viejo cerro, van en pos de la diaria tarea. Los acompañan el Matías, la Filomena y el Rubén, sus hijos.”

Luego: “Marchan alegres a remover la tierra que es de su propiedad, para depositar en ella las semillas que, más tarde convertida en fruto, recogerán y guardarán en sus terrados como provisión para todo el año.”

Estos campesinos disponen de una cantidad de tierras que les permite, con ayuda de familiares y amigos, cumplir con todas las tareas que el ciclo agrícola demanda a lo largo del año. Ellos realizan esta actividad contentos. Incluso la trilla se convierte en una fiesta. Más aún, la familia de Justo son sujetos sociales. Se les llama por su nombre propio.

En el párrafo siguiente, la escritora nos muestra la otra cara de la medalla, sus palabras: “Sus amigos el Teobaldo con su mujer y sus hijos, también muy de madrugada, caminan taciturnos a cumplir un deber impuesto por un amo, y así poder, con ese trabajo que nunca verán bien remunerado, habitar una miserable choza en el inmenso predio que les vio nacer.” (Vidal, 1979: 106)

A reglón seguido continúa: “Teobaldo y su familia, que viven en la hacienda, también se aprestan para la cosecha con un sistema de minga entre los colonos de la misma, con la única diferencia de que el producto de sus esfuerzos los aprovechará el patrón, quien ni siquiera, en la mayoría de los casos, aporta ni contribuye en dar el carnero, las papas, la jora y demás víveres indispensables para realizar la fiesta de la cosecha; son los peones los que siguiendo una tradición ancestral contribuyen con sus

cuyecitos, sus gallinitas, su mote y su chicha para alegrar la fiesta de la recolección”.

Anotemos 2 hechos de las citas transcritas. Primero, la familia de Teobaldo no tiene nombre propio. Son objetos anónimos. Segundo, la diferencia entre la familia de Justo y la de Teobaldo reside en la posesión de la tierra. Trabajar obligado para el hacendado tiene un significado que difiere del trabajo voluntario, para el propio provecho, en su propia tierra.

Continuamos con el título *La fiesta de la cosecha*. Leamos la siguiente información: “En esta forma, y de una manera diríamos casi rudimentaria, se realizan las tareas agrícolas. El hacendado no mejoró este sistema heredado de los incas, dejando a entera responsabilidad del campesino la siembra y la cosecha.” (Vidal, 1979: 108)

El hacendado descrito es un rentista, por no decir un parásito. Él sólo se limita a aprovechar el trabajo de los campesinos. Páginas después, llegamos al escrito denominado *La cofradía*. La señora Vidal es bastante directa en su apreciación del hecho. Lo que escribe, en concordancia con lo anterior, suena a denuncia: “El gamonalismo es y ha sido siempre el fenómeno social más criticado en toda región del mundo. Se habla mucho del gamonalismo político, del gamonalismo agrario, del gamonalismo pueblerino y de otros más, como una forma de explotación del hombre por el hombre.”

Cuando dice “... como una forma de explotación del hombre por el hombre”, está evidenciando, una vez más, la razón central del por qué existen clases sociales, por qué existe la injusticia económica, por qué existe la desigualdad social y todos los males que de ella se derivan. La clase es un concepto que tiene directa relación con la explotación. A su

vez, la explotación económica es la base de la segregación racial y de la marginación cultural.

La autora se refiere, en otro párrafo, al gamonalismo en el distrito de Tayabamba, la ciudad del mismo nombre, que es la ciudad más grande y la más importante de la provincia de Pataz. Leamos: “En el distrito de Tayabamba, capital de la provincia de Pataz, el gamonalismo agrario es un fenómeno un tanto disminuido porque no existen grandes latifundios; la propiedad, allí, está muy dividida y cada quien posee una parcela de terreno en la que habita y de cuyo producto vive. El comercio y los puestos públicos son las principales fuentes de trabajo.”

Es verdad que en este distrito la presencia de las haciendas fue bastante tenue en comparación con otros distritos. Hasta finales de la década del 60, sólo existieron 2 propiedades que merezcan ese nombre. Primero: El recreo de los Zegarra, primero, y Añorga, después. Y segundo: La merced, de los Goycochea-Zegarra.

La historia es diferente en otras zonas de la provincia, según la autora. Leamos: “En cuanto al resto de la provincia, existían haciendas en algunas de las cuales subsistía, hasta hace poco, el trabajo según cuyas formas heredadas del colonialismo, obligaban al campesino a prestar servicios gratuitos en la casa-hacienda; éstos eran, entre otros, el pongo y la semanera. Hay que agregar a este inicuo sistema de explotación, el peligro que corría esta última al tener que soportar el asedio amoroso constante de los amos, que llegaban muchas veces a la violación con maltrato. También se debe mencionar la condena a la ignorancia a la que estaba sometido el campesino, pues no se tiene noticia de que algún hacendado, de esas

tierras, haya cumplido con el sostenimiento de una escuela para los niños de sus predios.” (Vidal, 1979: 114)

Desestanquemos 2 hechos de la información vertida en el párrafo transcrito. 1.- “Hay que agregar a este inicuo sistema de explotación, el peligro que corría esta última al tener que soportar el asedio amoroso constante de los amos, que llegaban muchas veces a la violación con maltrato.”

Las semaneras eran adolescentes, hijas de los pongos o muchachos, que estaban obligadas a trabajar, como sirvientas, en la casa hacienda. La señora Vidal minimiza el hecho cuando dice “...el asedio amoroso constante...” de la cual eran víctimas. Allí no había amor de ninguna naturaleza. Ellas eran, simple y llanamente, violadas. Las jovencitas eran abusadas por los hacendados y también por los hijos de éste. Estos últimos iniciaban su vida sexual violando a las niñas-sirvientas. Muchas de ellas quedaron embarazadas, los niños-niñas nunca fueron reconocidos por los hacendados violadores. Con este hecho, los eslabones de la bastardía, iniciada con la conquista española, continuaba.

Una novela clásica que recrea el accionar de los hacendados, los hijos que engendran por doquier, que no son reconocidos, es la escrita por el mexicano Juan Rulfo y titulada *Pedro Páramo*. Las diferencias son de escario mas no de tiempo y menos de hechos o resultados.

En concordancia con el caso de la violación, en *Warma Kuyay-Amor de niño* (1933), José María Arguedas narra la historia de Justina, Kuto, Ernesto y el hacendado don Florián. Leamos este pequeño pasaje de un diálogo entre el indio Kuto y el joven Ernesto:

“- ¡Kutu! ¿Te ha despachado Justina?

- ¡Don Froilán la ha abusado, niño Ernesto!
- ¡Mentira, Kutu, mentira!
- ¡Ayer nomás la ha forzado; en la toma de agua, cuando fue a bañarse con los niños!”

Esta información, sobre estas violaciones en las haciendas aquí transcritas, que tiene su correlato en las grandes ciudades, nos trae al recuerdo la pieza teatral escrita por Hernando Cortés que lleva por título *Abuse usted de la chola* (1967). Ella fue ambientada en las casas de la burguesía limeña, a fines de la década del 60 del Siglo XX.

Regresando al caso de la provincia de Pataz, lo que la escritora Lucrecia Vidal expone, genéricamente, sobre la actitud de los hacendados, se encuentra concretizada en el distrito de Taurija y sus haciendas que existieron al interior de sus límites. El escritor Abner Viera, en el cuento *La vaca campanera*, narra los castigos que sufrían los pongos o muchachos. Él nos dice: “Casi nadie escucha el sonido de las campanas. Duermen agotados por el cansancio y el dolor del fuate que hace malvado y poderoso al capataz, un indio sobón y miserable que se arrastra bajo las botas del patrón; ese fuate que no sabe ver el cansancio del cholo; que se desliza sobre los hombros de un joven o anciano para hacer producir las tierras a costa del sudor de la peonada a cambio de un mate de cancha o una tutuma de chicha; que abre surcos en las huashas de los jóvenes cuando quieren salir a otro pueblo porque quieren aprender a leer y escribir; que lleva la guadaña de la muerte cuando el patrón descarga su furia sobre el primer pongo que se cruza en ese momento, tan sólo porque no llovió o porque se perdió algún animal; ese fuate que se enloda de sangre y polvo.” (Viera, 2022: 35)

De este párrafo transcrito, destaquemos un personaje, el “... capataz, un indio sobón y miserable...” El capataz en unos casos, el mayordomo en otros, fue una pieza clave en la explotación, marginación, segregación, al interior de la hacienda. Ellos eran personas que provenían de las masas de sirvientes; pero eran los escogidos por el patrón para ser sus ojos, sus oídos, su lengua, sus brazos para controlar-castigar a la servidumbre “perezosa” y más aún rebelde. Refiriéndose a estos tristemente célebres personajes, José Carlos Mariátegui escribió: “El indio alfabeto se transforma en un explotador de su propia raza porque se pone al servicio del gamonalismo.”

En términos más generales, los capataces o mayordomos, en las haciendas, son el equivalente a los militares y los policías que son el sustento represivo de todos los Estados que hasta hoy conocemos, sin estos destacamentos especiales, las clases dominantes no podrían existir en ninguna parte del mundo.

En el siguiente párrafo, Viera narra la historia de una violación concreta a la cual se refiere la escritora Vidal en términos muy genéricos. Leamos: “Entre los 2 fueron a dar aviso al hacendado que, de seguro, dormía plácidamente después de haber consumado su abuso sexual con la Shoga, una hermosa adolescente a la que mandó traer atada para su festín animalesco de aquella noche, como hacía con otras muchachas. Los 2 tocaron su puerta y nadie respondió. Se miraron y, sin mediar palabra, empujaron la puerta con todas sus fuerzas. El patrón yacía en el piso botando espuma por la boca, con los ojos abiertos como si alguien lo hubiese estrangulado. La muchacha estaba muerta. Se había defendido y el muy cobarde la había golpeado hasta dejarla inconsciente. Yacía tirada,

encogida y desangrada sobre una cama que tenía el patrón, donde, después de abusar de ellas, las dejaba dormir hasta la mañana siguiente, en que el capataz las entregaba a sus padres junto con una paga de trigo o maíz.” (Viera, 2022: 36)

Los viejos taurijanos, de los años 40, 50, 60, posiblemente escucharon estas historias de violaciones perpetrados por los hacendados; pero no les daban mayor importancia, por el contrario, creían que era natural que ocurriera. Estas acciones nefastas, en la vida, han sido naturalizadas y espiritualizadas, es por ello que no generaban ninguna preocupación y menos protesta. Eran los hacendados de horca y cuchillo, dueños de tierras, de vidas, y de la virginidad de las niñas.

2.- La escritora Lucrecia Vidal puso sobre la mesa de discusión otro tema no tan grato para los hacendados. La escuela. Sus palabras: “También se debe mencionar la condena a la ignorancia a la que estaba sometido el campesino, pues no se tiene noticia de que algún hacendado, de esas tierras, haya cumplido con el sostenimiento de una escuela para los niños de sus predios.”

En directa relación con lo afirmado por la citada, Abner Viera sostiene que los “... jóvenes cuando quieren salir a otro pueblo porque quieren aprender a leer y escribir...” eran castigados, no por el hacendado directamente, sino por el “... capataz, un indio sobón y miserable...”. Los peores enemigos de los indios son los propios indios arrimados al poder.

Las 2 últimas crónicas son autobiográficas, de Lucrecia Vidal. En *La leyenda del Huaraco*, narra su viaje desde la hacienda Alpamarca hasta la hacienda Bambas. Fue en invierno, hacía mucho frío y caía bastante lluvia. Ella comienza con esta pregunta: “¿Quién se atrevería a cruzar la puna del

Huaracro en aquellas condiciones, con los caminos llenos de agua, lodo y derrumbes?...” Luego continúa: “Tendríamos que postergar el viaje, o desafiar todos los peligros y llevarlo a cabo en aquellas condiciones; fue sólo animados por la seguridad que nos brindaba la compañía de aquel indio de color cetrino, poco expresivo y de mirada penetrante, gran conocedor de la ruta y acostumbrado a esos menesteres, que nos decidimos a empezar la jornada.”

Examinemos lo que informa sobre el guía. Él no tiene nombre y menos apellido. Es un objeto reducido a colores y señales “... aquel indio de color cetrino, poco expresivo y de mirada penetrante...” En este pasaje es cuando aflora la clase social a la cual pertenece. Ella es hija de hacendados. Exterioriza su raza. Ella es blanca para el estándar de la zona. Manifiesta su cultura. Es una joven letrada que estudia, nada más ni nada menos, en Lima.

Luego la señora Vidal continúa: “3 hermosos caballos cómodamente ensillados eran los encargados de transportarnos, los mismos que habían sido enviados con el guía indio ya mencionado, cuyas características físicas es interesante describir. De regular estatura, su fisonomía, como buen hijo de la naturaleza agreste y desafiante de Pataz, parecía esculpida en roca. Su nariz aguileña semejaba un picacho arrancado de los Andes y su color cetrino daba la impresión de un rostro de piedra.” (Vidal, 1979: 132 y 133)

Los caballos son hermosos, mientras que, una vez más, el indio sin nombre y sin apellido, parece esculpido en roca, su color cetrino como de la tierra, su nariz aguileña como los picachos. En otras palabras. El indio aún no ha evolucionado. El aún no se ha separado de la naturaleza. Él es

como una piedra. Como se ve, además del clasismo, del racismo, del culturalismo, en la escritora aflora su esteticismo. Los caballos son hermosos. El indio es feo.

Finalmente, en la crónica titulada *En la cueva del pishtaco*, la escritora Lucrecia Vidal Arias dice: “Ante el enorme patio de la vieja hacienda, a la puerta del escritorio, acompañando al abuelo, la muchacha, recién llegada de la gran Capital, meditaba perdida la mirada de esos sus grandes ojos color de miel, en la lejanía, donde alza su telúrica gallardía el Apushallas...”

La nostalgia por la gran Lima, donde estudiaban algunos de los hijos de los hacendados más pudientes, la evidencia así: “La chica, dándole vueltas a la idea obsesiva, le parecía que sería imposible volver a ésa, su gran Lima, donde su grupo, las diversiones y demás actividades propias de su edad le eran familiares. (...).”

Continúa la autora de *El oro para el rescate*, en los términos siguientes: “Derrepente rompe su ensimismamiento la silueta de un anciano campesino que caminando penosamente, apoyado en un nudoso cayando, irrumpió en el patio. Avanzando hasta el amplio corredor, al borde del cual se sentó y después de un ‘buenos tardes patrón y patroncita’, dicho con el acento reverente del morador del Ande, al tiempo que exhalaba un profundo suspiro, inició su relato.” (144)

El anciano campesino contó que casi lo habían matado los pishtacos. Por el lugar llamado *La cueva del Pishtaco*. Ellos pretendían hacerlo chicharrón, sacar manteca y luego venderla a las minas para que puedan funcionar las máquinas.

Destaquemos el trato servil de unos hacia otros. El hombre pobre se dirige a los hacendados, con la cabeza agachada, sacándose el sombrero, reverenciándolos como seres inalcanzables, con el consabido, “‘buenas tardes patrón y patroncita’.”

*

A estas alturas del capítulo, nos interesa exponer, reflexionar, sobre el final de los hacendados de la provincia, que ocurrió a finales de la década del 60 y comienzos del 70 del siglo pasado. Este sistema, explotación en base a la servidumbre, entró en crisis por 5 motivos. 1.- La forma de explotar ya no se podía mantener. Era anticuada y no redundaba en beneficio de los hacendados como antes. El capitalismo, el mercado-mercancía, socavaba esas formas tradicionales de explotación, dominio, control. 2.- Los campesinos, siervos-pongos, abandonaban las haciendas. Ellos viajaban a la Costa o a la Selva en busca de trabajo. Los hacendados ya no podían retenerlos como antes. 3.- La hacienda se dividió entre los herederos. Reparto que no siempre fue en paz y calma. La unidad familiar se resquebrajó. En algunos casos, los enfrentamientos entre hermanos, por las tierras, implicaba juicios, odios y venganzas. 4.- La reforma agraria de los militares de 1969 vino a condicionar, legalmente, la descomposición de la hacienda tradicional. 5.- El fenómeno del narcotráfico que tenía su centro en Tocache, la aparición de los nuevos ricos, plata como cancha, ligados a esta actividad, terminaron por lapidar a esta clase social.

En los últimos años del Siglo XX se vio a la mayoría de ex hacendados en notoria decadencia. Vendieron las tierras, el dinero se agotó, terminaron viejos y pobres. En vista de que nunca habían trabajado, se limitaban a depender, en los últimos años de sus vidas, de la buena o

mala voluntad de sus hijos; particularmente de los que habían hecho alguna profesión o de los que habían incursionado en algún negocio rentable en los nuevos tiempos.

La mayoría de los hijos de los hacendados, nacidos entre la década del 30 al 50, siguieron la misma dinámica de sus padres. Viviendo del trabajo de la servidumbre a pesar de que ésta se iba agotando. Al no tener ni arte ni oficio, muchos-muchas se casaron con profesionales, empleados estatales, particularmente maestros o maestras, de esa manera solucionaron, momentáneamente, su vida. De los descendientes de los hacendados, no hay nada que destacar en algún nivel de la ciencia, las humanidades o el arte. Se puede afirmar que fueron generaciones de fracasados, si es que se mide por las reglas del sistema capitalista dominante.

De la provincia de Pataz, no son hijos de hacendados los que han logrado destacar o sobresalir, más bien son algunos descendientes del gamonalismo. Nombremos a 2 personajes, mencionados párrafos arriba, que tienen un meritorio reconocimiento a nivel nacional por su contribución a la medicina y a la literatura. Coincidentemente son 2 nietos de inmigrantes chinos. Son hijos de Roberto Morillo, dedicado al comercio, y de Manuel Zavaleta, dedicado a la tinterillada. Nos referimos al médico Alfonso Zavaleta Cruzado y al novelista Juan Morillo Ganoza.

Como toda regla tiene su excepción, es de justicia mencionar a la señora Lucrecia Vidal Arias. La escritora tiene algunos méritos que es justo resaltar en el presente escrito. Ella es una de las pocas descendientes de hacendados, retoño del gamonalismo, patacino-tayabambino, que ha superado los prejuicios de su clase, las taras de su casta, la arrogancia de

su cultura y gracias a ello ha logrado desentrañar, denunciar, muchos de los maltratos perpetuados contra las mayorías explotadas-marginadas patacinas. Lucrecia Vidal conoce la explotación, la marginación, la segregación, que practicaban sus congéneres, desde dentro del poder. Sus afirmaciones se están alejadas de exageraciones en una o en otra dirección. El 95 % de los hijos, nietos, bisnietos, de los hacendados y gamonales, se han contentado con vivir de su pasado, de lo que fueron. Lucrecia Vidal no. Por el contrario, ella, con sus limitaciones, los desnuda y de esa manera, para el contexto patacino se convierte en la oveja negra del sistema de hacienda, del mundo del gamonalismo.

Por lo escrito, la señora Vidal, podría suscribir el poema del dramaturgo alemán Bertolt Brecht, que gira sobre el tema. El poema se titula *Perseguido por buenas razones*. Leamos los primeros versos:

“He crecido hijo de gente acomodada.

Mis padres me pusieron un cuello almidonado,
me educaron en la costumbre de ser servido
y me instruyeron en el arte de dar órdenes.

Pero al llegar a mayor y ver lo que me rodeaba,
No me gustó la gente de mi clase,
ni dar órdenes, ni ser servido.

Abandoné mi clase y me uní al pueblo llano.

Así criaron un traidor,

le educaron en sus artes, y ahora él los delata al enemigo.”

Continuemos. El gamonalismo o Poder local, como ya se ha visto, tenía el control de las ciudades grandes, medianas y pequeñas. Componentes del Poder local fueron los maestros o profesores. Hasta una determinada etapa, los maestros fueron parientes directos de los gamonales. Posteriormente, los maestros o maestras que llegaban a las ciudades y pueblos, eran integrados al Poder local a través del matrimonio con un miembro del Poder local. Cuando el maestro o la maestra no lo hacía, el gamonalismo le hacía la vida imposible. El final era integrarse a ellos o cambiar el lugar de trabajo. Este fenómeno duró hasta fines de los años 60, posteriormente creció el número de escuelas y de maestros, apareció la organización sindical, (SUTEP), a la cual adherían la mayoría de maestros. En estos tiempos, la mentalidad de los mismos había cambiado, el gamonalismo ya no pudo controlar a ese sector importante del Poder local, en la medida que el gamonalismo se iba reconfigurando también.

Con lo escrito, terminamos con el Primer capítulo de la presente crónica. A la vez, es el puente que nos conduce a exponer algunas características de Tayabamba, ciudad capital de la provincia de Patataz, entre 1900 a 1970.

CAPÍTULO II

TAYABAMBA. TERRATENIENTES. COMERCIANTES

En este capítulo II, no mencionaré datos formales, información folclórica, anécdotas personales, en la medida que no deseamos repetir lo que otras personas han escrito en torno a la ciudad de Tayabamba y sus habitantes. Nos interesa buscar, analizar, interpretar y sintetizar hechos que van más allá de lo folclórico, que están alejados de lo anecdótico. Y aclaramos, una vez más, que este trabajo no es un ensayo, tampoco una investigación científica, se limita a una crónica, otros dirían a una estampa, de la vida en la ciudad arriba mencionada.

Hecha esta salvedad, afirmamos que el capítulo está focalizado en las relaciones económicas de producción, en las clases sociales que son consecuencia de ellas y en el control político; es decir, el tema del Poder local o gamonalismo. Continuamos con el acápite de la educación o instrucción formal, la religión, y terminamos con algunas pinceladas culturales desarrolladas en la capital de la provincia. Todo, como queda dicho, en el tiempo que corre desde 1900 hasta 1970. Lo sucedido antes y lo ocurrido después es, será, tarea de otros interesados en el tema.

Años antes que se inicie el Siglo XX, la ciudad de Tayabamba fue elevada a la categoría de capital de la provincia de Pataz. Hecho que tuvo como consecuencia que esta ciudad se convierta en la más importante de la provincia. Al correr los años, Tayabamba fue el centro, además de ser la más poblada de las 2 provincias que colindan con ella. Nos referimos a Sigwas (Ancash) y a El marañón (Huánuco). Las razones podrían ser su ubicación geográfica, su topografía y, naturalmente, la importancia de la extracción, atracción, del oro. Esta actividad se realizaba desde tiempos remotos en la zona.

Como quedó dicho, en el capítulo anterior, la fiebre del oro fue el mito que cautivó a un sin número de personas de todo el Perú. Incluso trascendió las fronteras nacionales. Algunas de ellas se afincaron en distintos pueblos, particularmente, en la ciudad de Tayabamba.

*

En la comprensión del distrito de Tayabamba existieron, como hemos escrito en el capítulo anterior, 2 haciendas. La Merced, de los Goicochea Zegarra, y El Recreo, de los Zegarra, primero, de los Añorga, después. La crianza de ganado, especialmente vacuno y ovino, y el cultivo de cereales fueron las actividades centrales en estos 2 predios. Los que trabajaban la tierra también cuidaban el ganado y servían en la casa hacienda; eran llamados, indistintamente, pongos, muchachos, cholos, sirvientes. Trabajaban por la comida, la vivienda y la ropa. Lo descrito en el capítulo I sobre el tema se repitió, con algunas particularidades, en las 2 haciendas aquí nombradas.

En segundo lugar, existieron algunos terratenientes. La cantidad de tierras, de animales, de servidumbre, no estuvo en el nivel de los 2 hacendados nombrados líneas arriba. Entre las familias terratenientes, se registra a los Noriega, en Chongos; a los Escudero, en San Antonio; a los Lozano, en Colpabamba; a los Caballero, en Huanquil, entre otras. En las propiedades de estas familias, la presencia de la servidumbre se expresaba en las cocineras y los muchachos de mando, en la ciudad. De igual modo, la presencia de familias, adscritas a relaciones serviles de producción, en las casas donde se ubicaban las propiedades agrarias de cultivo y de crianza de animales. La producción agrícola y la crianza de los animales corría a cargo de las personas mencionadas.

En tercer lugar, hubo una respetable cantidad de campesinos ricos. Muy pocos tenían servidumbre. La labor de trabajar la tierra y cuidado de los animales, fue algo así como una empresa familiar, que dio resultados mientras la familia patriarcal se mantuvo como organización dominante. Cuando los hijos formaban su propia familia, esta “empresa” entraba en crisis. La mencionada actividad se combinaba con el sistema llamado *al partir*. La mitad de la cosecha era para el campesino rico que brindaba la tierra-semilla y la otra parte, para el campesino pobre que realizaba el ciclo agrícola completo, desde el comienzo hasta el fin. No se menciona con nombre y apellido, a este sector, porque fueron muchos los que conformaron esta capa social.

En cuarto lugar, existieron los campesinos medios. Éstos podían vivir de su tierra y animales sin emplearse a segundos o emplear a terceros. Algunos de ellos combinaban sus pequeñas labores agropecuarias con la actividad artesanal, libres o trabajando para otras personas más pudientes.

Finalmente, los campesinos pobres, que disponían de pequeñas parcelas de tierra. La mayoría de éstos fueron los que hacían el trabajo *al partir* con algunos terratenientes y, sobre todo, con los campesinos ricos. La misma actividad se repetía con el cuidado del ganado. En este sector estaban ubicados, principalmente, los denominados jalquinos, que vivían en la llamada Comunidad de la Victoria. Lo de comunidad se redujo al nombre. Era una comunidad formal. En la realidad fueron parcialidades de cada familia, salvo algunos potreros, ríos y lagunas, que eran de uso común.

Estos predios fueron tipificados como Jalca. Estaban ubicados a 4.000 metros sobre el nivel del mar. Los límites fueron los anexos de Queros y

Allauca. Los habitantes fueron calificados, despectivamente, como jalquinos por los habitantes de Tayabamba y de las tierras bajas o temple. Un término clasista, racista, culturalista. Jalquino significaba ser pobre, indio, ignorante y vivir en la puna. Al interior de este sector también había diferencias económicas y sociales. Esta división se acentuó años después con la presencia del narcotráfico, la carretera, el colegio secundario y las minas de oro, principalmente.

Mencionemos que los campesinos pobres, seguido por la gente de oficios artesanales, pequeños comerciantes, gente menesterosa, fueron la mayoría de la población en el distrito de Tayabamba. Al pasar el tiempo, algunos miembros de este sector, salió de esa condición por su vinculación con la siembra de coca en Tocache y sus alrededores. Después de varios años, algunas de estas personas regresaron a Tayabamba con dinero y compraron los terrenos, las casas, de los antiguos terratenientes y comerciantes venidos a menos.

Finalmente, existió un número reducido de personas que estaban ligadas a los trabajos del campo y al cuidado de animales, que no tenían ninguna propiedad. Eran peones, en la mayoría de los casos, trabajaban por un minúsculo salario. Normalmente, por comida o ropa usada.

En Tayabamba y en los alrededores existieron carpinteros, sastres, modistas, albañiles, tejedores, peluqueros, panaderos, zapateros, etc. Todos éstos se agrupan en el rublo de artesanos. Unos tenían mejor posición económica que otros y podían vivir de su oficio. La mayoría combinaba esa actividad con labores en el campo.

Esta estructura económica, de terratenientes hacia abajo, con diferencias más o diferencias menos, se repetía en los 2 anexos más

importantes del distrito de Tayabamba de entonces. Nos referimos a Collay y Huancas.

En el plano social, los hacendados, los terratenientes, estuvieron vinculados entre sí y, a la par, con los principales comerciantes de la ciudad. No sólo en el distrito de Tayabamba, sino en toda la provincia. Los matrimonios entre ellos, las fiestas distritales, las ceremonias religiosas, las mutuas visitas, los padrinzos, los hermanaba. Sus intereses de clase eran comunes. Propugnaban preservarlas y defenderlas, para lo cual hilvanaron una telaraña de relaciones económicas, de pactos sociales, de intereses políticos, de recreaciones culturales, tanto internas como externas.

Toda esta actividad económica-social, particularmente de hacendados-terratenientes, que integraba también algunos campesinos ricos, estaba vinculada a las actividades de la ciudad capital de la provincia. En Tayabamba ciudad, a decir, con toda razón por la señora Lucrecia Vidal, “el comercio y los puestos públicos son las principales fuentes de trabajo”.

*

Los grandes comerciantes, algunos de ellos venidos de afuera, tenían sus locales de ventas en esta ciudad. Éstos no eran solamente tales. La mayoría combinaba el comercio con la agricultura y la ganadería. Disponían de una considerable cantidad de tierras. De igual manera, ciertos terratenientes cumplían este rol a la inversa. Tenían tiendas comerciales en la ciudad. Los más conocidos, prósperos comerciantes, fueron los Wenzell, Longaray, Carretero, Paredes, Carruitero, Corvera, Caballero, Noriega, Terry, Franco, Guillén. Su lugar preferido de venta se ubicó en el contorno de la plaza de armas de la ciudad o, en su defecto, en los alrededores de la misma. Existían también los medianos y pequeños

comerciantes, que no estaban en condiciones de competir con los antes nombrados.

En la ciudad de Tayabamba se conoció muchas mercancías venidas de otros continentes, traídas por los comerciantes antes nombrados. Mencionemos la seda china, la cerámica de Bohemia, el casimir inglés, los sombreros Borsalino, los zapatos de cuero de Becerro, de Italia. Naturalmente, sus compradores fueron los hacendados, los terratenientes, alguno que otro campesino rico y, naturalmente, la burocracia o empleados de alto rango.

Es pertinente mencionar que el comerciante de origen alemán, Elíseo Wenzell, importaba herramientas de labranza de todo tipo, lo mismo que utensilios de cocina desde Alemania. *Made in germany* se conoció en muchas aldeas de la provincia de Pataz. La característica central de estos productos fue su excelente calidad.

Para fines de los años 50 y comienzos de los 60, algunos de estos personajes perdieron capacidad de venta y su lugar fue ocupado por otros venidos de afuera, de Celendín, particularmente. Otros comerciantes surgieron de los sectores medios de la ciudad. Nos referimos a gente proveniente del sector artesanal, sastres, carpinteros, albañiles, etc. Algunos de ellos habían regresado de la costa, donde habían trabajado y ahorrado algo de dinero; con ese capital, pusieron una tienda de comercio. De igual manera, otras personas que habían trabajado en las minas, con sus ahorros, hicieron lo mismo que los anteriores.

El cogollo de los grandes comerciantes se mantuvo por muchas décadas, más aún, se enriquecieron, porque entraron en alianza con algunos nuevos ricos comerciantes surgidos en los últimos años. Estos

últimos habían entrado en contacto con la naciente industria del narcotráfico. El comercio es una buena coartada para lavar, legalizar, el dinero ilegal, sucio, proveniente de la droga. Este fenómeno se dio a fines de la década del 60 del siglo tratado. En gran medida, los nuevos ricos fueron hechura del narcotráfico. El jirón San Martín fue el corazón de los emprendedores tayabambinos. Se puede decir que, en un tiempo muy corto, lograron el éxito económico y tenían "... plata como cancha" si hemos de repetir la frase de un nuevo rico, César Acuña. No pocos fueron procesados, encarcelados, por este delito.

Este fenómeno se extendió a toda la provincia de Pataz. En los distritos existía una "pequeña" mafia y un "minúsculo" jefe que imitaba a Mosca Loca, a Olloco, a Vaticano, etc. Incluso en el distrito de Urcubamba se construyó un aeropuerto años después. Las avionetas trasladaban el cargamento de droga, recogida en la zona, directamente a Tocache. Este fenómeno se evidenció con más claridad una década después. Tema que no lo desarrollamos porque trasciende al período de esta crónica.

Un último dato al respecto lo mencionamos a manera de anécdota, fue lo ocurrido a mediados del año 1969 en esta ciudad. Un operativo de la Policía de Investigaciones del Perú (PIP) capturó a 3 personas ligadas a este negocio. Se hablaba de la "amapola", pero en realidad era la cocaína, que no era aún conocida. Los capturados fueron los campesinos Gregorio Castillo y Saúl Acuña. De igual manera, el comerciante Ermilio Franco. Este último fue considerado como jefe de la "mafia" tayabambina. (Los interesados en el tema pueden ver los periódicos *La industria* y *El satélite* de la época, editados en Trujillo).

La mayoría de prósperos comerciantes de la ciudad creían que había llegado su hora final; pero el supuesto jefe resistió los interrogatorios y no delató a nadie. Los 3 terminaron en la cárcel de Trujillo, purgando condena, por algunos años. Este hecho fue la primera señal de que la industria del narcotráfico había penetrado en la vida económica-social de los grandes comerciantes tayabambinos.

La mayoría de comerciantes, unos más que otros, para mantener sus ganancias, acrecentarlas, recurrieron a un sinnúmero de artimañas. Una forma de enriquecerse fue recurriendo a la especulación. De igual manera, a la subida indiscriminada de los precios. Como no había control ni competencia, ellos podían recurrir a estos métodos sin problema alguno. No pocos utilizaron la estafa. Esto se concretizaba en los “prestamos” que daban a los campesinos pobres y medios. Los terrenos, los animales, de los deudores que no pagaban los préstamos a tiempo, pasaban a manos de los comerciantes estafadores. No olvidemos que muchos de estos deudores eran analfabetos. El comerciante letrado sabía escribir, en el papel anotaba lo que mejor le parecía.

No se crea que tales grandes comerciantes eran honrados, que ganaban limpiamente su dinero, como algunos ingenuos podrían creer. Después de todo, el sistema funciona así, los prósperos comerciantes tayabambinos no fueron la excepción.

Por último, muchos empleados públicos, especialmente maestros, cayeron en esta forma de control-dependencia de parte de los grandes comerciantes. Ellos hipotecaban, por años, su sueldo mensual. A cambio recibían préstamos en dinero y con intereses elevados. También tenían crédito para productos alimenticios, ropa, a precios impuestos por el

comerciante. El resultado fue que los mencionados quedaron endeudados, atados, por muchos años, a estos personajes.

Ligados a los comerciantes, estuvieron la gente que trasportaba las mercancías: los arrieros. Hasta finales de los años 50 existió este oficio en la provincia de Pataz. Como no había camino carretero, los arrieros trasladaban las mercancías, de pueblo a pueblo, en piaras de mulas, para los viajes largos, y de burros, para los tramos cortos.

En la zona existieron muchos que desempeñaron este oficio. Es menester recordar a 2 destacados jefes de arrieros. Benigno Tirado Moreno, en la zona de Parcoy y sus alrededores, y Alejandrino Salazar Contreras, en Tayabamba y sus alrededores. El primero llegó a ser hacendado en Parcoy. El segundo fue el mayor anticresista en Tayabamba.

Con la apertura de la carretera, 1959, hasta Tayabamba, 1966, hasta Huacaspata, esta actividad entró en crisis. Algunos de los arrieros, los más listos, cambiaron la piara por camiones o camionetas y así siguieron desempeñando su labor de transportistas sobre 4 ruedas.

Juan Morillo dedicó su primera obra literaria a estos personajes. Ésta se titula, precisamente, *Los arrieros* (1964). En torno al libro, al oficio, un comentarista escribió: “¡Los arrieros! Hombres y acémilas compartiendo el camino y las vicisitudes de la vida y del tiempo... ¡Cuánta soledad!, ¡cuántas penurias...!, ¡cuánta vida y cuánta muerte! Pero, ahí están: en los caminos más inhóspitos, en nuestros recuerdos, en el folclore oral, en la literatura...” (Pérez, 28- 01-22)

*

Otro sector importante en Tayabamba fue la empleocracia o burocracia, o empleados públicos. Algunos de ellos venían de lugares

desconocidos y se quedaban por un tiempo limitado. Otros hacían familia en la ciudad y se afincaban en ella. Finalmente, un buen porcentaje de los empleados públicos habían nacido en la ciudad, eran hijos de otros empleados, de los terratenientes o de los comerciantes. Los más conocidos de estos últimos, fueron los Viera, los Lecca, los Paredes, los Rivera, los Miranda, etc.

Teniendo como base los hacendados, los terratenientes, los grandes comerciantes, los empleados públicos y autoridades mayores permanentes o pasajeras, se estructuró el poder local o gamonalismo. Recordemos que este es un fenómeno nacional. Por esos tiempos, J. C Mariátegui, sobre el tema, escribió: *“El juez, el subprefecto, el comisario, el maestro, el recaudador, están enfeudados a la gran propiedad.”*

En concordancia con el citado, la señora Lucrecia Vidal, muchas décadas después, cuando se refiere al poder en la ciudad de Tayabamba, escribió: *“Y así, por muchos siglos, se logró mantener el privilegio de los menos y el acatamiento de los más, pues la suerte del colono explotado estuvo en manos del gamonal y sus aliados las autoridades que, por lo general, se ponían al servicio de aquél para retribuir regalos y agasajos.”* (Vidal, 10979: 125)

Teniendo como base el poder económico (tierra-animales-servidumbre, comercio) se estructuró el poder político. Se combinó el poder local con el Poder nacional-central. Las personas, todo su séquito, en los cargos mencionados por Mariátegui, son el Estado en la ciudad, en toda la provincia. De ello hay que destacar los funcionarios, la burocracia, y las fuerzas policiales, que disponían de las cárceles.

Las primeras 4 décadas del Siglo XX, los hacendados-terratenientes-grandes comerciante, fueron los amos y señores de la ciudad de Tayabamba. Ellos estuvieron divididos y enfrentados. La razón central fue el control del Poder político. Para lograr este objetivo buscaban, encontraban, como pretexto, riñas personales, familiares, amorosas, chismes, cuando no hechos simples, banales. Se recuerda a 3 familias que vivieron en guerra permanente. Los Zegarra, los Flores, los Vidal. No fueron las únicas, para la ocasión es suficiente nombrarlas a ellas. Cada uno tenía sus aliados y defensores. Muchas veces se trastocaban mutuamente. Estos señores solucionaban sus problemas recurriendo al revólver o a la pistola. En ese nivel eran bastante civilizados.

El tema político. En realidad, fue la lucha entre pandillas de familias gamonales para alcanzar o mantener el Poder local. Éstas se manifestaban, mejor, en las elecciones que ocurría cada cierto tiempo. La escritora Vidal, afirma: “En aquellos tiempos, 1918 al 1921, en la provincia de Pataz, (...) los procesos electorales no eran otra cosa que contiendas políticas, en la que se imponía la ley de la fuerza. (...) De ahí que el odio, el rencor y la venganza llevaban a los hombres al crimen o a realizar hechos como el que acabamos de relatar, en el cual, al no poder tomar venganza contra un adversario al que ellos habían sentenciado a muerte, se cobraba con la vida de un indefenso animal, cuyo único delito había sido pertenecer al enemigo político recién derrotado.” (Vidal, 1979: 62)

Los enfrenamientos entre gamonales, fue larga; pero no podía ser eterna. La sociedad evolucionaba, no radicalmente, pero cambiaba. Lentamente, los odios familiares, las rencillas personales, se fueron disipando. El Estado central hacía sentir su presencia cada día más. Las

clases sociales lograban mayor cohesión, la pequeña ciudad aldeana iniciaba su camino hacia una ciudad importante y céntrica. Parte de estos problemas, de estos enfrentamientos, de estas contradicciones, entre los terratenientes y gamonales, se canalizó a través del deporte. El más popular de ellos llegó a la ciudad sin permiso, ni ley, ni ordenanza: el fútbol. Se fundó el Club Sport Tayabamba.

El promotor fue un joven de ascendencia china, hijo último del chino Ángel María Zavaleta, llamado César Zavaleta Montero. Éste era egresado del Colegio San Juan de Trujillo. Lucrecia Vidal al respecto informa: "... era este noble estudiante, que tras ardua labor logra hacerse escuchar principalmente por la juventud del lugar. Cita a todos los vecinos de Tayabamba, sin distingos políticos, a una reunión para el 1° de enero de 1922 en el local del Centro Escolar 282 de esa localidad." (Vidal, 1979: 62 y 63).

Si leemos la lista de los miembros fundadores y de la primera junta directiva, fácilmente comprobamos que la mayoría de los gamonales, el Poder local, se habían organizado en esa institución deportiva. Fue una institución deportiva semiprivada. Sólo podían entrar a su local los socios, conocidos o amigos. Los señores con terno y corbata. Tuvo que pasar más de 30 años para que nazca la otra institución deportiva llamada Club Defensor Tayabamba. Este Club tuvo un carácter más popular, menos elitista. Es verdad que había, también, algunos gamonales; pero no en la misma proporción que en el Club Sport. Por la presencia de gente humilde, plebeya, al Club Defensor se le motejó con el epíteto de "Club de los cholos sin saco". Los del Sport no eran cholos, se consideraban blancos.

Ellos tenían, no sólo saco, tenían terno completo. El binomio clase-raza se expresaba con mucha claridad.

Finalmente. La actitud del joven César Zavaleta dista mucho de la tarea emprendida por Benito Castro, en la comunidad de Rumi, expuesta en *El mundo es ancho y ajeno* por Ciro Alegría. Castro era un revolucionario. De igual manera, él no asume el compromiso de Rendón Wilka, personaje de *Todas las sangres* de José María Arguedas. A favor de César Zavaleta se puede decir que Castro y Wilka, son personajes novelados.

*

Los dueños del poder económico, junto con el poder político, fueron los que controlaban la educación, la escuela primaria, en la ciudad de Tayabamba. Los maestros, normalmente provenían de este sector económico, político, social. Aplicaban las normas, las reglas, los mandatos, del organismo central-nacional.

La educación fue un buen canal de introducción de la ideología de las clases dominantes. Ella llegó hasta los rincones más alejados del país. La situación de los maestros ya fue expuesta en el capítulo anterior, de ahí que no la repetiremos. Sólo hay que añadir lo siguiente. Los considerados mejores maestros fueron los que más castigaban. Los principios de que la “Letra entra con sangre” o “Al rincón quita calzón”, fueron las reglas pedagógicas y las normas didácticas de estos “maestros”. Muchos niños, jóvenes, abandonaron tempranamente, la escuela por miedo a los castigos psico-corporales de los llamados, en ese entonces, preceptores, los maestros del miedo y el castigo. Para evitar malas interpretaciones, hay

que mencionar que hubo algunas y valiosas excepciones, como en todo lo que existe para que la regla se cumpla.

Hasta comienzos de los años 60, los niños que estudiaban instrucción secundaria fueron los hijos del gamonalismo. El destino, según las posibilidades económicas, fueron Lima para los más ricos, luego Trujillo, finalmente Huamachuco. Los descendientes de las demás clases sociales, por muy capaces que fueran, se limitaban a la instrucción primaria. Esta rutina se rompió el año 1961 con la apertura del Colegio Secundario Santo Toribio. Muchos descendientes de familias campesinas, artesanas y hasta humildes, pudieron hacer la instrucción secundaria, luego llegaron, algunos de ellos, hasta la universidad.

Con el funcionamiento del colegio mencionado, arribaron las ideas de cambio, de transformación. Esa sociedad elitista, clasista, racista, culturalista, reservada para el gamonalismo en su conjunto, se abrió, se democratizó capitalistamente hablando. Algunos profesores, con ideas avanzadas, hasta socialistas o comunistas, comenzaron a impartir nuevas inquietudes político-sociales al interior de la juventud estudiantil. Se conoció a Manuel González Prada, a José Carlos Mariátegui, a César Vallejo. Las discusiones entre alumnos entre sí y de éstos con los profesores fueron permanentes. La sociedad tayabambiana dejaba el feudalismo, daba un salto hacia la modernidad capitalista. Repitamos que la llegada de la carretera, hecho económico, la apertura del colegio secundario, hecho ideo-cultural, el año 60 y 61, fue un impulso importante en la democratización de esa sociedad tayabambina.

A mediados de la década del 60 ocurrió otro suceso que impulsó una mejoría en la instrucción superior en Tayabamba. Comenzó a funcionar la

Escuela Normal Niño Jesús de Praga. Ella duró sólo algunos años. No obstante, contribuyó para mejorar la formación profesional de los futuros maestros patacinos.

*

La religión católica ha sido un elemento central para el control ideológico de la población desde el origen mismo de esta ciudad. Las actividades fundamentales estuvieron orientadas por este credo, es decir, por la iglesia de la ciudad.

Se dice, sin ninguna prueba histórica tangible, que Toribio Alfonso de Mogrovejo, un cura nacido en la ciudad de Mogrovejo-España, fue el fundador de la ciudad. Aquí nos alejamos de la realidad histórica y nos adentramos en el mito. Al morir el cura, fue catapultado a la condición de Patrón de la ciudad. La fiesta principal es en honor a éste, ahora Santo Patrón. El Santo tenía tierras. Cientos de devotos y devotas. El colegio secundario fue bautizado con su nombre. Años después, los curas, venidos de España, separaron el colegio y formaron el Santa Teresa para las mujeres. Ella fue regentada por la iglesia católica asentada en la ciudad.

En apariencia, la población tayabambina fue muy devota de la religión católica impuesta por los invasores españoles en general. En particular, fueron fieles seguidores de su Santo Toribio. La pregunta es: ¿Qué hubiese pasado si los chinos o los árabes hubieran conquistado ese territorio? Claro que los tayabambinos estarían adorando al Tao o a Mahoma.

En el tiempo que narramos existieron, como pontífices de la Iglesia de Tayabamba, 3 curas famosos que decían cumplir su misión divina: el cura Juan Varona, el cura Pedro Mariño y el cura Manuel Pío Pajuelo. Además de predicar a Dios y a Santo Toribio, se dedicaron a poner su limosna en

algunas “vírgenes” de carne y hueso. La cantidad de vástagos, no reconocidos, que tuvieron fue una muestra de que Dios, y Santo Toribio, habían escuchado sus plegarias, sus rezos, sus alabanzas. Era una demostración palpable, para los incrédulos que no creen en milagros, que los de ellos sí existen.

Hay muchas historias contadas sobre los amoríos de los curas con las damas tayabambinas más respetadas y hasta con las bien casadas. Un chismoso que narraba algunos de estos romances secretos fue Manuel Escudero Flores. Conocido con el apelativo de “cashcara 2”, Mañuco, todas las noches, a las 19 horas en la esquina de su casa o en alguna esquina de la plaza, contaba con tanta convicción que parecía ser verdad lo que decía; pero los contertulios recordaban que él era mentiroso, fantasioso. Los jóvenes que escuchaba sus relatos terminaban confundidos. No sabían dónde comenzaba la verdad y dónde terminaba la mentira, y viceversa. Pero como dice un viejo, mentiroso, refrán “Si el río suena es porque piedras trae.”

*

Como en todo tiempo y lugar, los pueblos producen cultura. Ésta se expresa de distintas formas. Mitos, leyendas, fábulas, historias. Es la famosa cultura oral que se repite de generación en generación. Los cambios, para bien o para mal, son producto de la transmisión de boca a oreja. En la zona de Tayabamba, hay una cantidad de creaciones de esta naturaleza, que requeriría mucho esfuerzo recordarlas y demasiado tiempo registrarlas.

De todas ellas, existen algunas recreaciones que nos llegan gracias a la escritura. De ellas, mencionemos al *Nido del cóndor de acero*, de Samuel

Zavaleta Montero; *Paurchuco*, de Tirso Vigo Lalitte; y algunas de las crónicas sobre el origen de Tayabamba escritas por Adeodato Lecca Caballero.

Las historias que abundan en la provincia, en Tayabamba, son las que se ocupan de las fiestas patronales-religiosas y todo su mundo de danzas folclóricas, principalmente. A riesgo de ser parciales, anotemos lo siguiente: *Tayabamba ayer y hoy* (2007) de Jorge Guadamos es un trabajo de información general sobre la temática. Algunas canciones han aparecido, en los últimos años, donde la ausencia, el lamento, el amor, son los motivos de inspiración. Igualmente hace su irrupción la poesía gracias a la labor de Orlando Peña y Erick Caballero. *Huarichaca y la voz del mundo poético* (2020) así lo evidencia.

A la par, hay investigaciones, bastante serias, que centran en la lengua regional. El *Estudios lingüísticos de la provincia de Pataz* (2017), de Esteban Mesa Correa, es una buena muestra. De igual manera el *Vocabulario ancestral de Tayabamba* (2017), de Carlos Castañeda Chávez.

Sobre las particularidades del español que se habla en la zona de Pataz, en el prólogo al libro de Abner Viera titulado: *Poemas, cuentos y leyendas de la provincia de Pataz* (2022), el novelista Juan Morillo afirma: “Pero hay algo más que conviene hacer notar: la inserción, en las anécdotas sobre el diario vivir, de dos elementos que ponen de manifiesto la sensibilidad de Abner hacia lo genuino de la cultura popular: por un lado, las leyendas tradicionales del pueblo y las supersticiones que de ellos se derivan, y por otro, el peculiar léxico que emplea tanto si adopta el rol de narrador en tercera persona como si transfiere su voz a los propios personajes. Son formas de expresión popular en las que se pone de

manifiesto el particular mestizaje lingüístico y cultural de la zona, cuyo medio de comunicación es esencialmente el castellano.”

Siendo “... esencialmente el castellano” el idioma que se habla en esta provincia, la presencia de términos quechuas es manifiesta. Esta mezcla de códigos lingüísticos es aclarada por Morillo en estos términos: “Eso sí, casi toda la toponimia de la zona está referida en esta lengua. Debo explicar el mecanismo del uso lingüístico en el área de Pataz: a la estructura del castellano normal, el hablante de esta lengua le añade ciertos vocablos provenientes del quechua, indispensable para completar los significados, como se puede advertir en los textos de Abner, sin que esto llegue a afectar para nada a la estructura de la frase, la sintaxis, como sí ocurre, por ejemplo, en las zonas de los Andes del sur (...), donde, por lo general, la población es bilingüe pero con un notable predominio del quechua, hecho que ha terminado por afectar sensiblemente a la estructura misma de la otra lengua habitual en la comunicación: el castellano.” (Morillo. En: Viera, 2022: 10)

Finalizamos este acápite, con el capítulo II de nuestra crónica, con un poema dedicado a la vida y costumbres de la ciudad de Tayabamba. Él está ambientado entre fines de los años 50 y comienzos de los años 60. En el poemario titulado *Florandina*, de Luis Mateo Terry Zegarra, aparece un poema con el nombre de *Estampa VI*. Leamos:

“Mi pueblo tiene campanas de oro puro,
plañen dolientes al morir los conocidos
y cuando regresan los paisanos al terruño
tañen vestidas de contento,
como reír de púberas doncellas.

Dejadme acariciar de cerca
aquellos recuerdos tan líricos y aldeanos...
tang, tang, ting, tang
¡Cómo te añoro Tayabamba!
Recuerdo tus abrils de fiesta;
gente barriendo las calzadas,
la banda de músicos pueblerina
con el bombo adelante
sonando atronadores compases,
Humberto "cashcara" tañendo los platillos,
el Shalva, el redoblante.
Por todas las calles empedradas,
irreverentes chuchis van echando "vivas
y voz en cuello se desgañitan gritando:
"¡Viva la banda de Queros, peor es nada!"
¡Viva don Benito López! ¡Viva el Fashinano!
¡Viva don Marcial Vidal! Don Enrique Armas ¡Viva!
¡A bailar se ha dicho, en las verbenas populares!
¡Hurras por 'ña "Repoma" y 'ña "Sapita"!
¡Vivan los caldos mañaneros!
Tantos fiesteros trasnochados
y borrachos pendencieros
alardeando de su cultura etílica vociferan:
¡Viva la Fiesta de Abril, carajo!
Las muchachas casaderas
con sus brazos rosados y desnudos,

sus piernas descubiertas y redondas,
acuden al estilista improvisado
que vino de la Costa a teñir y llenar de crespos
la rebelde negrura de lacios cabellos femeninos
pa' deslumbrar a los gañanes pueblerinos...
Tang, tang, ting. tang.”

CAPÍTULO III

CRUZPATA. FAMILIA AQUINO-BOGARIN

La familia, sus descendientes hasta la cuarta generación, que habitó dicho lugar estuvo encabezada por doña Rosaura Bogarin Ulloa (1894-1985) y don Julián Aquino Castillo (1893-1988). Doña Rosaura nació en Cruzpata. Por su parte, su mamá, doña Feliciano Ulloa López, lo había hecho en el anexo de Jucusbama-Ucrumarca. En el mismo lar nació y vivió su abuela doña Flora López.

No se sabe si por herencia o compra la señora Feliciano Ulloa López se afincó en Cruzpata. Allí tuvo a su hija Rosaura con un hombre de apellido poco común en la zona, entre ruso e italiano, llamado Salomé Bogarin. El mencionado tuvo varios hijos con otras mujeres en la ciudad. Las medio-hermanas de la señora Rosaura fueron Eliza Bogarin, Antonina Bogarin, Lusmila Bogarin, Casimira Bogarin, María Bogarin y los medio-hermanos fueron don Pedro Bogarin y don Hermógenes Bogarin.

De lo expuesto, relacionado con doña Rosaura Bogarin Ulloa, destaquemos que en la vida de doña Flora López y doña Feliciano Ulloa no aparecen los padres de las hijas. El engendrador no da señales de vida. Ellas tuvieron sólo una hija y, posiblemente, no necesitaron del padre. Tomando en cuenta el tiempo, el carácter de la sociedad, las creencias religiosas, que marginaba a este tipo de mujeres, ellas fueron muy valientes y avanzadas para su tiempo.

Sobre este tema, la autosuficiencia de las mujeres, es bueno recordar, que con excepción de las 4 hijas que fueron casadas y tuvieron maridos, real y formalmente, algunas nietas y bisnietas han continuado con esa práctica. Han tenido, y tienen, 1 o 2 hijos sin formar pareja con el padre de los mismos. Leyner Espinoza, Romelia y Marina Roldán, Diallyne Coronel, Asunción Villanueva, Antonieta Aquino, Mary Fely Días, Jannina Ruiz,

Marith Dueñez, sólo son algunas de las que continúan con la tradición inaugurada por la tatarabuela doña Flora López, más de un siglo y medio atrás.

Estos hechos nos demuestran que, no obstante, las condiciones adversas (sociedad feudal-patriarcal, machista-religiosa), para las mujeres en general, las aquí nombradas en particular, con trabajo, inteligencia y valor, han podido hacer su vida y la de sus hijos sin mayores problemas. Para algunas feministas (burguesas-liberales) actuales deberían ser un ejemplo a seguir.

Por su lado, don Julián Aquino Castillo fue hijo de don Simón Aquino, que a su vez fue vástago de un sacristán de la iglesia de Tayabamba, llamado Domingo Aquino, y de doña Nieves Castillo. Julián fue el hijo mayor, el albacea de su padre, y nació en el paraje llamado Schuyaco, ubicado más o menos a 1 kilómetro del centro de la ciudad de Tayabamba. Sus hermanos fueron doña Josefa Aquino Castillo, Candelaria Aquino Castillo, Gregoria Aquino Castillo, Mercedes Aquino Castillo, Adolfo Aquino Castillo y Manuel Aquino Castillo.

Como podemos ver, doña Rosaura y don Julián, sus familiares más cercanos, provienen de los alrededores de la ciudad de Tayabamba. El trasladarse a la aldea, de la aldea al caserío, del caserío a la capital del distrito, de ésta a la capital de la provincia, en este caso Tayababamba, fue y es una constante.

Los hijos, los nietos, los bisnietos han seguido esta misma lógica, como veremos posteriormente. Algunos de ellos no sólo están circunstancialmente morando en muchos lugares del Perú, sino también en otros países del Continente americano y hasta en Europa y Asia.

Esta dinámica han seguido todos los seres humanos, no sólo en el caso que aquí abordamos, a nivel general. Se podría resumir diciendo, en un nivel, que la ciudad crece a expensas del campo. Todos los seres humanos, como los animales, están siempre en movimiento, en constante cambio, en perenne transformación. Ser humano, pueblo, cultura, civilización, que no se mezcla, que no se mistura, que no se combina, sencillamente desaparece, muere. Ellos viven en esa simbiosis permanente. Es por eso que podemos afirmar, ontológicamente, que nadie es originario de tal o cual lugar. Los que hablan de los pueblos originarios deberían abrir los ojos a la realidad que demuestra todo lo contrario de lo que afirman. Todo originario fue, en algún momento, forastero y así sucesivamente.

*

El nombre Cruzpata es una combinación de 2 voces, una del idioma castellano y otra del idioma quechua, respectivamente. Significaría: lugar de la cruz. Es un paraje que está ubicado cerca de 1 kilómetro del centro de la ciudad de Tayabamba en dirección al anexo de Colpabamba. Cruzpata es una semiplanicie de más o menos 40 hectáreas en total. Se extiende entre la prolongación del riachuelo llamado Río Blanco y el Río Huanchil. Existiendo otros propietarios, como la familia Ponce Espajis que eran conocidos por sembrar llacones y ayudar en la misa, Cruzpata se relacionó con la familia Aquino-Bogarin.

Esta familia disponía de la mayor cantidad de tierras que se extendía, hacia el sur, hasta el Río el Cajón y comprendía un terreno de su propiedad llamado Tucumarca. Entre Cruzpata y Tucumarca existía un bosque de eucaliptos de propiedad de la familia mencionada. De él recogían leña para el consumo diario. Además, para calentar el horno cuando horneaban pan

para su consumo diario y, de vez en cuando, para la venta. La familia Aquino-Bogarin se dedicaba a la agricultura, ganadería y eventualmente a elaborar pan para la venta, como queda dicho.

Los nombrados tenían otros terrenos: 20 hectáreas más o menos en el paraje llamado Taquia, ubicado a 3 kilómetros de Cruzpata en dirección al distrito de Huaylillas. De igual manera, estas parcelas fueron dedicadas a la agricultura y ganadería. Finalmente las tierras de Tomaca, esas 5 hectáreas, estuvieron ubicadas a 10 kilómetros de Cruzpata, en la zona de la jala a orillas del Río Cajas, también dedicada a la agricultura y ganadería, pero de productos animales propios de este clima.

No obstante lo anotado, la finca de Taquía y los terrenos de Tomaca, la familia Aquino-Bogarin se consideraban cruzpatinos. Los hijos, los nietos y los bisnietos, de igual manera. Los demás habitantes de la zona, en particular los tayabambinos, a los descendientes de esta familia, los vincularon siempre con Cruzpata.

Doña Rosaura se sentía muy cómoda, posiblemente por ser su herencia, en Cruzpata. Don Julián, por su lado, se identificaba mucho más con la finca de Taquia en la medida que, en parte, fue su herencia que él, como albacea, se adjudicó. La jalca era neutral porque fue una compra de la pareja.

Doña Rosaura y don Julián se juntaron, se casaron, en los primeros años del Siglo XX. La señora, para ese entonces, ya tenía una niña llamada Dorila. Esta hija tuvo como padre a un hombre apellidado Campana. La pareja engendró varios hijos. Manuel, Feliciano, Flora, Agustina, Raimundo, Edilberto y Emeregildo.

Los hijos varones terminaron la educación primaria. Las mujeres sólo asistieron hasta el segundo año de primaria. Que ellas sepan contar y firmar su nombre, a decir de don Julián, era suficiente. Después tenían que dedicarse a trabajar para la familia grande, extendida.

Entre las diferentes formas de familia que conocemos, la mencionada encaja perfectamente en la denominada familia patriarcal. Los roles estaban perfectamente enseñados y aceptados. Don Julián era el patriarca. Él daba las ordenes a todos. Era el primero y el último en hablar. Lo que él decía era una especie de ley. Era el primero en ser servido en la mesa. A él se le brindaba la mejor porción de comida. En gran medida, decidía la vida de su mujer y, en alguna forma, de sus hijos. Sólo cuando don Julián no decidía entraba a tallar doña Rosaura.

Don Julián, normalmente, no trabajaba directamente en la producción ganadera o agrícola. Su especialidad fue organizar, ordenar y mandar. Hasta cierto punto, cumplió con la tarea que se había autoimpuesto. Su poder sobre la tierra, los animales, la familia, le facilitó ser el patriarca mandón en Cruzpata y Taquia.

Otra manifestación de esta familia patriarcal fue cómo se distribuyó un terreno en Cruzpata para que los hijos vivan cerca a los padres. De esa manera, el control e influencia estaban asegurados. En una planicie de unas 4 hectáreas se construyeron 4 casas siguiendo la orientación de un cuadrado. En una esquina estaba ubicada la casa antigua, con patio grande, que databa desde los tiempos de la señora Feliciano Ulloa. En otra esquina, a 300 metros, se construyó la casa para el hijo Manuel, a la misma distancia y en otra esquina, la casa de la hija Feliciano; en otra esquina, la

casa de la hija Flora y, junto a la casa de los padres, la casa de la hija Agustina.

A la hija Dorila no le construyó casa en Cruzpata en la medida que, al casarse con el señor Eli Espinoza Rivera, que trabajaba en las minas de Pataz y Parcoy, construyeron una casa en el Alto de Añunca, al borde de la ciudad de Tayabamba. A los demás hijos varones, Raymundo, Edilberto, Emeregildo, tampoco se les construyó casa en este lugar ya que ellos viajaron a la Costa, a Lima, y no organizaron familia en Cruzpata, tampoco en Tayabamba.

Aparte del poder que dio la herencia de doña Rosaura y don Julián, las preguntas pertinentes son: ¿Cómo llegaron a adquirir una cantidad de tierras y animales más allá de lo que podía el común de la gente de su condición? ¿Cómo se amasó esa acumulación originaria de capital para el posterior desarrollo del poder económico de la familia? Las respuestas hay que dirigirlas en esta dirección.

El patriarca don Julián, secundado por doña Rosaura, organizó a la familia como una unidad económica. Los hijos, desde muy temprana edad, tenían que trabajar para la familia.

1.- Esta actividad se dio, principalmente, desde que los hijos podían realizar alguna tarea productiva y se extendía hasta el tiempo cuando se casaban, en un caso, o hasta cuando abandonaban Tayabamba, en otros casos. Es decir, los primeros 20 años de sus vidas, estaban atados a la unidad económica familiar. El pastoreo del ganado lanar y caprino, el cuidado y alimentación del ganado vacuno y equino, fue tarea de los hijos. El abuelo controlaba el dinero de la venta de los animales, de la leche, de

la lana y los cueros. De igual manera, del alquiler de las acémilas. Todo ello fue fuente de ingreso económico.

2.- Cocinar y atender a los peones, que se dedicaban a la siembra de los terrenos de la familia, fue otra actividad recurrente, en particular de las hijas. Frecuentemente, parte de la cosecha estaba destinada para la venta. Esto fue otra fuente de ingreso.

3.- El participar en la elaboración, venta, del pan que producían fue otra ocupación de los hijos que incrementó el patrimonio de la unidad económica familiar.

4.- Vender la madera de eucalipto o en forma de leña, el pasto recogido, la alfalfa, fue otra de las fuentes de ingreso.

5.- Algunos negocios del abuelo, no muy claros, deben haber contribuido también para aumentar la acumulación del capital familiar.

6.- El abuelo fue bastante tacaño. Cuidaba el dinero de la mejor manera. Siempre se preocupó en ahorrar para comprar más terrenos o animales. Más allá del bienestar, la educación, la felicidad de sus hijos, él tenía una fuerte fijación en aumentar su patrimonio comprando tierras y animales.

7.- Finalmente la acción de producir las tierras bajo el sistema al partido. A los campesinos pobres, sin tierra, les daba chacras para que siembren. Los dueños daban sólo el terreno y la semilla. Los partidarios hacían todo lo demás. Las cosechas se repartían por mitades. El pago de la renta de la tierra fue en especie. Ella se convirtió en fuente de ingreso económico para la familia.

Frecuentemente este sistema, al partir, se dio también con los animales. La familia daba los animales a gente pobre para que lo

alimentos, los cuidan, las crías se repartían uno para el dueño y otro para quien los cuidaba y alimentaba. Lo mencionado son métodos típicos de sociedades feudales o, más propiamente dicho, de sociedades semif feudales, como el Perú de entonces.

Resumiendo. La base de la acumulación económica de la familia tenía que ver con la renta que descansaba en la propiedad de la tierra, de los animales y en el trabajo de los hijos como unidad económica familiar.

*

Como queda escrito, la familia Aquino-Bogarin, tuvo su centro en Cruzpata. Tomando en cuenta los estándares en la zona de Patate-Tayabamba, ella fue una familia de campesinos ricos. Nunca llegaron al nivel de terrateniente. La cantidad de tierras, de animales, no ameritan para que sean catalogados como tal. Además no tuvieron personas que trabajaran, permanente y directamente, para ellos como se da en el caso de los terratenientes y, con mayor razón, de los hacendados. De vez en cuando había ciertas personas que vivían en la casa de Taquia o Cruzpata, pero no estaban adscritas a relaciones serviles de producción como en los dominios de los 2 sectores antes mencionados.

Naturalmente las condiciones históricas, económicas y sociales, habían engendrado a la familia Aquino-Bogarin. Ésta era resultado de su tiempo y lugar. Consecuencia de lo afirmado, disponía de una mentalidad que derivaba del mundo en el cual vivían. Su horizonte ideológico, su vuelo mental, su información cultural, se limitaba a las características de la sociedad donde habían nacido y se habían socializado.

Los Aquino-Bogarin nunca tuvieron en mente, por citar un caso, enviar a sus hijos para que estudien el nivel secundario en otras ciudades,

como Huamachuco o Trujillo. Recordemos que otras familias, de su condición económica, sí lo hacían. Si hubiesen dispuesto de otra mentalidad menos feudal-rentista, de campesinos ricos incultos, más progresistas, más capitalista, pudieron haber vendido algunos animales o terrenos para costear la instrucción de alguno de sus hijos.

Recordemos que en este tipo de sociedades tener hijos, tiene que ver con la influencia de la religión católica, está directamente relacionada con la reproducción y reproducción. El sexo no es para el gozo. Menos para el placer. Es para la procreación. Ésta coincide, totalmente, con la idea, aquí desarrollada, de la producción y reproducción de la economía familiar.

Finalmente, para este tipo de familia patriarcal, tener hijos es algo así como una inversión hacia el futuro. Se sostiene que los hijos tienen la obligación de mantener a los padres cuando ellos ya no sean capaces de valerse por sí mismos, además de velar por ellos cuando estén viejos; y de enterrarlos cuando mueran. Un desaforado, que nunca falta, podría decir:

“Yo no pedí a mis padres venir al mundo. Ellos me trajeron porque quisieron. Por lo tanto, yo no tengo ninguna obligación moral de cuidarlos y de enterrarlos.”

Este razonar no es aceptado, más bien es muy criticado por el común de la gente en este tipo de sociedades. En sociedades capitalistas, altamente desarrolladas, es aceptado ese modo de pensar casi con normalidad.

Los Aquino-Bogarin, siendo campesinos ricos, no pudieron o no quisieron formar parte del Poder local, el gamonalismo, que dominaba-gobernaba la ciudad de Tayabamba. Tenían buenas relaciones con este sector, pero a la distancia en la misma proporción que estuvieron

distanciados de la gente pobre, que era la inmensa mayoría, que habitaba en la zona y como era en la ciudad mencionada.

Los 3 últimos hijos de la familia Aquino-Bogarin de Cruzpata fueron varones. Antes de formar familia, ellos emigraron a las Costa, a Chimbote-Lima, primero, y a las minas, después. A comienzos de los 50, el hijo Raimundo se fue a Lima. Después de algún tiempo regresó a Tayabamba. Él, teniendo a las hermanas Flora y Agustina en el asiento minero La Pacha, se marchó a trabajar en la mina. Después de unos años, murió al interior de ella. Sobre este acápite volveremos en la última parte de esta crónica en la medida que su muerte marcó, para siempre, a la familia Aquino-Bogarin. El finado Raimundo se convirtió en una especie de mito para varias generaciones de cruzpatinos.

Edilberto, de igual manera, emprendió el viaje a la Costa. Primero a Chimbote, después a Lima, en los primeros años de la década del 50. Él fue el primero de la familia Aquino-Bogarin en asentarse, después de muchas peripecias, en la Capital de la República. Era la época de cuando se dio la primera gran oleada migratoria de la Sierra a la Costa, de las provincias a la Capital. Lima, gracias a la política de construcción en el Gobierno que encabezaba el General Manuel A. Odría, se convirtió en un centro de atracción para los serranos en particular y para los provincianos en general. Es el tiempo en que se crean las barriadas, luego pueblos jóvenes, hoy conos, de Lima.

Edilberto se convirtió en el orgullo, en el referente, de la familia Aquino-Bogarin. Los familiares que deseaban viajar a Lima, para quedarse a trabajar o de paso por la Capital, tenían un lugar donde llegar. Esta acción se hizo extensiva a muchos tayabambinos que emigraron a la

Capital del Perú. El mencionado los ayudaba hasta donde le era posible, por supuesto. En su habitación, de 10 metros cuadrados, en el distrito del Rímac, llegaron a vivir hasta 6 personas. La historia cambió cuando Edilberto, el año 1960, se casó con una dama tayabambina, Rosalvina Ortiz Solórzano, y la llevó a vivir a Lima. En esta ciudad tuvo varios hijos y, en los primeros años del Siglo XXI, murió.

Por su lado, el último de la familia, llamado Emeregildo, viajó a Lima y vivió con el hermano Edilberto. Después de unos meses regresó a Tayabamba y luego volvió nuevamente en Lima. Desde esta ciudad terminó viajando a Mala. Más concretamente, a trabajar en la mina Raúl. Ésta estaba ubicada en las faldas de los cerros en las cercanías de la playa de Bujama. Volvió después de un tiempo a Tayabamba donde había dejado su pareja y con ella, la señora Rebeca Rosas Rivera, viajó de nuevo al lugar donde trabajaba. Después de muchos años, y jubilado del trabajo, se instaló con toda su familia en Lima y allí terminó sus días.

Los hermanos y hermanas, descendientes de la familia Aquino-Bogarín, junto a sus parejas e hijos, tuvieron diferente destino. Unos, por motivos de trabajo principalmente, abandonaron Cruzpata-Tayabamba. Otros, entre ellos Dorila, Feliciano y Flora, se quedaron en Tayabamba. De las mencionadas, algunas de sus hijas siguen viviendo en Tayabamba hasta el momento que se escribe esta crónica.

*

El mayor esplendor económico-social de la familia Aquino-Bogarín se dio entre fines de la década del 20 y fines de la década del 50 del Siglo XX. Para fines de la década del 40, todas las hijas estaban casadas y con

hijos. Ellas ya no podían contribuir, con su fuerza de trabajo, a la economía familiar.

Para fines de la década del 50, todos los hijos varones habían abandonado Cruzpata-Tayabamba. De igual manera, ya no contribuían a la economía familiar. Entre comienzos de los 60 y comienzos de los 70, se observa un estancamiento en la economía de la familia Aquino-Bogarin. Años después se evidenciará un claro declive. Ya no tenían ganado vacuno, ovino ni caprino. El ganado equino se redujo a 3 caballos. La razón central de este declive fue la división-partición, aparte de los robos de sus animales, de los terrenos entre los 7 herederos de la familia. La jalca-Tomaca ya había sido vendida. La finca de Cruzpata fue repartida entre las hijas Dorila, Feliciano, Flora y Edilberto. Mientras que la finca de Taquia, entre Manuel, Agustina y Emergildo.

La mamita Rosaura quedó al cuidado de la hija Flora. El papá Julián, por su parte, al cuidado de la hija Feliciano. Con la muerte de ellos terminó el tronco de los fundadores de la estirpe Aquino-Bogarin en Cruzpata.

*

El tronco original de esta familia, como ya se ha dicho, está formado por doña Rosaura Bogarin Ulloa y don Julián Aquino Castillo. De ellos se desprende la primera generación, los 8 hijas-hijos que tuvieron y que ya fueron nombrados. Ahora veamos la segunda generación. En otras palabras, los nietos de la abuela Rosaura y el abuelo Julián.

La señora Dorila Campana Bogarin se casó con el señor Elí Espinoza Rivera. Ellos tuvieron 3 hijos: Edison, Américo y Layner. El caso de Edison, por ser el primer nieto-varón de la familia y por los vaivenes de la

vida familiar, será tratado con mayor detenimiento en el capítulo denominado cruzpatinadas.

El señor Manuel Aquino Bogarin desposó a la señora Carmen Narro Jara. Con ella tuvo los siguientes hijos: Gustavo, Encarnación, Armandina, Azarias, Carlos, Cástulo, Manuel, Julio, Alcides y Estalen. Además de los nombrados, tuvo muchos otros hijos, en 3 mujeres. El número total llega a 18 hijos. Él fue el típico machaco engendrador, irresponsable, que abunda en este tipo de sociedades.

La señora Feliciano Aquino Bogarin se casó con el señor Máximo Roldán Domínguez. Ellos tuvieron 7 hijos: Francisco, Francisco Albino, Rosaura, Romelia, Marina, Julio y Laura.

La señora Flora Aquino Bogarin se casó con el señor Rosendo Pareja Ponce. Con él tuvo 2 hijas: Asunción y María Romelia. Después, con otros compromisos, tuvo a Rosa Correa, Edgar Villanueva, Pepe Villanueva y Asunción Villanueva.

La señora Agustina Aquino Bogarin se casó con el señor Zuiberto Coronel Trujillo. Con él tuvieron 9 hijos-hijas: Leonardo, Esmelin, Dialine, Jorge, Lira, Víctor, Consuelo, Robert y Nancy.

El señor Edilberto Aquino Bogarin, como queda dicho, se casó con la señora Rosalvina Ortiz Solórzano. Ellos tuvieron 4 hijos: Harvy, Marley, Raúl y Darwin.

El señor Emergildo Aquino Bogarin, con su esposa ya nombrada, Rebeca, tuvo los siguientes hijos: Robinson, Raymundo, Lary, Roberto, Antonieta, Gerson, Jannette, Yesenia, Magaly y Miguel.

En total, los nietos de los Aquino-Bogarin, sin contar los hijos de Manuel que tuvo fuera del matrimonio, llegan a 49. Como se ve, la

segunda generación, los nietos, son una cantidad respetable. Ellos han nacido en diferentes partes del país y, la mayoría de ellos, ni siquiera se conocen entre sí. En Tayabamba sólo viven, hasta el momento que se escribe esta crónica, 4 primas: Leyner, María Romelia, Romelia y Marina. Las 2 últimas tienen aún la posesión, de parte, de las tierras de Cruzpata.

Si precisar a los nietos -nombre y apellido, lugar donde viven, actividad que realizan- es un problema serio, éste se complica más cuando se intenta localizar a los bisnietos. Se calcula que deben bordear el número de 200.

De la lectura de esta crónica, hasta hoy, se podría deducir que ésta es una historia rosa de la familia Aquino-Bogarin. Que en ella todo se desarrolló en paz y en calma. Para ser justos con los hechos realizados, coherentes con las acciones vividas, hay que mencionar, muy concisamente, que la familia cruzpatina estuvo atravesada por conflictos personales, incomprensiones generacionales, chismes de cocina y resentimientos sociales. Ella no estaba al margen de la sociedad en su conjunto de aquellos años y lugar.

Las discusiones entre los padres, las peleas entre hermanos, los enfrentamientos entre los nietos, las envidias personales, los celos, no estuvieron ausentes. Ellos fueron largos y evidentes. Incluso algunas de las hermanas, que vivían en Tayabamba, no se hablaban por varios años. Esta actitud se repetía con los nietos, en lugares diferentes y tiempos distintos.

Nos preguntamos: ¿Lo mencionado fue una excepción a la regla en este tipo de familia patriarcal? La respuesta es no. Lo descrito fue la regla. Unas familias más, otras familias menos, en ese tiempo y lugar, tuvieron la misma dinámica y actitud.

Destacamos que estos problemas, normalmente, no trascendían hacia afuera. Los trapos sucios los sabían lavar bien en casa. En lo externo, cuando eran atacados algunos de los miembros de la familia, posponiendo sus contradicciones, mostraba unidad. La familia grande, patriarcal, cruzpatina aparecía fuerte y unida.

No obstante todo este maridaje de problemas, el capítulo que continúa se ha elaborado en base a los testimonios, recuerdos, de la segunda generación (algunos nietos) y la tercera generación (ciertos bisnietos).

CAPÍTULO IV

TESTIMONIOS DE NIETOS Y BISNIETOS

El capítulo IV de esta crónica está formado por los testimonios y recuerdos de algunos nietos y bisnietos del tronco original de los Aquino-Bogarin. No anotamos los nombres de todos los bisnietos porque son muchos, como quedó dicho. Por otro lado, la inmensa mayoría de ellos no han nacido, ni vivido, en Cruzpata o Tayabamba. Consecuentemente, ellos no conocieron a los patriarcas aquí nombrados y menos el lugar de residencia.

Para elaborar esta parte de la crónica, se solicitó el testimonio a los siguientes nietos: Gustavo, Esmelin, Jorge y Lira; pero, por diferentes motivos, no pudieron cumplir con lo solicitado. Los nietos que aceptaron escribir para este libro y lo hicieron, son: Azarias Aquino Narro, Rosa Correa Aquino y Pepe Villanueva Aquino. Mientras que los bisnietos son: Edermiz Dueñez Roldán, Azarias Espinoza Lozano y Edison Espinoza Lozano.

RECUERDOS DE MIS ABUELOS

Rosa Correa Aquino

Nací el 30 de marzo de 1957 en el lugar denominado Cruzpata, distrito de Tayabamba, provincia de Pataz, departamento de La Libertad. Mis estudios primarios los realicé en la escuela primaria de mujeres 282, del Barrio Alto-Tayabamba. Mis estudios secundarios, en el Colegio Nacional Santa Teresa del mismo distrito.

En esta ocasión quiero hacer referencia a mi linda familia grande. Ella estuvo conformada por mis abuelos Julián Aquino Castillo y Rosaura

Bogarin Ulloa. Me siento feliz de haberlos conocido y vivido al lado de ellos toda mi infancia. Ellos fueron los mejores padres de mi adorada madre Flora Aquino Bogarin. Gracias a los nombrados, tuve una buena formación llena de valores, cariño, amor, ternura, fortaleza y encanto.

Recordar que, cuando era niña, me gustaba mucho montar caballo. Esa actividad fue mi mayor ilusión cuando iba a visitar el pequeño fundo de mis queridos abuelitos, denominado Taquia. Para mí, Taquia era como un paraíso. Ahí disfrutaba con la naturaleza, respiraba aire puro, capturaba hermosas mariposas dentro del corral de alfalfa. De igual manera correteaba a las pequeñas lagartijas que fugazmente aparecían. Ver, dentro de las plantas de maíz, los hermosos nidos de las palomitas y pajaritos en general. Ya cerca a la casa encontraba nidos de gallina llenos de huevos. Al atardecer, regresaba a la casa de Cruzpata cargando lo que podía en mi espalda. Recuerdo los ricos choclos, el chiclayito verde, las cayhuitas verdecitas, los púrpuros, los higos, todo era muy delicioso.

Cómo no recordar, de igual manera, que yo era inseparable de mi prima Laura, que hoy está en el cielo. Con ella, nos enviaba mi abuela Rosaura a llevar el almuerzo para mi abuelo Julián a Taquia. Íbamos contentas. En una oportunidad llevamos en una alforja las lapas de comida, además de las cabras para alimentarlas en el fundo. De regreso a Cruzpata, nos cansamos de cargar las lapas y las hicimos cargar al chivo grande. Éste, en media subida, se asustó, y corrió por la chacra de don Juan Zegarra en las Tunas y rompió las lapas. Nuestro problema fue cómo explicar a la abuela Rosaura este daño hecho a estos objetos. Al final de cuentas nos dio una correteada. Lo que hicimos nosotras fue sólo llorar de pena que se hayan roto las lapas grandes donde se mandaba los fiambres.

De igual modo, cómo no recordar al mismo tiempo, cuando nos subíamos al árbol de aliso, ubicado en la huerta de la casa de Cruzpata, para sacar los púrpuros. Cuando el abuelo nos veía, nos correteaba con un callausho. En otras oportunidades sacábamos manzanas y nos corríamos. Para congraciarnos con el abuelo, le lavábamos sus pañuelos.

Otro recuerdo que tengo muy presente es cuando la abuelita Rosaura nos mandaba a vender la cebolla al pueblo. Esta acción era la que menos nos agradaba; pero por ella siempre lo hacíamos.

Otro tema, que aún no se ha borrado de mi memoria, es cuando subíamos al terrado a través de una escalera larga y empinada. Siempre nos asustaba ver allí, en un rincón, un ataúd de madera de color negro. La abuela, como toda persona precavida, guardaba este mueble por si la muerte los sorprendía a alguno de ellos. Ese ataúd fue prestado muchas veces a personas que no pensaban morir y morían sin haberse preparado. Esa práctica de ver salir y regresar el ataúd duró algo así como 20 años.

Otro hecho que recuerdo con mucha precisión es la faena de la saca de maíz en Taquia. Esto se hacía cada año en el mes de julio. Nosotros esperábamos encantados la cosecha de maíz. Por las tardes nos concentrábamos en recoger pencas secas para calentar el horno de piedra. En él asábamos los chiclayos o calabazas. Los maduritos eran nuestros preferidos.

Cómo no recordar a mi abuelita Rosaura, la mamita Rosha, preparando los ricos panes en las hojas de plátano que extraía de los rongos. Éstos eran una especie de cajón o maleta hechos con material que abundaba en la selva. En ellos se transportaba coca desde la montaña de Ongón hasta Tayabamba. Pan, que después compartía con sus nietos y

demás familiares. Todo acompañando al sabroso café. Éste normalmente provenía de la montaña o en su defecto se hacía la bebida de cebada. Cuando no había pan, preparaba tortillas o cachangas. Ella moldeaba las tortillas sobre su rodilla. Ahora, a la distancia, recuerdo que eran exquisitas. Gracias, abuelita, por tanto cariño, por compartir con nosotros todo lo que tenías.

De igual manera recuerdo al abuelito Julián. Él era un gran cantante. Tenía una guitarra a la cual rasgaba las cuerdas y cantaba una sola canción, que repetía una y otra vez. Fue la guitarra con la que daba serenata, según él, a doña Antulina. Ella era una señora que vivía en Urpaycito, un lugar muy cercano al fundo del abuelo de Taquia.

Junto con estos bonitos recuerdos de papá Julián y mamá Rosaura, les pido que vuelen muy alto y, de esa manera, nos cuiden mientras nosotros estamos aún en esta tierra santa. Julián y Rosaura, mis queridos abuelitos, fueron padres adnegados de mi madrecita Flora Aquino Bogarín. Ella fue madre de 6 hijos. Asunción, María Romelia, Rosa, Edgar, Pepe, Asunción 2, abuela de 2 nietos Hilda y Percy. Ella fue una admirable mujer de eterna fortaleza, tierna y divina que siempre demostró una sonrisa a cambio de un enojo. Tu fortaleza fue incomparable, tu bondad y tu grandeza. Mamita hermosa, desde el lugar donde te encuentres, ruega por nosotros tus hijos y familiares. Siempre te recordaremos con tu sonrisa infinita y siempre vivirás en nuestros corazones.

Gracias a Tayabamba, a ese pedacito de tierra que nos vio nacer llamado Cruzpata, a quien quiero y amaré hasta el fin de mi vida. Todo está relacionado con la sonrisa de un niño que no lo borra nadie. El verdor del campo es el alimento del alma y el aire puro que respiro, es el sueño

del trovador errante. Las luciérnagas que alumbran las noches son los que iluminen también mi camino. De igual manera la mariposa, de bellos colores, que alegre infinitamente mi vida. Que la tranquilidad de la noche guarde todo el secreto de mi alma que los cánticos de las aves y los murmullos de los campos me llenen de felicidad y calma. La humilde gente nos regale la alegría; en esas circunstancias la tristeza del alma se desvanezca en el aire, que la alegría inunde el universo, es cuando los corazones agitados vuelven a la calma.

Finalmente, que la brisa de la playa cuide mi alma para que mañana y siempre, tenga paz y calma. (Flavia y Andrea). Que la corriente del mar guie a los peces a alinear tu camino hasta encontrar la felicidad. (Flavia Andrea).

DE CRUZPATA A TAQUIA

Azarias Aquino Narro

Yo soy Azarias Aquino Narro, me llamaban el Nia. Ahora hago una reseña histórica de mi pueblo natal, Tayabamba, y, en especial, de las fincas de mis abuelos: Cruzpata y Taquia. Yo soy hijo de Manuel Aquino Bogarin y Carmen Narro Jara. Soy el cuarto hijo de muchos hermanos. Yo he nacido en la finca de los abuelos. Ellos fueron Julián Aquino Castillo y Rosaura Bogarin Ulloa. Los abuelos tuvieron una familia muy numerosa. Yo recuerdo a mis tíos y tías: Dorila, Feliciano, Flora, Agustina, Edilberto y Emeregildo. Al tío Raimundo, fallecido muy joven en a mina de oro

llamada La Pachas-Buldibuyo, no lo conocí. Sólo recuerdo su nombre porque era bastante mencionado en la familia. Esta pérdida fue una tragedia para los Aquino-Bogarín de la cual nunca se recuperaron. Aparte del vacío que dejó la muerte del tío, dejó también una guitarra y una mandolina que cuidaba el abuelo Julián. Algunas veces él decía que tocaba los instrumentos; pero en realidad sólo rascaba monótonamente.

Algunos miembros de esa numerosa familia emigraron a las minas y otros a la Costa, en busca de mejor futuro económico-social. Algunas de las tías se quedaron en las fincas de mis abuelos. Yo recuerdo los gratos momentos que hemos pasado al lado de mis primos y primas. Con ellos hemos compartido la fiesta patronal de Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo. De igual manera disfrutábamos de las siembras y las cosechas que se hacían en las fincas de mis abuelos. Me refiero a Cruzpata y Taquia. En esos tiempos nos enseñaban, con mucho cariño, a cultivar la tierra. Esto lo recuerdo siempre, lo llevo en mi memoria, seguro que nos ha servido mucho en nuestro trajinar por los caminos de la vida.

En mi recuerdo están siempre presentes el maíz, las papas, el trigo, los llacones, las ocas, la ñuña, que había en las fincas de Cruzpata y Taquia. Las manzanas, los púrpuros, fueron nuestras frutas cuando íbamos a visitar a la abuela Rosaura en Cruzpata y al abuelo Julián en Taquia.

Algunas veces ellos nos regalaban árboles de eucaliptos para hacer leña y luego venderla. Con el dinero comprábamos los útiles escolares que necesitábamos para ir a la escuela. En otros casos nos alcanzaba el dinero para comprar alguna prenda de vestir para la fiesta. Los eucaliptos se encontraban en el bosque de Tucumarca. De igual manera en ese bosque,

por las noches, se asentaban muchas palomas. Algunas veces podíamos cazar esas aves y nos servía para hacer una sopa.

De igual manera el abuelo Julián nos llevaba a la otra finca, es decir a Taquia. De vez en cuando íbamos a dormir ciertas noches, especialmente en los tiempos de la trilla del trigo, de la cebada, la cosecha del maíz, allí. En Taquia comíamos tunas. Algunas veces, cuando íbamos al río, pescábamos truchas para comer. Todo ello lo hacíamos de sábado a domingo. Los lunes volvíamos a la ciudad de Tayabamba para asistir a la escuela. Así transcurría nuestra vida cerca de los abuelos en Cruzpata y Taquia.

La abuelita Rosaura, llamada Roscha, se encargaba de sembrar el ají y criar gallinas. Algunas veces el ají se cambiaba con papas. Los huevos de las gallinas se llevaban a vender en el pueblo. Así fueron nuestros recordados abuelos.

Ellos fueron queridos por sus amigos y vecinos. De igual manera, nos enseñaron a trabajar honradamente. Algunos de sus nietos salieron adelante, muchos de ellos ahora son profesionales. Hay médicos, abogados, ingenieros, contadores, arquitectos, psicólogos, sociólogos, pedagogos. Ellos están residiendo en muchos países del mundo.

Yo Azarias, el Nia, vivo en la ciudad de Iquitos (Selva peruana). No obstante, siempre recuerdo a mis estimados abuelos Julián Aquino Castillo y Rosaura Bogarin Ulloa. De igual manera, a todos mis primos y primas, de mi generación, con quienes siempre nos íbamos a jugar en la finca de Cruzpata y de Taquia. Algunas veces iba con mis hermanos mayores, pero especialmente con mi hermano menor Carlos.

A nuestros abuelitos que nuestro Dios los tenga en su bendita Gloria, como buen creyente, es mi mayor deseo.

MI REGRESO A LOS RECUERDOS

Pepe Villanueva Aquino

Una tarde, después de mucho tiempo, me encuentro sentado en la curva de la carretera de donde se ve mi querido pueblo, Tayabamba. Veo el Alto de Añunca y no puedo evitar la mirada hacia el lado izquierdo del paisaje. La bajo, con inquietud, y observo ese maravilloso, mágico, lugar donde pasé mi niñez: Cruzpata. Mágico, como paraje natural donde jugamos sin preocupaciones y a nuestro gusto y placer. Veo 4 casas. Las chacras de maíz, de papas, de alfalfa. Todas rodeadas por filas de eucaliptos. Paisajes hermoso que me permite aumentar mi imaginación de cuando nací y crecí en ese paraje. Mis familiares me contaban que fui un niño inquieto y vivaz.

Recuerdo que, en mis años juveniles, regresaba siempre a mi casa en Cruzpata sin nada en las manos. Muchas veces acompañado sólo de mi caballito negro. Era viejo y lerdo el pobre. Mientras que ahora lo hago en una máquina importada del extranjero, aquí me doy cuenta que he conseguido algo en la vida.

Me vienen a la memoria muchas alegrías pasadas, momentos de felicidad, bajo la atenta y estricta mirada de mi amorosa madre, Flora Aquino. Acción que se extendía a mis hermanos Édgar, Percy, Hilda,

Asunción, la “negra” que siempre fue muy inquieta. A la par vuelvo a recordar a mi abuela Rosaura, la “mamita Rosha”, octogenaria ella; pero con una sensibilidad infinita. Siempre fue buena con nosotros sus nietos y con toda la familia. Ella estuvo acompañada de mi abuelo Julián. El viejo, como lo llamábamos, era de aspecto sobrio, alto, de carácter fuerte y hasta duro. Su cabello era lacio y se peinaba con raya al costado. Algunas veces era algo colérico, actitud que nos hacía sentir distanciados de él. Creo que con esa conducta nos hizo comprender que no nos quería mucho. Varias veces, cuando estábamos cerca a él, tenía actitudes toscas. Posiblemente consecuencia de su edad, el abuelo evidenciaba ciertas debilidades también. Algunas veces aceptaba nuestros pedidos. La razón es que nos necesitaba para que hagamos los mandados o para llevar algunos de sus caballos, en la mañana, a pastar y, en las tardes, a amarrarlos en otro lugar. Ellos dormían en un lugar muy cerca a la casa grande. Hoy comprendo que fue algo así como un trueque necesario entre el abuelo y los nietos.

Los mejores recuerdos que tengo son los vividos con mi extraordinaria abuela. La recuerdo muy mayor, de edad bastante avanzada. Ella se movía sigilosamente, con mucha propiedad, en la casa. La abuela estuvo siempre preocupada por los animales y la comida para nosotros. No sabíamos cómo, posiblemente la magia de la experiencia, ella parecía adivinar nuestro hambre. Esto ocurría cuando regresábamos del pastoreo de las vacas de raza Holstein, de propiedad de mi madre. De igual manera, cuando regresábamos cargando la leña traída desde Tucumarca. Pasábamos por la casa grande con el pretexto de saludar. Esta acción fue siempre a media tarde, cuando divisábamos que el humo blanco, saliente de la cocina, disminuía. Entrábamos a la cocina, papá Julián ya estaba allí,

nosotros nos sentábamos en la banquita; allí, pacientemente, esperábamos una o un pedazo de tortilla. Alimneto que estuvo acompañada con infusión de limoncillo o de panizara. La infusión era servida en unas tazas de metal, enlozada y blanca, que tenían bordes azules. Los mayores tomaban su café, ellos decían que el café no es bueno para los niños.

El abuelo tenía algunos días de tranquilidad, hasta de alegría; no era perceptible a primera vista, pero nosotros ya conocíamos ese estado de ánimo. Algunas veces lo veíamos muy tranquilo, sentado en su banco. Éste estuvo ubicado en el lado derecho del corredor, en el otro extremos de la cocina, muy cercano a su dormitorio.

Sentado, pasaba el tiempo mirando los caballos y los demás animales que estaban en el patio. Posiblemente recordaba sus vivencias de juventud o ya se estaba despidiendo de la vida en la medida que, desde hacía tiempo, tenía su ataúd esperando en un rincón del terrado de la casa.

En otras oportunidades sorprendía verlo puesto su poncho de color teja, con una parte del mismo en el hombro, con los brazos remangados, tocando su guitarra, que era vieja y desafinada. El viejo rascaba bruscamente el instrumento. Cantaba su canción favorita: *Compadrito Gallinazo*. Nosotros creíamos que él se sentía como el Cholo Berrocal. Nos reíamos en silencio, luego, tomando valor, nos acercábamos al cantante; pero su talento musical no daba como para aplaudir cuando terminaba.

Como yo era chiquito y flaquito, ágil y vivaz, mis primos mayores me hacían sentir bien. Siempre me invitaban a acompañarlos en alguna pequeña aventura los sábados o los domingos. El deseo de los primos, que vivían en el pueblo, Gerardo, América, era cazar pajaritos. Ellos, muy de

madrugada, bajaban para salir a la caza de los animales. Algunas veces traían una hondilla y me la regalaban con el fin de que los acompañe. De igual manera, traían algo del desayuno escondido en sus bolsillos del pantalón.

Partíamos sin rumbo fijo. Casi siempre empezábamos en el llamado Tuquero. Éste era una especie de derrumbe natural en las ladera cercana a Cruzpata. Yo, creyéndome estar bien entrenado por los primos en la práctica de la hondilla, colocaba las piedritas en el pequeño cuero, llamado panza, de la hondilla. Me sentía bien porque tenía a mis maestros Gerardo y Américo, que me orientaban en el arte de matar animales. A Gerardo lo llamábamos, cariñosamente, burro, y a Américo, canasta. Estos eran excelentes matadores, tenían muy buena puntería, siempre sentí admiración por ellos. Trataba de imitarlos. Creía que su secreto residía en acercarse bien a los piskos, picaflores y palomas, para no fallar el disparo.

Ingresábamos por la parte alta del Tuquero, por la ladera, esquivando un poco las ramas y cortaderas. Algunas veces avanzábamos, entre agachados y parados, siempre en silencio para no despertar sospechas de los pájaros. Así fui aprendiendo el sonidos de los pajaritos, hasta aprendí a descubrir nidos tirando las piedras a los montes. Al escuchar la acción de las piedras, ellos salían volando. El siguiente paso, de los 2 expertos en cazar pájaros, era ingresar al monte, mirando de abajo hacia arriba, ubicando los nidos y luego se los tomaban como su propiedad. Yo seguía practicando en silencio. Algunas veces era aburrido, no cazábamos nada. A eso de las 3 de la tarde, ya pensábamos regresar a casa.

No obstante, mi interés de disparar con la hondilla era constante. En una oportunidad, tomé una piedrita, no tan buena para la hondilla, me

coloque delante del maestro Gerardo y disparé. No vi la piedra, pero a la vez escuché un quejido de ¡hay! a mi espalda. ¿Que pasó? El disparo fue certero, directo, al ojo del primo. Luego exclamó una frase de compasión hacia mí, diciéndome: “No te pego sólo porque eres mi primo.” Yo, desconcertado, sin saber qué decir, el disparo había salido por la culata. No había qué hacer. Ese día nos fue mal. Regresamos con las manos vacías y un herido a casa.

Cansados, derrotados, con un herido, en silencio, retornamos con la idea de pasar por la casa grande para saludar a la mamita Rosha. Cuando llegamos, encontramos al pequeño primo, de 6 años, llamado Maco. Él tenía una vestimenta medio rara, muy grande para él, con un algo de cólera, tenía un plan que luego nos explicó. Éste era diferente a los planes acostumbrados.

Antes de contar el plan de Maco, recordemos lo siguiente: Nosotros sabíamos que el abuelo Julián era algo renegón. Muchas veces no deseaba vernos en su casa. Cuando llegábamos nos corría, amenazándonos con su clásico bastón de madera, gritando. Como niños cargosos, lo molestábamos, luego nos corríamos aprovechando nuestra agilidad y juventud. Siempre seguros de que nunca nos podría alcanzar. Pasaba los días y se olvidaba de las malacrianzas y podíamos acercarnos a él de nuevo. No guardaba rencor, es por ello que nos aceptaba de nuevo.

Volviendo al plan de Maco. El pequeño deseaba enfrentarse directamente al abuelo. Era algo parecido a la lucha entre David y Goliat. Nosotros nos preguntábamos, ¿A ver qué pasa? Maco estaba bien enfundado con ropa gruesa. Un saco viejo, grueso, a cuadros. Un pantalón medio ancho. Él se había preparado para que los posibles bastonazos, que

le caería, no le duela. La verdad es que Maco no nos dijo la verdadera razón de la declaratoria de guerra.

Él ingresó a la casa en busca del abuelo, que se encontraba recostado sobre un palo de madera que cumplía el rol de banco, al costado de la cocina. Distanciado a 3 metros del abuelo, Maco comenzó el desafío. Éste, con mucho esfuerzo, se levantó con su bastón en alto como quien desea pegar. Entonces Maco comenzó a correr, se dirigió hacia la otra casa, a través de la chacra donde antes había un árbol de manzana, un huerto de hortalizas, ahora había plantas de papa, éstas impidieron que corra, Maco cayó. En el suelo, el pobre, ya no tuvo escapatoria. El abuelo, bastante anciano, pero con algo de fuerza y experiencia, logró sacar la correa que llevaba el niño, Maco-David y, con la misma, le dio el castigo merecido o inmerecido. Maco quedó en el suelo llorando, pensando, por qué no había salido bien su plan. Ahora conocemos al primo Maco como el pensador. Posiblemente esta acción fue el inicio que nos obligó a pensar bien los proyectos que se desean materializar. El abuelo, que parecía algo cansado, regresó lentamente a la banca. Posiblemente meditando sobre el suceso, no sabemos si con buena o mala conciencia.

Nosotros sentimos, en silencio, algo de culpabilidad, por un lado. Por otro, mucha admiración al primo, de 6 años, por haber realizado tremenda hazaña de valentía. Al rato salió de la cocina la mamita Rosha. Todos, hasta el abuelo, nos quedamos callados. El viejo se levantó lentamente, con paso cansino, cruzó la puerta y se dirigió a su cuarto ubicado en el otro extremo de la casa. El pobre se perdió el lonche con tortillas que la abuela Rosaura había preparado. Nadie comentó el percance y tampoco reíamos, sólo nos limitamos a comer, dando gracias a la abuela y a la vida.

MIS VIVENCIAS EN CRUZPATA

Edermiz Duñez Roldán

La narración corresponde a la mejor época vivida en Cruzpata. Es el tiempo que transcurre desde mi niñez, pubertad y parte de mi juventud. Cabe mencionar que soy bisnieta de doña Rosaura Bogarin Ulloa. Ella era una mujer de estatura alta, de contextura delgada y de don Julián Aquino Castillo. La mamita vestía, siempre, faldones oscuros. El viejo vestía un terno marrón. Él lo denominaba cabritilla. Era usual verlo, normalmente, sentado en la puerta de su cuarto cerca de la escalera. Ahí tocaba su mandolina o su guitarra. El viejo cantaba algunas canciones, ha ritmo de huaynos. Lo hacía, siempre como popurrí, supongo porque no recordaba las letras completas. Algunas de ellas han quedado grabadas en mi mente y perdurarán a través del tiempo.

Una de ellas decía así:

Compadrito Gallinazo mi caballo sea perdido,

Ay mamita Santa Rosa

traerme una Buenamosa,

Por arriba viene el Buitre

por abajo viene el Zorro”...Vis, Vis.

Con esas simples canciones, con mucho orgullo, nos trasmitía su alegría.

Recuerdo mucho el árbol de manzano. Estaba ubicado en el jardín detrás de la muralla del patio. El abuelo cuidaba con mucho esmero esa planta. Él me consentía, me otorgaba el privilegio, de cosechar las

manzanas que yo deseara. Creo que para expresar su cariño y preferencia por mí. Las razones fueron obvias. El cariño fue reciproco. Recordemos que ha todas luces él era el papá de todos los nietos y bisnietos que vivían o visitaban Cruzpata.

Todo recuerdo como si fuese ayer. Él nos decía que debemos cuidar el potro alazán. Nos mandaba ha darle agua, pasto y, repetía, que quién cumplía con esas tareas será el dueño del animal. La ingenuidad nos hacía creer que eso era así. Al pasar el tiempo, cuando el potro se transformó en caballo, nos dimos cuenta de que el verdadero dueño era él. Era nuestro el animal sólo cuando le dábamos agua y pasto.

En mis recuerdos, con el corazón lleno de nostalgia, vuelvo a revivir aquellos tiempos en las que creía que la vida comenzaba y terminaba en Cruzpata. Pensaba que mis hijos y nietos jugarían por estos mismos lares rodeados de ríos, de cielo azul y mucha vegetación. Fui muy dichosa y feliz en estas tierras y en aquel tiempo tiempo. Fue una época hermosa, cuánto añoro ese tiempo; aquéllos donde los días acababan temprano, entonces solíamos sentarnos todos los familiares detrás de la casa grande de mamita Rosha y papá Julián. Escuchábamos la audición que se trasmitía por la radio de Tayabamba. De igual manera, para contar chistes o simplemente para hablar de cualquier cosa.

Extraño ese aroma de café recién tostado y pasado. La voz tenue de mi bisabuela quién le ofrecía el café a mi bisabuelo Julián. Él respondía, de forma sarcástica, diciendo:

¡A ver pues, Rosaura, invítame tu agua negra!

Después tomaba el café con mucho placer.

Recuerdo que en aquellas años el papá Julián tenía un rol muy importante en mi vida. Él era mi imagen paternal. Esa presencia me empoderaba y me otorgaba mucha seguridad personal. En esos tiempos, el dinero no era muy importante o, si lo fue, yo no me di cuenta. Me bastaba sus consejos y su cariño.

Cuando papá Julián iba a su otra finca, llamada Taquia, a ver sus terrenos, solía pedirme que lo acompañe, por las noches, para que vea a mi mamita Rosaura. Pedido que, normalmente, fue cumplido. Ella, antes de dormir, me contaba cómo era Lima. Lo hacía porque ella había visitado la Capital del Perú 2 veces. Repetía siempre las mismas frases.

“Lima es para los valientes. Porque cuando estás cerca tienes que pasar a orillas del inmenso mar y da mucho miedo.”

Además, la mamita Rosha me daba consejos de comportamiento y cómo debería de vestirme. Ella me preparaba emocionalmente, a diferencia de mi bisabuelo, que no tocaba esos temas. Aquí yo notaba una marcada diferencia entre los 2. Ella, más realista y objetiva y él, mucho más emocional y querendón.

En definitiva, mi abuela Feliciano Aquino Bogarin, mi bisabuela Rosaura Bogarin Ulloa y mi bisabuelo Julián Aquino Castillo marcaron la época más bella de mi vida en general y en Cruzpata en particular.

Por otro lado, deseo hacer resaltar lo importante que son algunas vivencias cruciales en la vida. Ellas marcan un antes y un después en la existencia. Todo esto sólo lo rasoné mucho más tarde. Me refiero al tema de la muerte. Comprendí que no es una tragedia, por el contrario, es algo normal. La historia es que en el terrado de la casa grande, ellos tenían 2 ataúdes. Uno para cada uno. Eso indicaba que ellos estaban preparados

para su partida. Eso fue algo que yo, en ese momento, no aceptaba. Yo creía que eran eternos. Además, esos ataúdes ahí presentes nos producían un sentimiento de pánico.

Al transcurrir el tiempo, se acercaba mi viaje a Lima. Es en esas circunstancias que comprendí, por primera vez, la angustia de un padre por su hija que pronto partirá. Él trataba de convencerme que no era necesario que saliera de Cruzpata. Me decía lo siguiente:

“No te vayas hijita. Tú ya sabes firmar tu nombre y eso es suficiente para una mujer. No hay necesidad que vayas a sufrir tan lejos.”

Yo trataba de explicarle que los tiempos habían cambiado, que saber firmar el nombre no era ya suficiente. Hasta hoy no sé si realmente comprendió lo que yo le decía o solamente lo aceptó en silencio. Luego, con su voz entrecortada, me dijo:

“Te voy a dar un baúl para que guardes tu ropa para cuando regreses a vivir acá.”

Lo acepté porque imaginé que así sería; pero una vez más, los 2 estuvimos muy lejos de la realidad.

Mi conexión con mi bisabuelo Julián Aquino Castillo fue muy fuerte. Yo lo consideraba como un padre. En marzo de 1988 regresé a Cruzpata sin presagiar que se acercaba el fin de una bella época. Mi papá Julián agonizaba. Llegué y su vida se acabó. Creía que me esperó para que su vida se extinga.

Así terminaron los años más maravillosos de mi vida en mi adorada Cruzpata, recuerdos que nunca saldrán de mis pensamientos y menos de mis recuerdos.

LA GUITARRA DEL ABUELO

Azarias Espinoza Lozano.

Parece que la vida, en esos tiempos, fue mucho más sencilla. A pesar de la pobreza, Tayabamba, fue un pueblo tranquilo. En esa ciudad parecía que todo estaba hecho para la felicidad. El estudio, los juegos, incluso la poca comida, sólo para sobrevivir, era suficiente. La verdad, no sé si éramos conscientes, pero en esos momentos éramos felices. Estamos contentos, decíamos, aunque sin darnos cuenta de la rutina, desde marzo hasta diciembre.

Algunas tardes soleadas, amparados a la sombra de los eucaliptos, alineados como espectadores, el capulí, las casas altas al salir del colegio, calzando llanques, los hermanos y amigos, jugábamos al fulbito. Esto se hacía en un campito ubicado en la Calle Alfonso Ugarte, al costado de la casa de mis padres, en Barrio Bajo de la ciudad de Tayabamba. La cancha era de tierra. Mi papá Edinson nos había comprado 3 pelotas de jebe rojitas. Ellas eran del tamaño de la cabezas de los chuches. El problema era cuando algunas veces se mojaban y al patear nos dolían mucho los pies. Además, que los látigos de los llanques, que eran de jebe, a veces se rompían como consecuencia de las patadas y salían volando por los aires. Antes que darnos pena, los látigos rotos, nos daba risas a todos los aprendices de futbolista. Recuerdo que ya habíamos perdido, rodadas en la ladera del alto de Añunca, 2 pelotas. Mientras mi papá no se daba cuenta, todo bien, de lo contrario, nos esperaba la cueriza.

Lo último era muy difícil que sucediera. La razón era que nosotros fuimos muy unidos. Nosotros guardábamos los secretos de nuestras faltas, llamadas, por otros, mataperradas. No obstante ello, igual seguíamos jugando en la calle, frente a las casas. Todo se hacía bajo la atenta mirada de las mamás. Ellas se deleitaban mucho. Recuerdo que tenían sus bebés en brazos, unas. Otras, hilando lana de oveja, con las rueca, para confeccionar los ponchos, las chalinas, los gorros, para los chuches. Lo hacían con el fin de protegerlos y que no se enfermen en el invierno. Ahora, a la distancia, veo que las mamás fueron muy previsoras. Todo lo hacían con sus maravillosas manos.

Algunos fines de semana, nos daba la impresión que los días eran monótonos. Este aburrimiento se acentuaba cuando no teníamos oportunidad de jugar futbito en la calle. De igual manera, cuando no había oportunidad de bajar a la laguna de Colpabamba a bañarnos. Del mismo modo, cuando no era posible ir al fundo de los abuelos en Cruzpata. En esas circunstancias el tiempo parecía eterno.

Así que la bajábamos, algunas veces, jugando el papel de niños buenos, en unos casos, o de jóvenes adultos, en otros. La diversión era cazar pajaritos (pishgos, palomas, picaflores). Ahora no entiendo por qué hacíamos eso y por qué las personas mayores no nos corregían. En mi caso, nunca hice nada en esa dirección, en la medida que mi corazón no lo permitía. No obstante que muchos de nuestros juegos estaban prohibidos por los mayores, nosotros seguíamos jugando.

Por otro lado, casi como regalo de la naturaleza, cuando los sábados amanecía soleado, se nos abría la posibilidad para salir; así,

espontáneamente, nuestros pensamientos, nuestras miradas, se dirigían hacia abajo, donde vivían los abuelos. Nosotros vivíamos en el llamado Barrio Bajo del pueblo. Por estas razones estábamos muy conectados con esta zona de la ciudad de Tayabamba.

La decisión era espontánea. El viaje se iniciaba al mediodía. Nos dirigíamos a Cruzpata y luego ya sabíamos cuál era nuestro destino final. Desde el Alto de Añunca, caminábamos por el costado de la Posta Médica. Sentíamos los aires de libertad. Desde lo alto, veíamos Cruzpata. En voz alta, decíamos:

¡Allí estás! ¡Allí estás!

Caminábamos, cruzando Cruzpata, hasta la laguna y ahí nos dábamos un chapuzón, sin ropa de baño. Bañarse así era costumbre, es por ello que ese detalle no nos preocupaba.

En Cruzpata vivíamos la experiencia de la siembra y la cosecha del maíz, de la papa y del trigo. No olvido mencionar los llacones de la viejita Ermelinda Ponce. Ella tenía su chacra al costado de los terrenos de los abuelos. Al mirar ese paisaje, la felicidad se dibujaba en nuestras mentes y rostros. En esas circunstancias encontrábamos sentido a la vida, incluso en esos momentos nos olvidamos hasta del hambre.

En esa tierra linda y maravillosa, llamada Cruzpata, vivían la tía Flora, Feliciano y los bisabuelos Rosaura y Julián. Nosotros íbamos a buscar a los primos Pepe y Percy. Cuando llegábamos a la puertita de la casa de la tía Flora, llamamos a los muchachos. Ellos salían muy inquietos y preguntaban qué había, cuál era el plan.

“Oye, Pepe, vamos a ver la guitarra del papá Julián, tú eres el engreído, a ti no te negará”, le decíamos.

El aludido se quedaba pensativo y luego de un momento, sin dudar, decía: ¡vamos! Íbamos por la calle para entrar por abajo, por la puerta principal. Nosotros no habíamos preguntado si ya habían almorzado, en esos momentos nos habíamos olvidado del hambre, una vez más.

Deberíamos llegar a la casa por la puerta principal, caminando por un camino que bordeaba la chacra principal. Nos parecía un callejón oscuro que nos hacía recordar el juego del apanado. Sobre esta calle caían las sombras de los eucaliptos, sus hojas y, más, las ramas de chichamisa cruzaban que daba la impresión de ser un túnel. Por ambos lados, marcando el lindero, habían piedras como tutumas. Irónicamente, también, habían caminitos que se habían hecho a través de los años con el andar de los burros y caballos. Eran de forma zigzag. Nuestra inquietud nos llevaba a caminar siguiendo los linderos. Al final llegábamos, lentamente, a la casa indicada.

El más mosca era Pepe. Él miraba por la puerta grande con mucho cuidado y divisaba al abuelo sentado cerca de la puerta de su cuarto, se acercaba y saludaba:

“¡Hola, papá Julián!”

El abuelo le decía:

“¡Hola, hijo, ven!”

Él contestaba con esa voz muy singular. Pepe no le avisaba la llegada de los demás niños zampones. Tino, Percy y yo, que acompañábamos al

chuche Pepe. Nosotros sabíamos, por algunas razones, que mi papá Edinson había sido el engreído del abuelo. En una oportunidad escuché a mi padre, cuando estando sentados en la casa del alto, manifestar que su papá Julián era buena gente. Es decir que le tenía confianza y que él era aceptado, en cualquier momento en Cruzpata. En verdad así era.

Después del encuentro con el abuelo, ahora nos toca saludar a la bisabuela Rosaura. Teníamos que buscarla por los cuartos o la cocina. Ella estaba siempre ocupada, haciendo algunos quehaceres. A la bisabuela le decíamos la mamita Rosha. Ella posiblemente tenía 90 años o quizás más. Ella tenía un caminar lento. Entraba y salía del cuartito ubicado contiguo a la cocina. En esa pieza tenía todas sus provisiones alimenticias básicas. Después de recibir el saludo, la mamita buscó algo de pan o semitas. Partiendo, como en la última cena, con sus manitas temblorosas, nos invitó acompañado con mucha bondad. Además nos decía, muy bajito, que no nos fuéramos porque prepararía la sopita. Nosotros, alegres por este ofrecimiento. Ella continuó con sus quehaceres y nosotros nos empeñábamos en convencer al abuelo para que saque su guitarra.

Ya sentados en la esquina, al costado de la puerta del dormitorio del abuelo, observábamos un rato. Mirábamos hacia arriba, a la distancia veíamos el alto. Algunas veces podíamos ver a algunas personas, frecuentemente familias, no obstante la distancia, podíamos saber quiénes eran.

Para nosotros, aún no había llegado el momento preciso, para decirle al abuelo que nos preste su guitarra. Buscábamos la manera de hacerlo sin que él se diera cuenta. Éste era nuestro plan y el verdadero motivo de la

visita. El interés de los muchachos crecía, en esas circunstancias, Pepe atinaba a decirle:

“¡Papá, saque su guitarra y tóquenos algo, por favor!”

El abuelo, con su poncho de color marrón para palear el frío, lo doblaba a ambos lados de sus hombros. Al fin se animaba a complacer a los niños allí presentes. Ingresaba a su cuarto, al poco rato salía orgulloso con la guitarra en la mano como si se tratara de un concierto. El abuelo, con la frente llena de sabiduría producto de la experiencia, emulaba al Cholo Berrocal.

A ver, hijos, decía:

“¿Qué desean que les toque?”

Nosotros sentaditos, al lado derecho, lo animábamos a que toque lo que él deseara. Para nosotros sus canciones no eran importantes. Nuestro objetivo era que cada uno tenga su oportunidad de tocar, un ratito, la guitarra. El abuelo, con la paciencia producto de los años, se echaba la parte delantera del poncho a lado del hombro izquierdo, como decían, poncho a la pedrada, luego acomodaba un cojín tejido a crochet sobre un tronco de eucalipto, así ya estaba listo para tocar la guitarra.

Primero rascaba un rato las cuerdas de la guitarra. Al oído decía que necesitaba calibrarla o algo así para que suene bien, así decía. Lentamente se animaba a ponerle ritmo acompañado de la siguiente letra.

Mamita Santa Rosa

Regálame una buenamoza

Esas 2 frases las repetía como 5 veces. En esas circunstancias, nosotros nos inquietábamos, nos mirábamos y con la presión del apuro, comenzábamos a aplaudir y decir bravo:

“¡Abuelo, bravo!”

Con los aplausos incluidos, comenzaba la segunda canción. Era con la misma tonada y el mismo rasqueado de la guitarra que nos parecía a los pasillos norteños o ecuatorianos.

Por arriba viene el buitre

por abajo viene el zorro

Compadrito gallinazo

mi caballo se ha perdido.

En esta oportunidad era una canción mas larga. En realidad eran 2 en una. Igual, la repetía, algo así, como 5 veces. Nosotros sabíamos que se cansaría en algún momento y en esas circunstancias se presentaría la oportunidad para pedile que nos preste su guitarra. Las muchas veces que escuché la misma letra de las estrofas de las canciones es un buen motivo para recordar al abuelo.

Nosotros, con la impaciencia de niños, estábamos listos para empezar a tocar. Esto comenzaría por el más pequeñín. Pepe era el primero en sostenerla. Él la acariciaba, la sentía al tocarla. En ese momento, el abuelo acomodaba la guitarra, buscaba la mejor postura y la posición de ambas manitos del eventual alumno.

El abuelo se sentía un auténtico maestro. El supuesto alumno empezaba el rasqueteo sin ritmo; pero la emoción crecía y casi cuando parecíamos que habíamos encontrado el gusto a determinados sonidos emitidos por la guitarra, había terminado el turno de Pepe. Él se sentía contento y feliz. Luego el turno continuaba con los 3 restantes. Cada uno de nosotros tuvimos nuestra oportunidad de tocar la guitarra y tratar de sacar algunos acordes de acuerdo a su propia destreza, todo bajo la mirada y la paciencia del abuelo.

El día había avanzado. De tanto practicar tocando la guitarra, no nos habíamos percatado que estaba llegando la noche. Felizmente la mamita Rosha había terminado de cocinar. Ella nos llamaba para comer. A su turno, el abuelo guardaba su guitarra. Nos sentábamos todos a comer lo que servía la mamita.

De esta manera, termino mis recuerdos con la seguridad de que continuaremos comentando la bondad de los abuelos y que siempre los recordaremos hasta el final de nuestros días.

PAPÁ JULIÁN

Edison Espinoza Lozano.

Solíamos los nietos, bisnietos, juntarnos casi con frecuencia en la casa grande de los abuelos en Cruzpata. Allí vivían, a pesar de ser una casa grande, sólo los 2 abuelos. La mamita Roscha, que cariñosamente así la

llamábamos, su nombre completo fue Rosaura Bogarin Ulloa, y el papá Julián Aquino Castillo.

El aprecio, la condescendencia, dependía de la frecuencia de las visitas y, obviamente, el grado de consanguinidad. Es decir, los hijos, nietos, bisnietos, de las hijas que vivían más cerca a ellos (la tía Flora, la tía Filly o la abuelita Dorila). Por lo tanto, para unos era el papá Julián, para otros el abuelo Julián y, como no, también lo llamábamos simplemente “El viejo Julián”.

Por su edad, ser el cabeza de los Aquino, el abuelo se sentía como un pequeño reyezuelo o patriarca de Cruzpata. Esa actitud se repetía en la finca de Taquia. Obviamente las propiedades, principalmente terrenos y animales, que poseía en aquellos años, los años 70, le daba el privilegio de ostentar ciertos derechos. Pero para ser justos, a decir verdad, para esos años, los animales sólo se reducían a 3 caballos. El caballo alazán, el caballo moro y el caballo choloque. El último estaba viejo y, además, matoso. No obstante esta situación, manifestación de decadencia del tronco familiar, siempre había pretexto para que nosotros visitáramos a los abuelos.

Los Chuches, como se nos llamaba a los pequeños, siempre estábamos haciendo cualquier mandado a los abuelos. Después que traíamos el agua del río o cargábamos la leña. Ésta la ubicábamos cerca de la tullpa en la cocina de la abuelita. En esos años, ella aún cocinaba el almuerzo, en unos casos. Y en otros, por las tardes, tostaba cancha para la catarbada de nietos. Nosotros, en cuenta de ayudar, estorbábamos en la medida que transformábamos lo que era trabajo en diversión y aventuras infantiles. Después de haber soplado, con el soplador de tubo de metal, la

tullpa, esperábamos impacientes el almuerzo. Luego se repetía la historia por las tardes con la cancha, el pancito con cafecito o el té de limoncillo. Ya llena la barriguita, después de ayudar a lavar los utensilios, seguíamos al abuelo que estaba sentado en su banca al costado de su cuarto, ubicado en el lado derecho del corredor.

Nosotros, los chuches de la 2ª y 3ª generación de la familia Aquino-Bogarin, sentados alrededor del abuelo, empezábamos a rascar la memoria del viejo Julián para que nos cuente algunas historias. Después lo animábamos para que sacara su mandolina, que la tenía muy bien guardaba. El viejo empezaba rascando, en realidad él no sabía tocar la vieja mandolina. Una de sus estrofas favoritas fue:

Mamita Santa Rosa, regálame esta rosa.

Y claro, nosotros, el grupo de nietos y biznietos no parábamos hasta que él, por unos minutos, nos permitía rascar su indefensa y vieja mandolina. Para el abuelo era bastante problemático prestar su preciado instrumento. Los chuches más jóvenes anhelaban sólo tocar el instrumento. Siempre diciendo:

“Yo primero.”

O de lo contrario:

“A mí me toca.”

Una oportunidad, cuando estábamos, entre “A mí me toca” o “Yo primero”, escuché, por mera coincidencia, una banda de músicos que tocaba al otro lado del río que divide Cruzpata y el pueblo de Collay. Ella repetía sus tonos plañideros acompañando el cajón de un muerto. Seguro que era por las calles de la ciudad de Collay. Esta ciudad está apostada en las faldas del imponente cerro Paurchuco. A la par de ese adiós plañidero

entonado por la banda, por las calles delimitadas por las casas hechas de tapial, me imaginaba la tristeza, hasta el miedo, que producía esas melodías. El dolor, por la pérdida de esa persona, iba acompañada por los rituales de la fe cristiana. Ésta, en cuenta de aliviar el dolor familiar, la acentuaba.

En esas circunstancias, “El viejo”, como familiarmente lo llamábamos, dijo:

“¡Cholos, vean el alma que camina adelante!”

Y nosotros, inocentes, abríamos más los ojos, afinábamos los oídos, balbuceando decíamos:

“¿Dónde? ¿Dónde?”

Papá Julián repetía:

“¡Adelante va! ¡Adelante va de blanco!”

Mínimo, yo nunca vi nada ni entre el cortejo, todos vestían de negro, ni delante ni detrás del muerto. Ahora creo que sólo era la continuación de los mitos y leyendas familiares sobre el alma y los muertos.

Había una cosa que, para la edad de los pequeños, era aún incomprensible. Los abuelos, preparándose para el final de sus días, mandaron construir sus ataúdes de madera de aliso. Esos ataúdes nos causaba asombro. No comprendíamos que, el abuelo Julián y la mamita Rosha, estando aún vivos y en su sano juicio, desde hacía varios años tenían en su terrado sus cajones donde serían depositados y enterrados cuando mueran.

CAPÍTULO V

CRUZPATINADAS

MUERTOS PARA EL AGUA Y EL CARBUNCO

El nombrado del anexo es conocido, especialmente, por la laguna del mismo apelativo. La laguna tenía algunas características que la hacían singular. Cruzpata está ubicada entre la ciudad y el anexo en mención. Para los niños cruzpatinos, no fue sorpresa ver que desfilaba mucha gente, de ida y de vuelta, entre la laguna y la ciudad, en la estación de verano.

El charco gigante se abría totalmente en este tiempo, debido a que la gente, en esta estación, regaba sus terrenos en la parte alta y esa agua filtraba hacia la laguna. El peso del agua rompía la capa verde que cubría la superficie de la laguna que se había mantenido tapada. Ésta era una mezcla de tierra con un tejido de raíces de diversas plantas. En la zona se le llama chamba o champa. En medio de esta especie de sábana verde, sobre la cual comían pasto los animales de toda especie y de diferentes dueños, se podía distinguir el famoso ojo cuadrado. Era una abertura de 1 metro cuadrado de diámetro y que siempre se mantenía visible. Los lugareños creían que era una fuente mágica y, cuándo no, sagrada. La razón fue que las personas con heridas infecciosas se bañaban en ese espacio y, luego de unos días, se curaban.

Los arriba mencionados no entendían, racionalmente, esta propiedad del agua del ojo y de la laguna en general. Ellos daban explicaciones entre mágicas (el poder del Carbunco o de la serpiente) y sagradas (el ojo de la Virgen). Los menos, ingenieros, médicos, sabían que esa función curativa del agua tenía que ver con la cantidad de minerales que contenía; en particular del azufre.

Desde el mes de mayo hasta el mes de agosto, la laguna era visitada por muchas personas, particularmente jóvenes, de la ciudad de Tayabamba y de los alrededores. Se recuerda, de vez en cuando, que algunos bañistas perdieron la vida, ahogados, en ella. La gente mayor creía que era el pago que deberían dar los concurrentes por las bondades medicinales de la laguna.

De la laguna salía una acequia por donde fluía una buena cantidad de agua. Este elemento era utilizado para regar los sembríos de la zona baja del distrito de Colpabamba. La vida de la gente, en parte, dependía de las aguas que manaba de la laguna mencionada.

En el fondo de la laguna había una buena cantidad de azufre y otros minerales. Esta fue la razón del por qué el agua tenía un color, un olor, un sabor, que la diferenciaba de otras aguas de la zona. Y además, el azufre curaba con presteza las heridas de los bañistas, de enfermos con infecciones en la piel y hasta de animales, como queda dicho.

Este arcano continuaba con la idea, muchos la difundían, de que entre el espacio que ocupaba el panteón de Tayabamba y la laguna moraba, bajo tierra, una serpiente dormida. La cabeza del animal estaba ubicada en el panteón, que también era una pequeña laguna tapada. Su cuerpo, arqueado, cruzaba la ciudad. Finalmente su cola descansaba en la laguna de Colpabamba. La población, sobre todo los mayores, vivían con el permanente temor de que la serpiente despierte, se mueva, y arrase con toda la ciudad. De tiempo en tiempo, especialmente en los de crisis, la gente, de boca a oreja, transmitía esta especie de maldición. Incluso algunos, creyéndose pitonizos o gatipadores, se atrevían a pronosticar el mes, la semana y hasta el día de la inundación. Para la desgracia de los

supuestos adivinos y para la felicidad de todos, la inundación nunca sucedió.

Finalmente, esta historia fantástica se coronaba cuando la gente afirmaba haber visto el Carbunco. Sostenían, siempre a las 12 de la noche, que este fenómeno se veía desde las alturas de Tayabamba. Concretamente, desde el Alto de Panteón. Su morada era la laguna. Se decía que éste tenía forma de perro y era de color negro. Él se desplazaba por el contorno de la laguna. Se le podía distinguir en la oscuridad de la noche porque llevaba un carbón encendido, resplandeciente, en la frente. Aseguraban, los creyentes, que el Carbunco es fiel guardián de la mencionada laguna.

Alguna gente, no pocos, decían que este animal, como muchos de su especie, frecuentemente necesitaba alimentarse de vidas humanas. Los ahogados en la laguna eran lo que necesitaba para seguir viviendo y cuidando sus aguas milagrosas. Los cruzpatinos, hasta la segunda generación, creían en estos mitos. Los jóvenes se burlaban de estas historias fantásticas. Entendían que ellas son típicas de sociedades feudales. En las mismas, las fuerzas de la naturaleza, aún no son descifrables para alguna gente. En otras palabras, el paganismo tenía influencia.

La verdad es que la mentalidad configurada en mitos, la cultura hilvanada en leyendas, el paganismo que cree en la energía de los cerros, el panteísmo que adora los bosques-aguas, dura décadas, siglos, y hasta milenios, en la fantasía de millones de personas. En un nivel más general, la religión, como “la locura generalizada” (John Lennon) o como “el auto-engaño universal” (Sigmund Freud), mantiene a millones de seres humanos esperando lo que no existe. La mente humana tiene mucha

capacidad para crear mitos, leyendas, dioses y toda clase de criaturas en el mundo.

EL ENCARGUITO

Don Julián Aquino Castillo nació en Schuyaco. Es un páramo cercano a la ciudad de Tayabamba. Su vinculación con la capital fue estrecha; no sólo por la cercanía, media hora a pie, por las compras diarias, asistir a la escuela, las fiestas en la ciudad, y naturalmente, las amistades que Julián tenía en la recién nombrada capital de la provincia de Pataz.

Después de haber asistido a la escuela, tercer año de primaria, se dedicó a la agricultura y a la ganadería como lo hacía toda su familia. Luego de algún tiempo, con más de 20 años de edad, había llegado el momento para independizarse de sus padres. Él comenzó a buscar pareja con quien casarse y tener hijos. Pensaba, como la mayoría de la gente, que de esa manera reproducía lo bueno y lo malo de la familia patriarcal predominante en la zona. Estamos hablando de los primeros años del Siglo XX.

Julián se había enamorado de la hija de la señora Feliciano Ulloa López. Ella vivía con su madre en Cruzpata. Nos referimos a la joven Rosaura Bogarin Ulloa. Para entonces, la dama tenía una niña llamada Dorila. En una oportunidad el enamorado, futuro pretendiente, confió su secreto amoroso a su amigo, algo mayor que él, Francisco Aburto. Tiempo después, en sociedad, idearon una táctica y una estrategia para que Julián se acerque a la señora Feliciano y, de esa manera, a Rosaura.

Un fin de semana, un domingo, se encontraron en el pueblo los 2 amigos y más otros conocidos. Comenzaron a libar alcohol, hablar de amores; en esas circunstancias es cuando vino la intención de ir a la casa de Cruzpata. La idea era llegar cuando el día terminaba. Don Pancho le diría a la señora Feliciana que es muy tarde para que Julián se vaya a Schuyaco. Además, que él está algo mareadito. En estas condiciones sería peligroso que vaya a su casa.

Como se verá posteriormente, el plan salió a pedido de boca. Los 2 amigos, algo mareados, se dirigieron a la casa de Cruzpata. La señora Feliciana los atendió y los hizo pasar. Don Pancho, después de conversar algunos temas sin importancia, repitió lo planeado y terminó preguntando:

“¿Le puedo encargar hasta mañana a mi Julián, señora Feliciana?”

La respuesta de la mujer fue:

“¡Claro que puede quedarse! ¡Yo le arreglaré la cama para Julián!”

Don Pancho agradeció a doña Feliciana y se retiró contento a sabiendas que su proyecto había dado resultado, por los menos en la primera etapa. Lo demás es tarea de Julián. Él ya no podía hacer nada más.

Julián durmió bien esa noche. Al otro día lo invitaron a tomar desayuno. Antes de terminar, él preguntó a la señora Feliciana:

“Necesita que la ayude en algo? ¿Hay algo que hacer?”

La señora respondió con estos términos:

“¡Aquí tienes una hacha, haz leña de ese palo de eucalipto que está ahí. Además, si te alcanza el tiempo, puedes llevar 2 sacos de trigo al molino. Los burros están en el concejo!”

“¡Yo haré todo eso señora, no se preocupe!”

Contestó el solícito Julián.

En 3 horas terminó de hacer leña del árbol caído. Después de almorzar, sin mucha prisa, cargó los 2 sacos de trigo sobre los burros y los llevó al molino de la Palca. Al segundo día regresó, ya en la noche, a propósito, con los 2 sacos de harina. Al llegar, fue bien recibido por la señora y pudo hablar algunas palabras con Rosaura. Descargó los sacos del lomo de los burros. Los guardó en el lugar indicado. Fue invitado a merendar junto a ella. Posteriormente, después de comer, la señora le indicó la cama donde había dormido la primera noche, diciendo:

“¡Acuéstate Julián, que mañana hay muchas cosas más que hacer!”

Con esta acción y palabras, Julián comprendió que él había sido aceptado por la familia. La voz de Rosaura no se escuchó. No se sabe si ella tenía algún sentimiento hacia el futuro padre de sus hijos o no. Eran tiempos feudales, regidos por las reglas de la familia patriarcal, que tenía en la religión católica su ideología, que justificaba todo. La familia, en este caso la madre, decidía la pareja de sus hijos.

El encargado Julián, por su amigo Pacho Aburto, nunca más salió de Cruzpata. Fue un encargado para siempre. Él terminó afincándose como patriarca de la casa. Cuando los hijos, los nietos, de don Julián y doña Rosaura, se encontraban con don Pancho, éste, invariablemente, preguntaba:

“¿Y cómo está mi encarguito?”

Los que sabían la historia contestaban:

“¡Está bien!”

Los que no sabían, se intrigaban al no encontrar sentido a la pregunta. Iban a Cruzpata y contaban que don Pancho Aburto les ha preguntado por

el tal encarguito. Entonces don Julián tenía que contar, de nuevo, la famosa anécdota del encargo.

Al correr del tiempo, la señora Rosaura, soportando muchas acciones desagradable de parte de Julián, como los celos por ejemplo, se mantuvo junto a él, con las vivencias buenas o malas auestas; y además, con las hijas e hijos que tuvieron.

En los años 60 y 70, ella tuvo la oportunidad de viajar 2 veces a Trujillo y a Lima. Fue a visitar a sus hijos y conocer a algunos de sus nietos. Hablaba que Lima era otro mundo. Que había mucha gente. Miles de autos, etc., etc.

Los últimos 5 años de su vida vivió postrada en una cama. No tuvo ninguna enfermedad, tampoco dolor. Solamente le faltaba la energía para caminar o hacer sus actividades fundamentales. En esos años, ella decía:

“¡Deseo ya morir!”

La muerte, para ella, era algo así como la salvación de su existencia. La vida se había convertido en una auténtica desgracia y lo lamentable era que parecía ser eterna. Desde 10 años atrás tenía, al costado de su cama, su caja en la cual debería ser enterrada. En el año 1985 se cumplió su deseo y murió de vejez cerca de un siglo después de haber nacido. 3 años después murió, en Cruzpata, el encargado Julián, también, de viejo.

EL TÍO JULIO

En la sociedad tayabambina, en los años aquí mencionados, fue común tener una parentela bastante extendida. Directamente unos e indirectamente otros, tenían un tronco, cercano o lejano, común. Si esa

relación no existe, en muchos casos, se inventaba el parentesco. De ello se deriva el consabido trato familiar de tío o tía, primo o prima, común en la región.

Entre los muchos tíos que existieron, en la familia Aquino-Bogarin, fue el tío Julio Domínguez, que vivía en el paraje llamado Las tunas, quien se hizo famoso por una anécdota. Ésta fue muy simple y siempre repetida por los nietos de los arriba nombrados. Particularmente en la hora del almuerzo o de la merienda.

Los mayores enseñaban insistentemente a los niños que cuando se come, especialmente sopa, se tiene que consumir primero el líquido y cuando se haya terminado éste, recién se come la carne (la presa). Siempre se utilizó una metáfora para graficar esta recomendación. Ella rezaba:

“Primero se seca la laguna y después se pesca al pato.”

Normalmente, los niños no hacían caso a este mandato. Ellos no conocían el *Manual de urbanidad y buenas maneras* de Manuel Carreño. Lo primero que comían, inclusive salpicando la sopa sobre la mesa, era la carne. La excepción fue Emergildo. Él fue el hijo último de la familia Aquino-Bogarin. La verdad es que no lo hacía por ser obediente o educado, como se podría pensar. Esperaba que todos terminen y él comía su carne, de a poquitos, para hacer querer a los demás niños, que ya habían comido, pero deseaban seguir comiendo más carne. Siempre repitió Emergildo esa acción ante la mirada, el deseo, de los demás niños.

En una oportunidad, cuando todos habían comido su carne, con excepción naturalmente de Emergildo, llegó el tío Julio. La mamá Rosaura vio que en la olla había aún sopa; pero ya no había carne. La costumbre era dar comida completa a la visita. Ello implicaba servir un

plato de sopa con carne. Lamentablemente, en esta ocasión, ya no había carne. Sólo Emergildo tenía su porción intacta en su plato. La mamita Roscha tomó la carne del niño y la colocó en el plato del tío Julio. Así salvó la situación de emergencia, gracias al accionar lento, sacrificándolo, del último hijo de los Aquino-Bogarin.

Para Emergildo, para los hijos, los nietos de la familia, esta experiencia fue un enseñanza que duró décadas. Cuando les servían su plato de sopa, lo primero que comían era la carne. Cuando los mayores les reclamaban, todos protestaban en coro y, hasta en altavoz:

“¡No vaya a llegar el tío Julio!” “¡No vaya a llegar el tío Julio!”

Con este argumento callaban la boca a los mayores que comprendían, perfectamente, lo que sentían y pensaban los menores, consecuencia de la experiencia con el tío Julio y Emergildo.

Finalmente, la enseñanza metafórica que impartían los mayores de que:

“¡Primero se seca la laguna y después se pesca al pato!” fue transformada en su contrario por la sapiencia de los niños, que decían:

“¡Primero se caza el pato y después se seca la laguna!”

Los niños, en son de burla, repetían que si no se caza el pato éste podría volar al plato del tío Julio.

EL FAMILIAR IDEALIZADO

Ocurre en todas las partes del mundo, en muchos momentos del proceso del desarrollo social-cultural que, con frecuencia, los seres humanos tienen la tendencia a querer a los ausentes y de amar a los

muertos. Más aún si esos ausentes fueron jóvenes, no dejaron descendencia, y murieron trágicamente. Los hechos mencionados han sido siempre los elementos que brotan del subsuelo, de la configuración de los mitos, de la estructuración de las leyendas. En una palabra, los motivos para la idealización de los individuos.

La familia Aquino-Bogarin no escapó a esta casualidad para unos o fatalidad para otros. Ella tiene que ver con la vida y la muerte de uno de sus hijos más queridos. Él, por esas raras coincidencias de la vida, tuvo nombre de un Santo. Se llamó Raimundo de Peñafort.

Este joven, después de haber visitado, vivido, un tiempo en Lima, volvió a Tayabamba. En esta ciudad comprendió, luego de algún tiempo, que su vida no tenía sentido. Estaba cansado del ambiente, de la gente, de todos, incluido su padre. Daba la impresión que no podía más respirar. En la Costa, no le había ido bien, es por ello que no pensaba regresar. Lo más cercano, en esas circunstancias, fue ir a trabajar a las minas. Concretamente, en la mina La Pacha. Allí tenía a sus 2 hermanas, casadas con hombres que trabajaban en la empresa minera. Flora con don Rosendo y Agustina con don Zuiberto.

Después de algunos años de trabajo en el centro minero, trabajando como minero de socavón, Raimundo sufrió un accidente y murió repentinamente, tapado por un bloque de mineral, al interior de la mina.

Este hecho causó un dolor muy grande, un pesar profundo, en la familia Aquino-Bogarin. Nunca se resignaron aceptar que Roimundo haya expirado. Los lamentos, las lágrimas, la impotencia, fue el común denominador que los embargó por muchos años de su vida. A partir de

entonces se comenzó a trabajar, inconscientemente, el mito del hijo, del hermano, del tío, ausente y trágicamente desaparecido.

Raimundo tenía todas las condiciones para cumplir con ese rol de ser mitificado. Era joven, aún no tenía 30 años de edad. No dejó pareja y tampoco descendencia. Como individualidad, terminó ahí. Él era el más estudioso de la familia. Lo que más valoraba fue un libro, de 600 páginas, titulado *Tesoro*. En él se encontraba la información básica que los escolares requerían para su aprendizaje.

Siempre se le recordó, no sólo al interior de la familia, sino también en la gente de su edad en Tayabamba, por su hermosa caligrafía. Fue el escribano de los jóvenes enamorados. Raimundo escribía las cartas de amor a las Dulcineas de sus amigos. El problema fue que, algunas de las chicas, terminaban enamorándose de la bonita letra antes que del pretendiente o del escribano. Él fue el único en la familia que tenía, tocaba, instrumentos musicales de cuerda. Al morir dejó una guitarra y una mandolina. Instrumentos que heredó el “viejo” Julián.

Los padres, algunas de las hermanas, los sobrinos, cuando hablaban de él, se lamentaban por su muerte y no cesaban de admirar al hijo, al hermano, al tío, fenecido. Naturalmente exagerando sus virtudes. Él era un símbolo de la familia. Imagen que fue sinónimo de orgullo, de referente a imitar y, naturalmente, de tristeza por su repentina muerte. Él fue una combinación dulce y amarga, como todo en la vida humana.

Raimundo de Peñafort vivió 3 generaciones siendo querido, como todos los ausentes, sobre todo mitificado como algunos de los muertos, por sus padres, sus hermanos y sus sobrinos.

EL PRIMER NIETO VARÓN

En el año 1937 nació el primer nieto de la familia Aquino-Bogarin. Le pusieron como nombre, el apellido de un científico, Edison. Él fue hijo de la señora Dorila Campana Bogarin y de don Eli Espinoza Rivera. Como todo primogénito, de una larga y frondosa estirpe, fue bienvenido y el engréido de todos, en particular, de las tías, hermanas de su madre, que para entonces aún eran solteras.

A su condición de ser el primer nieto, hay que agregar que fue varón. Eso era algo especial. En sociedades como la tayabambina y peruana en general, machistas, patriarcales, sexistas, él fue por doble razón bienvenido. El apellido de la familia continuará. El hijo varón lo garantizaba. La religión abrahámica les daba la razón. Adán fue antes que Eva y jefe del clan.

Recordemos que los hijos, en este caso nieto, primogénitos-varones tienen algunas responsabilidades, psico-sociales, que los después nacidos no soportan sobre sus hombros. Éstos son esperados, queridos; pero a la vez tienen la obligación de ser un ejemplo, naturalmente positivo, para los demás hermanos-primos que le suceden. En general se les exige, se espera, muchas veces, en exceso de ellos. De igual manera, tienen la responsabilidad de tomar las riendas del hogar cuando el padre está ausente o muere. Ellos son los albaceas de sus progenitores.

Un par de años después, nació su hermano Américo. Él ya no era solo. Los primeros años de su vida transcurrió entre los asientos mineros de Pataz, Parcoy y la ciudad de Tayabamba. Los conflictos de los padres, los enfrentamientos entre la familia del padre con la de la madre, fue un hecho

que marcó profundamente la vida del primer nieto varón. Él estuvo siempre en el centro, como botín de guerra, entre una familia y la otra.

Los descritos son problemas que las familias, especialmente en esos tiempos y lugar, nunca ventilaban racionalmente. No había capacidad de conversar, alturadamente, sobre los mismos. Los especialistas modernos, en el tema, dirían que no lograron psicoanalizarse. Como consecuencia, los males, problemas, traumas, quedan empozados en el alma de los afectados. Y, naturalmente, con el agravante de que los problemas se repiten en los descendientes. Los eslabones de traumas se van uniendo, frecuentemente, heredándose de padres a hijos y de hijos a nietos, etc. La mejor manera de cortar la cadena es abordar honestamente, racionalmente, el problema. En el caso del mencionado, en su familia, nunca se hizo eso de manera sistemática.

Posiblemente agobiado por estos enfrentamientos familiares, cuando el padre yacía en su lecho de muerte, a los 14 años de edad, salió de Tayabamba rumbo a Lima, bajo la protección de su tío paterno, Abel Espinoza Rivera.

La familia Aquino-Bogarin hablaba siempre de Edison como una víctima de los celos, maltratos, del padre. Poco se decía de la actitud de la madre. En una pareja, los problemas son de los 2. ¿Quién más? ¿Quién menos? Es un tema a dilucidar. Según esta versión, los culpables de los problemas del matrimonio, del sufrimiento de Edison, fue la familia Espinoza-Rivera. Esta fue una típica muestra de cómo las familias se enfrentaban, muchas veces, por malos entendidos, chismes, hechos insignificantes, que no son capaces de dialogar sobre los mismos en paz y calma. Es posible que la versión de la otra familia fuera a la inversa de la

aquí difundida. “Cada quien cuenta el cuento a su manera”, dice la letra de un viejo bolero.

Edison fue el primer nieto, el primer sobrino, el primer primo, de la familia Aquino-Bogarin en salir de Tayabamba y, nada menos, que a la Capital del Perú, a Lima. Se sabe que vivió en el distrito de Lince, en una primera etapa, en la vivienda de la hermana de su padre, la señora Eva Espinoza. Después fue empleado, en una casa de familia limeña, en el distrito de Jesús María. Aquí trabajaba en una lavandería durante el día y asistiendo a la escuela por la noche. De esa forma terminó la educación primaria.

El primer nieto de la familia Aquino-Bogarin vivió en la Capital del Perú por un lapso de 5 años. Luego, a fines de 1956, regresó a Tayabamba, a la casa de sus padres, en el Alto de Añunca. Para entonces, hacía algunos años que su padre Eli había fallecido. Él murió, como la mayoría de mineros de socavón, con el mal de la mina. Es decir con silicosis.

Edison, en Tayabamba-Cruzpata, se convirtió en el ídolo de todos los primos que para entonces ya habían crecido. Regresaba de Lima. Hablaba de la Costa, del mar, de los autos, de la gente; de las películas mexicanas de moda. Había aprendido a cantar algunas rancheras. A través de él se supo que existen las actrices Sara García, María Félix, Marga López. Los actores, cantantes, Jorge Negrete, Pedro Infante. El cómico Mario Moreno, Cantinflas.

Además, con él llegó el fútbol. Posiblemente no a Tayabamba, pero sí a la familia Aquino-Bogarin. Los clubes Alianza Lima, Universitario de Deportes, Sport Boys, Atlético Chalaco, Centro Iqueño, Ciclista Lima, etc., se volvieron familiares para los primos cruzpatinos. Toda esta información

se complementaba con la irrupción de los aparatos de radio transistores a la ciudad de Tayabamba.

Edison era seguidor acérrimo del club Alianza Lima. La razón es que él vivió cerca del distrito de la Victoria donde tenía su sede este club. Además, en los años que él permaneció en Lima, el mejor equipo del campeonato de selección y competencias (Clubes de Lima y Callao) fue Alianza Lima. Los nombres de Lolo, Valeriano, Barbadillo, Mosquera, Delgado, Ormeño, Lobatón, Heredia, Gómez Sánchez, Asca, Soria, etc., se hicieron conocidos en la familia. Edison convirtió a todos los primos en aliancistas, hecho que se sigue repitiendo hasta la actualidad, con algunas honrosas excepciones.

Lo que se puede afirmar, sin lugar a equivocación, es que Edison fue el sobrino-primo-tío, según el caso, más culto de su generación y de la familia Aquino-Bogarin. Sólo había cursado estudios primarios y no obstante su conocimiento de historia, geografía, amén de fútbol, y cultura general, estaba por encima de los primos, familiares, que habían estudiado, incluso, universidad. Fue un lector incansable. Un verdadero autodidacta. Esta última virtud la compartió, en parte, con su hermano Américo. Otro devoto de los libros.

El año 1958 se presentó, como voluntario, para servir por 2 años en el Ejército peruano. La familia Aquino-Bogarin se opuso a tal hecho. Ellos tenían un mal concepto de las fuerzas militares. Se decía que a los que van les dan de comer pólvora. Es por ello que son medio locos. La familia recordó la historia del loco Adolfo. Él era el hermano de papá Julián, que fue al ejército y volvió mal de la cabeza debido a los castigos sufridos al interior de esta institución. Edison estuvo en el cuartel general de Piura-

Talara. El año 60 regresó, desde entonces, su tema de conversación, fue su experiencia en el Ejército.

La vida de Edison está llena de anécdotas y vivencias. Unas tristes, otras jocosas, unas terceras alegres. Su nombre aparece siempre en el quehacer de la familia mencionada y más concretamente en recuerdos que se repiten en otro capítulo de esta crónica. Fue, en muchos aspectos, un soñador. Algunas veces sus planes, algo extravagantes, se quedaron sólo en grandes planes. Entre la realidad y la fantasía había un vacío muy grande. Esta disparidad lo conducía, muchas veces, a la tristeza o a la depresión.

Edison se comprometió, emocionalmente, con la señora Irene Lozano Roldán. Con ella tuvo sus hijos: Alex, Eli, Américo, Azarias, Edison, Euler y Glenda. Después de vivir algunos años en Tayabamaba se trasladaron a la Selva. Vivieron en Nueva Bambamarca, donde él trabajó para la empresa Endepalma. Allí se quedó cuando su mujer, la mayoría de sus hijos, se trasladaron a Lima. Ellos lo hicieron en función de los estudios universitarios que algunos de los descendientes lograron culminar.

Edison murió el año 2020, consecuencia del virus llamado COVID-19, en el tránsito de Tocache a Lima. Recordemos que con él feneció el primer nieto varón, sobrino, primo, tío, de la familia Aquino-Bogarin.

EL GATIPADOR

Hasta los años 60 del siglo pasado, a los que supuestamente adivinaban parte de la vida y futuro de las personas, mascando coca, se les llamaban seguidores o gatipadores. La gente creía en esta especie de pitonisos andinos, que normalmente eran varones. Se creía que tenían

ciertos poderes que lindaba con lo sobrenatural. Las curanderas, las parteras, las hechiceras, hasta las “brujas”, frecuentemente, eran mujeres. Las hierbas y los brevages eran los elementos predilectos de estas mujeres.

Producto del ambiente histórico-social, las brujas fueron mal vistas, tenían mala reputación, particularmente en la población femenina. Se decía que tenían relaciones sexuales con el diablo. Por su parte, el gatipador, no. Era todo lo contrario. Nadie se atrevió a decir que él era el macho de la virgen o algo por el estilo.

Un gatipador, mascador de coca, más famoso de Tayabamba y sus alrededores, fue un campesino pobre, algo vivaracho, que moraba en las alturas de la ciudad capital. El paraje se llamaba Cayhua. Su nombre aparecía en los Libros Sagrados como el que bautizó, nada menos, que a ese individuo llamado Jesús y apellidado Cristo. Bautista. Nadie sabe cómo se apellidaba, menos la edad tenía, tampoco de dónde venía. Para el común de la gente, simplemente era el Baute. Él gatipaba sólo en la noche. Siempre con la presencia de los o las interesadas. Al tal Baute, para que realice la ceremonia, se le tenía que dar una onza de coca, un cuarto de alcohol, una cajetilla de cigarros Inca y un sol, de pago por el trabajo a realizar.

Los concurrentes a Baute explicaban, al seguidor, con lujo y detalles sus preocupaciones. Normalmente el gatipador preguntaba más de lo que las personas deseaban comunicar. Los que requerían los servicios del seguidor era para informarse sobre temas relacionados con el amor. Otros, sobre problemas de brujería. Unos terceros, por discordias con los padres o con los hijos. Unos cuartos, sobre el problema de sus animales perdidos. Unos quintos, deseaban saber cómo les iba a ir en los viajes, etc.

Baute, conocedor de lo importante que él era en esas circunstancias, se tomaba su tiempo y gatipaba con parsimoniosa calma. Mascaba la coca con movimientos especiales de los labios, llevaba la cal lentamente a su boca. La cal la sacaba a través de un hueco que tenía un pequeño porongo, con un caleador. Éste era un alambre que al ser mojado con la saliva, al introducirse en el porongo, la cal en polvo se pegaba y así llegaba a la boca del seguidor sin caer al piso. Mascando, mascando la coca, tomaba cada cierto tiempo un trago de alcohol. De igual manera fumaba algunos cigarrillos. La ceremonia de gatipar duraba alrededor de 1 hora.

Los asistentes, preocupados, angustiados, preguntan de vez en cuando:

“Baute, ¿qué dice tu coca?”

Claro. Todos deseaban escuchar algo positivo de los labios del gatipador. Él, muy parsimonioso, esperaba terminar la onza de coca, consumir el cuarto de alcohol y fumar algunos cigarrillos más. El seguidor se demoraba en dar respuestas a la pregunta formulada.

En realidad, el mérito del Baute es que era un buen observador de los gestos de la gente, sabía escuchar a sus clientes y amén de hablador. Peroraba de tópicos generales con algo de misterio. Alguien diría que era un engatusador, en otras palabras, un charlatán vendedor de cebo de culebra. Para un conocedor de filosofía, podría haber sido un principiante de sofista.

¿Dónde aprendió Baute todo ello?

Él no había asistido a la escuela. Era un hombre analfabeto. Lo más seguro es que aprendió en la Universidad de la Vida. En la práctica, de muchos años, de escuchar parecidos problemas. Él, en sus respuestas,

repetía medias verdades o, si se prefiere, medias mentiras. Baute sabía que al común de la gente les gustaba escuchar esas meta-frases a pesar de que no sabían su significado. Todo lo mencionado le dio la fama de ser un buen seguidor o un confiable gatipador. Su herramienta de triunfo: la coca. Y, por sobre todo, el verbo fácil. Hoy se diría que Baute tenía buen floro que, con frecuencia, confundía a la gente.

En otro nivel, Baute había logrado comprender, empíricamente, ciertos niveles de lógica en el movimiento de los hechos reales. Esto se complementaba con lo que había acumulado, en la memoria, lo que la gente le había informado en sus innumerables sesiones de gatipeo. Baute preguntaba bastante a sus clientes. Algunas veces hasta en exceso. A través de esta información acumulada, buscaba respuestas adecuadas a las preguntas planteadas.

Finalmente, como conocía parte de la psicología de los asistentes que lograba después de hacer varias preguntas, recurría a un juego de palabras o a una especie de trabalenguas. También, echando mano de frases altisonantes pre-hechas, de esa manera dejaba contenta a la gente que le solicitaba sus consejos, en unos casos, o con sus predicciones, en otros casos.

La verdad es que Baute tenía fama de ser un buen gatipador. La gente confiaba en él. Fama, confianza, buen verbo, fue una gran ventaja para él en comparación con otros, de su especie, en la zona. Con Baute se cumple ese viejo dicho que reza: “Cría fama y échate a la cama.”

Como muestra de los malabarismos o la lógica que manejaba con el idioma, Baute, recordemos una anécdota. Ésta era repetidamente contada por la señora Dorila Campa Ulloa a 3 generaciones de cruzpatinos.

Decía que ella vivía en su casa, que era amplia y tenía muchas habitaciones, ubicada en el Alto de Añunca. Unas de sus mejores amigas fue la señora Magdalena Barrios. Doña Magdalena era una mujer humilde económicamente. Sus 2 hijos mayores, Alejandro y Libia, vivían, desde hacia unos años, en Lima. En el mes de diciembre llegó una carta de sus hijos a la señora Magdalena. En la misiva le anunciaban su visita a Tayabamba para la fiesta en homenaje a Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo, que se celebra en los últimos días del mes de abril.

La señora Magdalena comenzó los preparativos para recibir de la mejor manera a sus hijos, comenzando por la comida y continuando con la vivienda. La casa donde ella vivía era muy pequeña y algo maltrecha para recibir a los visitantes. Doña Magdalena deseaba brindarles, dentro de sus posibilidades, lo mejor a los suyos. Habló con la señora Dorila para que le brinde una habitación donde puedan pernoctar sus hijos los 15 días que duraría la visita. Doña Dorila aceptó de buen gusto. Serán bienvenidos, Alejandro y Libia, en la casa del Ato de Añunca.

Después de 3 meses de haber recibido la carta, que anunciaba la visita, doña Magdalena no tuvo ninguna noticia más de sus hijos. Su preocupación fue saber si venían o no venían. Cabía la posibilidad de que hubiesen alterado los planes y no visitaran Tayabamba. La señora Magdalena, en esos días, vivía con preocupación e incertidumbre. Para saber si los hijos vienen o no vienen, recurrieron, las 2 amigas, a los servicios del gatipador Baute.

Le preguntaron cuándo tiene tiempo. Él las citó, en su casa de Cayhua, para el día martes, a las 9 de la noche. Ellas llevaron el alcohol, la coca, los

cigarros y el sol respectivo. La razón de la visita de las 2 mujeres se resumía en la siguiente frase:

“¿Los hijos vienen o no vienen a la fiesta de abril?”

Después de hacer algunas preguntas, muy calmado, el gatipador comenzó la ceremonia, alumbrado por un candil de querosene. Ellas, atentas a los gestos bocales de Baute, esperaban impacientemente que hable. Cuando el hombre hacía una pausa, ellas preguntaban.

“Baute, ¿qué te dice tu coca?”

El gatipador hacía como que no escuchaba la pregunta. Parecía concentrado 100% en su tarea, más allá del tiempo y del espacio. Daba la impresión de que las ignoraba por completo. Claro. Él era, en ese momento, el punto central de la reunión. Baute seguía masticando la coca, iba formando el bolo con la ayuda de la cal que traía con el caleador del porongo. Tomando tragos de alcohol, fumando su cigarrillo, continuaba la sesión.

Después de casi una hora de haber comenzado la ceremonia, Baute abre la boca y saca de dentro de los dientes un pequeño residuo de la hoja de coca, con un tono seguro, tajante, con hálito de misterio y mirando al palito muy cerca del candil, dice:

“¡Mire señora! Si sus hijos vienen y no les pasa nada en el camino, seguro que llegarán. ¡No se preocupe!”

Al escuchar esas palabras, las 2 mujeres se levantaron de sus asientos, y sin pensar se despidieron de Baute, dándole las gracias, regresaron a la ciudad. No conversaron sobre lo dicho porque era muy tarde, además llovía. No olvidemos que era el mes de marzo. Después de todo, las amigas estaban alegres. Ellas creyeron haber escuchado que los hijos

vienen a Tayabamba. Luego de caminar un buen trecho juntas, ya en la ciudad, se despidieron y acordaron reunirse al siguiente día. Después, estando en la cama, las mujeres pensaron por separado, una y otra vez, en las palabras del seguidor.

¿Qué les había dicho? La frase de Baute volvió, una y otra vez, a sonar en sus oídos.

“¡Mire señora! Si sus hijos vienen y no les pasa nada en el camino, seguro que llegarán. ¡No se preocupe!”

En esas circunstancias, se dan cuenta que el gatipador Baute no les ha dicho nada de lo que ellas deseaban escuchar. Para ellas fue un juego de palabras. En el momento no comprendieron, con certeza, esas frases. Creyeron haber escuchado que él les había dicho que los hijos llegarán de todos modos. Las mujeres sólo habían puesto atención a las 2 últimas frases:

“Seguro que llegarán. No se preocupe”.

Es por ello que cuando se volvieron a encontrar, la señora Magdalena, preguntó:

“Doña Dorila, ¿qué nos ha dicho este burro?”

Ella respondió:

“¡El burro no ha dicho, nada!”

Visto desde una perspectiva racional, Baute fue claro, 100% lógico. Repitamos lo que afirmó. “¡Mire señora! Si sus hijos vienen y no les pasa nada en el camino, seguro que llegarán. ¡No se preocupe!” En la primera y segunda frase habla en condicional. Por lo tanto, si esas condiciones se cumplen, lo condicional, se transforma en real. Las 2 últimas frases son afirmaciones reales; pero que dependen de las 2 primeras condicionales.

Claro, ellas esperaban otra respuesta, menos lógica, más simple. El problema estuvo en el entendimiento de las señoras. No en la argumentación del seguidor. Esta forma de hablar era típica de Baute. La respuesta dada a las señoras visitantes, sobre la visita o no de los hijos, se repetía frecuentemente en la familia cruzpatina. Unos entendían lo dicho y otros, hasta hoy, posiblemente no.

Hay que poner atención a lo que dicen los charlatanes. Algunas veces dicen la verdad. Que no se desea escuchar, es otro problema. En este caso, escapaba a las predicciones de Baute.

EL NIETO MAYOR DE MAMITA ROSHA

Desde que las hijas se casaron y formaron familia, finales de los años 40, en la casa de Cruzpata siempre hubo algunas personas que temporalmente ayudaban a don Julián y a doña Rosaura en los mandados de la casa. Los nombres de Caledonia, Salomón, Gabino, Sebastián, Sabino, fueron los más recordados. El último de ellos fue el más célebre para la ocasión.

A comienzos de los años 70, llegó a Cruzpata el tal personaje. Para entonces tendría unos 35 años de edad. No se sabía su procedencia. Tampoco su apellido. Sólo le llamaban Sabino. El único antecedente de esta persona es que vivió en un paraje llamado Cayhua y frecuentemente ayudaba, como peón, en los trabajos de campo en Colpabamba. También que había estado vinculado, sentimentalmente, con una señora que vivía en el paraje arriba mencionado, llamada Dona. Ella tenía la fama de ser

curandera para unos, hechicera para otros y, finalmente, “bruja” para unos terceros.

Sabino comenzó haciendo los mandados caseros a los 2 ancianos en Cruzpata. Ellos le dieron una habitación y allí organizó su cama. Al pasar el tiempo, Sabino iba adquiriendo más poder en los dominios de los Aquino-Bogarin. Él decidía el destino de la leña, de los pastos, de los 2 caballos que aún quedaban y mucho más. A los únicos a quienes respetaba sus órdenes fue a don Julián y doña Rosaura.

Por un tiempo llegó a controlar todo lo que los ancianos tenían. Las personas particulares aceptaban lo que Sabino decidía. El problema era con los hijos y, especialmente, con los nietos. Cuando alguno de éstos iba a Cruzpata a recoger leña, pasto, tomar los caballos para alguna tarea, él reclamaba diciendo:

“¡No, mamita Roscha no quiere!”

O en su defecto:

“¡No, papá Julián no quiere!”

Normalmente, los pretendientes paraban su actividad hasta preguntar a los abuelos y luego ver si ellos autorizan para continuar con tal o cual actividad.

Realmente no se sabía si lo que decía Sabino era mandato de doña Rosaura, de don Julián, o de lo contrario era su iniciativa personal en la medida que él se sentía parte de la familia y con derecho a decir sí o no a tal o cual acción.

Uno de los más afectados por la autoridad y control de Sabino fue el primer nieto varón de la familia. Edison Espinoza Campana. Cuando él regresaba de algún lugar a Tayabamba, siempre visitaba Cruzpata. Llevaba

sus vacas, su caballo, recogía leña o pasto, sin preguntar a nadie. Todo lo que hacía era aceptado por los abuelos. Edison fue el engreído de don Julián y de doña Rosaura.

Sólo en contadas oportunidades, los abuelos renegaban de Edison. Ocurría en las mingas, 4 veces al año, que los Aquino-Bogarin organizaban para realizar los trabajos agrícolas. Él se ofrecía para ser chichero. Es decir, servir chicha a los trabajadores, un jarro cada 2 horas. Lo que había sido pensado como refresco se convertía en bebida alcohólica. La razón fue que Edison, sin que nadie lo observe, agregaba tabaco a la chicha. Con este ingrediente, el poder alcohólico aumentaba. El nieto lo hacía con el fin de emborrachar a los trabajadores y después verlos pelear. Él se divertía al observar que los borrachos se caían al piso sin haber dado, incluso, una trompada.

En ese estado, ya no podían trabajar y cuando lo hacían malograban los sembríos. No pocos se quedaban dormidos, borrachos, en las chacras. Ello amargaba a los viejos, que requintaban contra Edison. Al segundo día, todo era paz y calma. El primer nieto varón de los Aquino-Bogarin seguía siendo el engreído de los abuelos.

Al correr de los años, esta costumbre fue interrumpida, ni más ni menos, por la intromisión de Sabino en los asuntos familiares en Cruzpata. Edison dejó de hacer, con plena libertad, lo que hacía hasta algunos años atrás. El argumento de Sabino fue el mismo:

“¡No, don Edison, mamita Rosha no quiere!”

O en su defecto:

“¡No, don Edison, papá Julián no quiere!”

A partir de esa experiencia, Edison ya no llamaba a Sabino por su nombre, más bien lo nombró:

“El nieto mayor de mamita Rosha”

Posiblemente se sintió desplazado. Sabino se había transformado en el nieto mayor de la familia Aquino-Bogarin. Además, él era el preferido. Él podía disponer, hasta cierto nivel, de los bienes de los abuelos sin preocupación alguna.

Edison, dejando a “El nieto mayor de mamita Roscha” en Cruzpata, se fue a trabajar en la Selva, a Tocache-Endepalma. Después de un par de años, regresó y en su visita a Cruzpata encontró que el poder de Sabino, sobre los bienes de los abuelos, se había incrementado. Casi todo tenía que pasar por su consentimiento, siempre con el argumento:

“¡No, manita Rosha no quiere. No, papá Julián no quiere!”

Ante esta situación, Edison, en compañía de su primo Albino, ideó una estratagema para sacar a Sabino de Cruzpata. Ellos sabían que al susodicho le gustaba coquear, chacchar, mascar coca. Siempre pedía o de lo contrario, cuando tenía algo de dinero, compraba coca. Parece que esa costumbre le venía de sus tiempos cuando estuvo emparejado con la “bruja” de Cayhua, doña Dona.

Para entonces, Tocache tenía la fama de ser un centro donde había mucho trabajo en la siembra y el recojo de coca. Se decía que en Tocache se ganaba bastante dinero. Las personas pobres, de la zona, que habían ido a Tocache regresaban, después de 2 o 3 años, con dinero. Se vestían mejor. Reemplazaban los llanques por las botas de jefe. Llegaban cargando su radio grande, envuelto en su poncho, en la espalda. Compraban e invitaban cerveza a sus amigos. Algunos de ellos entraban al Club Sport a bailar. Allí

se encontraban con sus patrones, ahora de capa caída, de hacía 20 años atrás.

El Boom de la coca, en la Selva, jugó un rol capital en el tránsito de la sociedad cerrada, semifeudal, a una sociedad de capitalismo larvario Tercer Mundista en la región. Este acápite ya fue desarrollado en el Segundo capítulo de esta crónica.

Este cambio económico-social de los llamados tocachinos había visto Sabino con sus propios ojos. Sabedor de toda esta información, Edinson, secundado por Albino, comenzó a seducir a Sabino para que vaya a la Selva. Le habló que ganaría mucho dinero, que en parte era verdad. Que él podría coquear cuando y la cantidad que él desee, otra verdad. Que conocerá otras ciudades, personas, y que regresaría a Tayabamba con dinero, con ropa nueva, como los demás que regresaban de Tocache. Hablaron, una y otra vez, sobre el tema con Sabino. Le dijo que él será alojado en la vivienda de ellos. Y naturalmente que le conseguirán trabajo. Al final, Sabino aceptó. Él dijo:

“Sí, don Edison, voy con usted a Tocache!”

Luego preguntó:

“¿Y cuándo nos vamos?”

Edison respondió:

“¡En 2 semanas!”

Le dijeron que le comunicarían qué debería llevar, el día exacto y la hora en que deberían de salir de Tayabamba con dirección de Tocache. Un día antes se finiquitaría todo esto. En ese tiempo, mediados de los 70, aún no existía camino carretero de Tayabamba a Tocache. Tenían que hacerlo

caminando. El tiempo que necesitaban era un promedio de 5 o 6 días de caminata.

La real intención de Edison fue alejar de Cruzpata a “El nieto mayor de mamita Rosha”. Lo dejaría por alguna plantación de coca en la selva para que se quede por allí, para siempre, con el fin de que no regrese jamás a Cruzpata.

Edison y Albino se despidieron de Sabino y se fueron de regreso a la ciudad. En el camino, detrás de la casa de los abuelos, caminando rápidamente y riéndose, Edison dijo:

“Lo convencimos a este mocho de mierda. Lo llevaremos a la selva y lo dejaremos por allí, que se pierda o muera; pero que nunca más vuelva a Cruzpata.”

El acompañante respondió:

“Sí, sí, eso tenemos que hacer. No fue fácil convencerlo a este mocho de mierda.”

En la chacra detrás de la casa, junto al camino, de pura casualidad, se encontraba la mamita Rosha recogiendo leña. Ella escuchó la conversación de los nietos y de inmediato fue donde estaba Sabino. Le contó lo escuchado. Éste paró las orejas. Se puso alerta. Recién comprendió la insistencia, la intención, de Edison y Albino al quererlo llevar a Tocache.

No obstante, esta última información, Sabino comenzó a gatipar en coca. Él deseaba saber cómo le iría en la selva con don Edison. Tenía dudas. En su coca no le salía bandera, símbolo de éxito. Le salía callapa, una especie de espina residuo de la hoja de coca, que significa fracaso. Él entendía que no le iría bien. Insistió, una y otra vez, en su gatipada; pero el

resultado fue el mismo. Pensó que se puede enfermar, se puede perder, y no podría regresar a Tayabamba-Cruzpata.

La información de la mamita Roscha y la callapa, que le salía de su boca cuando mascaba la coca, le convencieron para que no vaya a Tocache. Llegó el día de la cita, Edison y Albino fueron a hablar con Sabino a Cruzpata respecto a los últimos preparativos para el viaje. Llegaron y le dijeron:

“Sabino, tienes que llevar muy poca ropa. Nada de fiambre. Eso llevamos nosotros. Lleva tú machete. Mañana te esperamos, al primer canto del gallo, 3 de la mañana, en el alto de Añunca. Nos vamos los 3 juntos.”

Sabino respondió resueltamente y sin titubeos:

“¡No, don Edison. Yo no voy. Me va ir mal en Tocache!”

Edison preguntó:

“¿Y por qué piensas eso?”

Sabino respondió:

“He gatipado, don Edison, y no me sale bandera. Me sale callapa. Eso significa que me va ir mal. ¡No voy!”

Edison insistió:

“Pero cómo crees en eso. Te va ir bien. Mira cómo regresan los que van a Tocache.”

Sabino, sin delatar la información de la mamita Roscha, resueltamente dijo:

“¡No, don Edison! Yo no voy. ¡Me quedo aquí!”

Al escuchar esta respuesta contundente de Sabino, los primos aceptaron y no insistieron más. Se retiraron conversando.

“Cómo es posible que este mocho de mierda se guíe por la coca. La coca de mierda nos malogró el plan.”

Edison y Albino se fueron a la selva. Muchos años después, murieron con el virus llamado COVID-19 en el lapso de 1 año, nunca más volvieron a Cruzpata. Por su parte, Sabino se quedó y murió en Cruzpata.

HISTORIA DE CRÍMENES

Algunos defectos que tiñeron la existencia del “viejo” Julián, como lo llamaban algunos de sus nietos, se combinaron con muchas virtudes. Esta eterna simbiosis de virtudes-defectos-virtudes nos permite generalizar y decir que la vida, los seres humanos, todo lo que existe, siempre es una mezcla de luces y sombras. El alma humana es un punto medio en eterna disputa entre varias fuerzas. En ella se dan cita, 2 fuerzas grandes, las emociones que brotan del corazón y la lógica que emana de la razón.

Una de las virtudes de don Julián fue que le gustaba contar historias y chistes que hoy serían catalogados de colorados o pornográficos. En especial le fascinaban los relatos de crímenes, de toda naturaleza, ocurridos en Tayabamba y sus alrededores. En unos casos, decía, que él había sido testigo ocular y en otros casos, que escuchó de segundos o terceros.

Las narraciones más recurrentes, contadas, fueron la muerte del hacendado de Bambitas, después Recreo, ex Diputado de la República, Ligorio Zegarra. Ella ocurrió a fines de los años del 20 del Siglo XX. De igual manera, la muerte del terrateniente, ermitaño, Abel Castañeda,

sucedido a comienzos de los años 50 del mismo siglo. Lo último ocurrió en el fundo de Chancu. Finalmente, este crimen sale de la provincia de Pataz, la muerte ocurrida en la hacienda La succha, de don Ricardo Pinillos, a manos de sus rivales políticos los Rebaza, que vivían en la ciudad de Huamachuco.

De estos 3 largos relatos, sólo haremos un resumen en la medida que extendernos más, en lujos y detalles, implicaría transgredir los límites planeados en esta crónica. Esta parte de la crónica finaliza con la narración de la abuela Rosaura sobre los montoneros y la hambruna en Tayabamba.

NO SIEMPRE EL PERRO EL MEJOR AMIGO

Huamachuco, hoy capital de la provincia de José Faustino Sánchez Carrión, como casi todas las ciudades del Perú de entonces, estaba controlada por familias que se reclamaban ser “Los principales” o gamonales. Este poder, no sólo comprendía pueblos y caseríos, sino que se extendía hasta medianas ciudades, como es el caso de la localidad que aquí relatamos.

Los hacendados, como se ha visto en el Capítulo I, fueron la base del gamonalismo o poder local, provincial y hasta regional. Sus enfrentamientos por el control del poder no tenían límites. El personaje Álvaro Amenávar y Roldán, descrito por Ciro Alegría en la novela aquí comentada, tenía sus émulos de carne y hueso en la familia Pinillos y en la

familia Rebaza, entre otros, en la ciudad de Huamachuco, capital de la provincia, para ese entonces, del mismo nombre.

Corrían los primeros años del Siglo XX. Las familias mencionadas, aparte de la lucha por el control del poder económico, se enfrentaban, de igual manera, por el control del poder político. Los Pinillos, a la cabeza don Ricardo, fueron dueños de la hacienda Chusgón. Ella agrupaba a otras haciendas menores como Pampatac, Santa Rosa, Huayllahual, Pallar, Moyán, Cochabamba, Macullida, Sitabal y la Succha. De igual manera, fueron propietarios de las haciendas Tayanga Uchubamba y Chugay. Sólo imaginarse la cantidad de tierras que comprendían esas haciendas nos evita perder tiempo en mayores comentarios.

Cabe una pregunta: ¿Y quién trabajaba, por generaciones enteras, esas tierras? La respuesta es obvia. ¡Los de siempre, los pongos, los muchachos, los sirvientes!

Por su parte, la familia Rebaza, si bien es cierto no disponían de la cantidad de tierras como los Pinillos, tenían más influencia en el poder político. Además, del peso de la historia, reclamaban ser descendientes del prócer de la independencia, don José Faustino Sánchez Carrión. Ellos tenían como patriarca a don Alfredo Rebaza Acosta, Subprefecto, casi vitalicio, de la provincia de Huamachuco.

La rivalidad venía de los años 1894-1895, cuando en el Perú, con rigor en algunas ciudades como Lima, se enfrentaron los seguidores del Presidente Andrés Avelino Cáceres, los caceristas, y los seguidores de don Nicolás de Piérola, los pierolistas. Los Pinillos fueron acérrimos seguidores del primero y los Rebaza del segundo.

Los enfrentamientos en la Capital del Perú sólo duró 1 año; pero los odios entre los seguidores, las familias, se prolongó hasta muchas décadas después, en las provincias particularmente. Hecho que demuestra que ser caceristas o ser pierolistas sólo fue un pretexto para controlar el poder. Prueba de lo último es que el crimen ocurrió muchos años después de la revuelta, para entonces, los antiguos rivales mayores ya se habían amistado en otras regiones del Perú.

Esta rivalidad motivó, según la historia contada por don Julián, que los Rebaza, con el Subprefecto provincial a la cabeza, planearan la muerte de don Ricardo Pinillos. Todo se organizó en la casa de la autoridad. Los hombres encargados de ejecutar la acción fueron comandados por un sobrino del Subprefecto. Sus acompañantes fueron 5 jóvenes que purgaban cárcel en la ciudad, fueron sacados exprofesamente para cumplir con esta acción. El sobrino de 20 años de edad vivía en la casa de don Alfredo Rebaza. Los 6, más un perro del sobrino que los siguió sin que ellos se percataran, se dirigieron de Huamachuco hacia la hacienda La succha, allí había vivido don Ricardo.

Llegaron en el día a la casa hacienda. El pretexto fue comprar granos o ganado. Preguntaron precios y calidad de los mismos. Allí se percataron que don Ricardo disponía, en esos días, sólo un muchacho para los pequeños mandados y más una cocinera. Ella estaba preparando, en ese momento, se deducía por el olor, alguna comida con carne. Además, se informaron que los nombrados dormían en un galpón ubicado a 300 metros del dormitorio de don Ricardo. Se percataron cómo funcionaban las 2 entradas. La principal, que era un portón que daba al patio de la casa

hacienda, tenía un cerrojo grande. Se podía cerrar por dentro y por fuera. Mientras que la puerta del dormitorio del hacendado sólo se juntaba. Algo muy importante, no tenía perros.

Con esta información básica, sin comprar nada, se despidieron y se retiraron de la casa hacienda. La recomendación, desde Huamachuco, fue no dejar huella de ninguna naturaleza. Y no deberían robar nada. Esto los podría delatar. El objetivo era matar a don Ricardo.

Por los alrededores de la casa hacienda, hicieron tiempo hasta que llegue la noche. El día se fue y a la par llegó la hora de la verdad. Empezaron el regreso. Al llegar, una persona fue alzada sobre la pared, de 3 metros, que rodeaba el patio. Estando ya en el otro lado, abrió el portón sin ningún problema. Penetraron y se dirigieron al dormitorio de don Ricardo. Entraron sin dificultad en la medida que la puerta no tenía tranca. Alumbrados con una lámpara de carburo, se dirigieron a la cama de don Ricardo y sin pronunciar palabra alguna le asestaron varias cuchilladas en el cuerpo, cuando él aún dormía. De esa forma terminaron con la vida del principal rival de los Rebaza en Humachuco.

Los asesinos salieron rápido del lugar del crimen, cruzaron el patio y cerraron bien el portón de entrada a la casa hacienda. Se encaminaron con dirección de la ciudad capital. Después de varias horas de caminata, llegaron a su destino, informaron al jefe la acción y luego fueron nuevamente enviados los 5 jóvenes a la cárcel. La acción salió perfecta. El crimen se había consumado. No habían dejado, aparentemente, ninguna huella que los pueda delatar.

Un día después corrió la noticia, en toda la zona, en estos términos:

“¡Han matado a don Ricardo Pinillos! ¡Han matado a don Ricardo Pinillos!”

La gran pregunta era:

“¿Quién o quiénes, y, por qué lo han matado?”

Esta interrogante encontró respuesta algunas horas más tarde.

Al segundo día llegó el grupo de gendarmes a La succha. Ellos estuvieron encabezados por un Capitán. Su misión fue levantar el cadáver e investigar quién, quiénes, fueron los autores del crimen. Cuando abrieron el portón del patio, de la casa hacienda, salió un perro que allí estaba encerrado. El animal comenzó a correr, el capitán ordenó a 2 de los gendarmes, que, montados a caballo, sigan al perro con mucho cuidado, que vean a dónde va y a cuál casa entra. Los subalternos siguieron al perro. Después de algunas horas ya estaban en la ciudad de Humachuco. El perro se dirigió a la casa del Subprefecto y entró. Así se descubrió quiénes habían organizado, asesinado, al hacendado Ricardo Pinillos.

Lo que había ocurrido era lo siguiente: El grupo de asesinos no se habían dado cuenta, o no dieron importancia, al perro que había seguido a su dueño, el sobrino del Subprefecto. Al llegar a la hacienda, por segunda vez, mientras los 6 hacían su acción contra don Ricardo, el perro había olfateado carne. Se metió en la cocina y encontró, en una olla, donde había la mitad de un jamón. Como tenía hambre, se dedicó a comer hasta saciarse. Cuando terminó, salió, su dueño ya no estaba. Intentó huir y no pudo porque el portón del patio, de la casa hacienda, estaba cerrada. Esperó junto a la puerta hasta que abran y cuando los gendarmes lo hicieron, más de 30 horas después, el perro salió corriendo en dirección de

la ciudad de Huamachuco; estando allí, se dirigió y entró a la casa de su amo, el sobrino de don Alfredo Rebaza.

Don Julián repetía, como es idea común: “¡No hay crimen perfecto!”

Y luego agregaba: “No siempre el perro es el mejor amigo del hombre, como normalmente se dice. En este caso, el enemigo-delator, sin querer, fue un perro.”

Estas familias se reconciliaron años después. Sus descendientes mayores, nacidos el año 1902 y 1906, respectivamente, terminaron juntos estudiando en la Universidad de Trujillo y militando en las filas del Partido Aprista Peruano. Francisco Pinillos Montoya y Alfredo Rebaza Acosta. El primero fue conocido por ser primo de Víctor Raúl Haya de la Torre y heredero de las haciendas antes mencionadas. Mientras que el segundo fue conocido como maestro, historiador y periodista.

LAS MARÍAS MANZANAS DE LA DISCORDIA

Un motivo aparente, en el caso de la muerte del hacendado Ligorio Zegarra, fue el tema de 2 mujeres llamadas como la mujer y la madre del Dios judeo-cristiano: María. Esta historia había comenzado en el distrito de Chilia. Un Capitán del Ejército, llamado Manuel Belisario Godoy Calle, había llegado de la Capital de la República con su esposa de nombre María La Torre. Limeña como él. Una mujer bonita, culta y moderna. De ella se enamoró el hacendado de Bambas llamado Jorge La Rosa Vidal. Este señor, cueste lo que cueste, deseaba poseer a esa dama. El pretendiente

ofreció cambiarle al Capitán, su esposa, con su hermana que se llamaba María La Rosa Vidal. Una mujer joven, de igual manera muy atractiva. De ella estaba enamorado un joven descendiente del gamonalismo tayabambino.

Lo narrado fue más o menos común en la conducta de este sector social en aquellos tiempos. El Capitán, no se sabe si con buena o con mala voluntad, aceptó la oferta. La voz de las mujeres no se escucha en ningún momento. Ellas fueron objetos de cambio directo. Acción que había sido naturalizado a ese mundo económico-socio-cultural de entonces.

El Capitán Manuel Godoy regresó a Tayabamba con su nueva pareja. Esta ciudad fue su centro de trabajo. Semanas después, los gamonales del pueblo, encabezados por el más prominente de ellos don Ligorio Zegarra, se encontraban libando licor en una casa en la ciudad. Uno de ellos fue el pretendiente de María La Rosa Vidal. Entre salud y salud, vino el tema de la chica, hoy pareja del Capitán Godoy. El pretendiente, dolido por los celos, despechado, deseaba vengarse del militar. En esas circunstancias, decide encarar al Capitán. El más decidido fue el ex Diputado. Claro, se sentía el dueño del pueblo.

El militar se enteró de lo que estaban hablando los bebedores. Además, que tenían intenciones de buscarlo. Para evitar conflicto o por miedo, se escondió en el segundo piso de la casa de la familia Corruitero, ubicada en uno de los costados de la plaza de la ciudad. No obstante, horas después, fue descubierto por la pandilla de gamonales. Sin más ni más, ahora frente a frente, comenzaron a escucharse las voces que increpaban al militar.

¿El tema? ¡Las mujeres! ¡Las Marías! Ellas eran la manzana de la discordia.

“Muchas veces los entuertos, por este mundo de Dios, se solucionaban con cuchillos, machetes y, entre gamonales, con pistolas o revólveres.”

Decía el “viejo” Julián.

En medio del calor de la discusión, el Capitán observó que Zegarra llevaba su mano al bolsillo, trasero de su pantalón, buscando su revólver. Antes que el ex Diputado saque el arma, el militar se adelantó. Tomó la suya y disparó 2 tiros en el corazón del hacendado. Éste murió en el acto. Aprovechando la confusión, Manuel Godoy huyó rápidamente del pueblo siguiendo el lecho del Río Blanco. Nunca más se supo nada de él en Tayabamba. Con la señora La Rosa, dejó un niño que se llamó, Guillermo, Godoy La Rosa.

Lo real del enfrentamiento, entre el hacendado y el Capitán, fue el tema del poder. Las mujeres fueron el pretexto. El hacendado se creía dueño y amo de la ciudad. Fue un señor de orca y cuchillo que hacía sentir su poder sobre pueblos y personas. Un conspicuo representante del gamonalismo de la región y con vinculaciones en Lima. Había sido, años antes, Diputado representando a la provincia de Pataz. Este personaje era similar a don Álvaro Amenávar y Roldán descrito en el I capítulo de esta crónica y mencionado en otra historia. El capitán Guillermo Godoy era el representante del Estado central. Dicho sea de paso, este ente era minúsculo en la ciudad, en esos tiempos. Ésta fue la razón de fondo de la disputa entre estos 2 personajes. Para barnizar sus conflictos, los gamonales utilizaban a las mujeres como monedas de cambio. No se podía

esperar más de una sociedad feudal patriarcal, clasista-racista, predominante en el Perú y por añadidura en la lejana, olvidada, Tayabamba de entonces.

El “viejo” Julián se perdía en lujos y detalles narrando los ribetes de este crimen. El color de la ropa que llevaba don Ligorio. Las palabras que supuestamente le dijo al militar. La respuesta, los gestos del Capitán Godoy antes de disparar. La reacción de la pandilla que acompañó al ex Diputado, etc., etc.

Lo particular y atractivo es que lo narrado, también las otras historias, por don Julián no cansaba. A pesar que las repetía infinidad de veces.

ARROBA DE BILLETES

De igual manera, don Julián narraba el crimen ocurrido en el fundo llamado Chancu. Ubicado al costado del Río Cajas. Cerca al anexo de Guanapampa. Los terrenos fueron de propiedad de la familia Castañeda. Uno de los hermanos se hizo cargo del fundo. Don Abel Castañeda. Ahí sembraban maíz, trigo, alfalfa y criaban todo tipo de animales propios de clima templado.

Por las características, calidad de la tierra, abundancia de agua, clima templado y dedicación completa del dueño, el fundo fue próspero. Los productos, granos y animales eran vendidos a gente de toda la zona. En base a esta prosperidad-ganancia, se tejió una leyenda en la mente de los pueblerinos. Se decía que don Abel había logrado acumular bastante

dinero en muchos años de ahorro. Que los billetes, llamados en la zona “queches”, abundaban en la casa del señor Castañeda. Se repetía que don Abel guardaba el dinero en un costal, que él ya tenía 1 arroba de cheques.

Se sabe que don Abel era un hombre alto. Para la zona, blanco. Contaba con unos 40 años de edad. Caminaba a pasos largos y rápidos. De hablar claro y pausado. Él vivía sólo en el fundo de Chancu desde hacía muchos años. Su alimentación era frugal. Su estilo de vestir era simple. Gastaba su dinero a cuentagotas. Era muy tacaño. En alguna forma se podría decir que don Abel encarnaba al personaje que aparece en la novela *El lobo estepario* de Herman Hesse. Mientras que para los creyentes sería un ermitaño de los muchos que abundaron en los primeros siglos del cristianismo.

La fama del dinero, la condición de vivir solo, fue la razón que motivó a la humilde familia López, habitantes del distrito de Huaylillas, más propiamente del paraje Macullo, a planear su asesinato y sustraerle, particularmente, la arroba de cheques.

Ellos, como muchos más, fueron sus clientes, compraban a don Abel granos y animales. Decía, don Julián, que llegaron los 4 huaylillanos, como de costumbre, a comprar maíz. El producto tenía que estar desgranado. Don Abel, sentado en el banco, comenzó a desgranar las mazorcas del maíz, en ese instante le asestaron algunas cuchilladas en la espalda y él murió desangrado a los pocos minutos.

Los asesinos buscaron la arroba de cheques. No la encontraron. La razón es que no existía. Sólo fue parte de la fantasía de la gente. Al no encontrar el preciado botín, sólo algunos billetes viejos, cargaron con todo,

incluso con animales, hacia huaylillas. El problema fue que a los mamíferos no tenían dónde esconderlos, hecho que delató a los aseninos. Los López terminaron pagando su crimen con algunos años en la cárcel.

EL ASESINO QUE VELÓ A SU VÍCTIMA

Este crimen fue la historia más contada, recontada, por don Julián. Todos los hijos, igual que los nietos, nacidos o criados en Cruzpata la escucharon una y otra vez. Da la impresión de que ésta era la narración favorita del viejo patriarca.

*

La disputa por el poder en la ciudad de Tayabamba estaba a la orden del día por aquellos tiempos. Hablamos de los años 20-30 del siglo pasado. Algunas familias, hacendados, terratenientes, comerciantes, luchaban por el control de la recién ascendida capital de la provincia de Pataz. Los enfrentamientos permanentes obligaban, a los gamonales de la zona, hacer alianzas pasajeras, pactos circunstanciales, de esa manera enfrentar mejor a sus ocasionales contrincantes.

Estos enfrentamientos fueron una norma en la sociedad peruana de aquellos tiempos. Más aún, es típica de modos de producción social en transición del sistema feudal a sistema capitalista en todo el mundo. En ellos, el poder regional, local, es muy fuerte en desmedro del Poder central. El Estado “nacional” no tiene mayor presencia. El estado está entremezclado o formado por el poder local o gamonalismo.

Mencionemos a 3 familias, otras fueron anotadas en el II capítulo de esta crónica, que fueron los actores centrales de la historia narrada por don Julián. Los Zegarra. Los Flores. Los Vidal. En estos tiempos en Tayabamba, parte del poder oficial, estuvo en manos de los Vidal. Éstos estuvieron enfrentados con los Flores y, en alguna forma, con los Zegarra.

Don Demetrio Vidal era el Subprefecto de la provincia de Pataz. La Subprefectura estuvo localizada en la capital de la provincia. Para ese entonces, tenía su local ubicado en una de las esquinas de la Plaza de Armas. Era una vivienda grande, con patio interior, entre el Jirón San Martín y el Jirón José Gálvez. En el mismo recinto estaba la vivienda, privada, del representante del Presidente de la República en la ciudad.

En una oportunidad, corría el mes de junio, las cabras de don Laurencio Flores, patriarca de los Flores, entraron a la chacra sembrada de arvejas de la señora Rosaura Agüero, que estaba ubicada cerca del Panteón. Los animales comieron gran parte del sembrío. La perjudicada se acercó a la Subprefectura y demandó a don Laurencio por el daño ocasionado. El Subprefecto, de inmediato, ordenó a los gendarmes que detengan a don Laurencio y lo mantengan preso en una de las celdas de la cárcel. Las órdenes fueron acatadas sin dudas ni murmuraciones.

La gente tayabambina interpretó esta acción como un acto de venganza de los Vidal en contra de los Flores. Las familias estaban enfrentadas, desde hacía tiempo atrás, por linderos, pastos, bosques, mujeres e hijos. Si bien el daño estaba hecho, el mismo no era motivo suficiente para detener a don Laurencio, comentaba la gente. Se sabía que

él podía reparar pecuniariamente el daño y, además, el hombre estaba bordeando la ancianidad.

Al enterarse de este maltrato al patriarca, los Flores hablaron con los Zegarra. Concretamente con Ligorio, el hacendado de Bambitas. Le pidieron apoyo en contra de los Vidal. Deseaban vengar el abuso cometido por el Subprefecto. Fue Néstor, uno de los hijos del detenido, quién habló con Ligorio. Se presentó en la casa hacienda y le dijo:

“El abusivo del Demetrio ha metido a mi papá a la cárcel. Yo necesito tu ayuda.”

El ex Diputado respondió: “Claro que tienes mi ayuda.”

De inmediato sacó de su bolsillo trasero de su pantalón un revólver, marca Colt, y lo puso en sus manos, diciendo:

“Ten esta arma, posiblemente te sirva.”

Néstor agradeció a Ligorio y se retiró. Empezó el camino en dirección a Tayabamba. Ahora, con el arma colocada al cinto, envió un propio a Tayabamba. Éste llevaba el siguiente mensaje a la autoridad provincial:

“Dice Néstor Flores que si en 24 horas no pone en libertad a su padre, él vendrá y solucionará el problema como solucionan los hombres que se respetan.”

La intención fue intercambiar trompadas, como máximo. El Subprefecto escuchó el mensaje de Néstor Flores. No le dio mayor importancia. Consecuentemente, no ordenó la libertad de don Laurencio.

Al día siguiente, habiendo transcurrido las 24 horas, al no haber sido liberado el patriarca de los Flores, Néstor, cruzando la plaza de la ciudad, se dirigió hacia el local de la Subprefectura. Era alrededor de las 8 de la mañana. Su intención era exigir la libertad de su padre. En cuanto él se acercaba al local de la Subprefectura, a unos 50 metros, vio que el Subprefecto estaba en la puerta del despacho, con el dorso desnudo, con una toalla colgada en el cuello. Don Demetrio estaba afeitándose. Su cara se veía en el espejo que colgaba de la aldaba de la puerta del local. Junto a él había un lavador con agua. Éste descansaba sobre un banco de madera.

A unos metros de distancia de don Demetrio estaba, sentado sobre una silleta, don Federico Vidal, hermano mayor del Subprefecto. Este último, al ver la figura de Néstor caminando en dirección a ellos, presa de miedo, gritando, dijo a su hermano: “¡Demetrio, ten cuidado! Allí viene el desgraciado de Néstor Flores. ¡Te puede matar!”

En ese momento, el Subprefecto levantó la mirada. Se dio cuenta que Flores se acercaba hacia ellos. Dejó de afeitarse. De inmediato se dirigió al interior del despacho de la Subprefectura. Allí tomó una de las carabinas, la 44 marca Winchester, que había en el armario. Luego salió rápidamente, con el arma en la mano, intentando apuntar al cuerpo de Néstor Flores. Éste fue más rápido. Tuvo mayor tiempo para preparar su arma. Su arma, por ser corta, fue más fácil de manipular. Antes que el Subprefecto lo haga, Néstor disparó 2 tiros al cuerpo de la autoridad. Demetrio Vidal se desplomó mortalmente sobre el piso. Corrió la información, como reguero de pólvora, en todo el pueblo que el Subprefecto había sido asesinado por Néstor Flores.

Unos se encargaron de recoger el cadáver, otros de lamentar el crimen; mientras que don Ezequiel Caballero, apodado El Káiser, secundado por don Andrés Lecca, apodado El Brujo, responsables de los Gendarmes, se encargaron de la persecución del asesino. Éste, al ver caer a don Demetrio, corrió directamente hasta el Alto de la Caridad. Buscando por donde huir, de pronto divisó que los gendarmes salían a darle caza. Antes que los perseguidores lo vieran, se deslizó unos metros abajo por la pendiente. Se metió dentro de los arbustos que tupidamente cubrían la ladera. Éstas llegaban hasta la orilla del riachuelo de Winchispuquio.

Cuando llegaron los gendarmes, al no verlo, se dirigieron al riachuelo con la intención de hacer un cerco y, así, evitar que escape; pero no lo encontraron por ningún lado. Después de 2 horas de búsqueda, desde el Alto de la Caridad, el jefe de los gendarmes divisó un caballo blanco, con un jinete con poncho y sombrero negro, que galopaba por el camino de Collay en dirección a Huanapampa. Don Ezequiel ordenó a los suyos que abran fuego, con sus fusiles Máuser, al jinete, creyendo que era Néstor Flores que estaba escapando.

El jinete acosado fue Manuel Zegarra, el hermano menor de Ligorio que, de pura casualidad, trotaba por ese camino. Las balas disparadas con los Máuser no dieron en el blanco porque la distancia era demasiado larga para el alcance de estas armas. En medio de estos ajetreos de los gendarmes, llegó la noche.

Algunos tayabambinos pensaban que todo estaba fríamente pensado. Que los Flores y los Zegarra habían planeado esta estratagema. No era casualidad que, justo esa hora, uno de los Zegarra cabalgue por ese camino

y de esa manera desviara la atención de los Gendarmes. Otros, algo incrédulos, decían: “¡Todo es posible en este mundo de Dios y de los hacendados!”

¿Qué pasó con Néstor Flores? Él, al verse perdido, la peña era demasiado alta y empinada para tirarse, sabiendo que lo detendrían de todos modos, buscó un lugar muy cercano como escondite. Éste estaba sólo a unos pasos del filo de la pendiente. Aquí encontró una planta grande de un arbusto llamado Potaca. Ésta estaba cubierta por otras plantas y arbustos como Zarzas y Yervas Santas. Néstor se acurrucó bajo la Potaca. Se cubrió con ramas y hojas que había a su alrededor. 2 veces pasó don Ezequiel cerca del asesino. Otro gendarme rozó su cuerpo; pero no se percató que el buscado estaba ahí. Si hubiesen llevado perros, el asesino no hubiese tenido escapatoria. Pasaron las horas y él se mantenía en ese estado. De pronto llegaron las sombras. La noche fue su salvación.

Cuando ya no había nadie en el lugar, al amparo de la noche, salió del escondite Néstor y se dirigió a un conocido de apellido Picón. Éste tenía su humilde vivienda en Curcurash, cerca al campo de futbol de la ciudad. Allí pasó la noche y estuvo todo el día, esperando que llegue nuevamente la noche siguiente para salir y despedirse de su pareja, la señora Erminia Cruzalegui. Con ella tenía una hija recién nacida. Además, muy importante, tenía que asistir al velorio y despedirse del cadáver.

Efectivamente, a las 11 de la noche llegó a la vivienda de su conviviente, después de hablar algunas cosas, le pidió que consiga un vestido largo, un saco, un pañolón, un sombrero y una mantilla. Estas prendas eran utilizadas por las damas tayabambinas cuando asistían a un

velorio. La pareja consiguió toda la indumentaria de una conocida suya llamada Casilda Armas.

Néstor se disfrazó de dama, parecida a la señora Casilda, asistió al velorio del Subprefecto Demetrio Vidal. Lo único que llevó fue 1 metro de soguilla. Entró sin saludar a nadie. Se sentó en una esquina de la sala. La cabeza agachada como quien está arrepentido de sus pecados o aparentando rezar en voz baja. No habló con nadie. En los velorios, como era costumbre, la gente que asistía tomaba bastante turco. Normalmente en la madrugada, la mayoría estaban ya borrachos. Otros estaban cansados, pestañeando o cabeceando. Los que se encontraban en mejores condiciones se dirigieron al panteón a abrir la tumba para enterrar el cadáver. En estas circunstancias, cuando el amanecer anunciaba sus primeros rayos, Néstor se acercó al cadáver, con la soguilla que tenía ató los 2 pies del muerto. Enseguida se retiró, cabeza gacha, sin despedirse de nadie.

Las preguntas que caben son:

¿Por qué hizo esa visita? ¿El riesgo para ser detenido era muy grande?

La respuesta la encontramos en la mentalidad de la gente. Era idea generalizada de que cuando hay un crimen, el criminal tiene que asistir al velorio. Él tiene que atar las 2 extremidades inferiores del occiso, de esa manera está limitando la capacidad de los sabuesos que buscan al asesino en la medida que el alma del muerto, está bloqueada, no los puede guiar a su objetivo.

En este caso parece que funcionó la creencia. A Néstor Flores nunca más se le volvió a ver por la zona y en particular en Tayabamba. Muchas veces lo absurdo tiene efecto en la vida fantástica de la gente. El “viejo” Julián, creía en estos disparates. Sólo quedaba respetar sus creencias por más absurdas que fueren.

MONTONEROS Y HAMBRUNA

Por su parte, mamita Rosha tenía otra personalidad en comparación al papá Julián. Menos habladora, mucho más práctica en la vida. Ella era más flexible y humana que él. De vez en cuando socorrió a la gente menesterosa con alguna porción de comida. Algunas veces ella tuvo que soportar, con la cabeza agachada por su pasado, las lisuras, las ofensas, del patriarca de la familia. Entre los hijos, nietos, ella tenía sus preferidos y lo demostraba con marcada evidencia. Él, posiblemente, también; pero era menos expresivo. El “viejo” Julián, siempre, apareció como el hombre duro, mandón y tacaño en la tribu cruzpatina. En los últimos años de su vida, cambio totalmente. Posiblemente porque ya no tenía poder.

En contraposición a las cruentas historias de sangre, con una buena dosis de fantasía, que fue lo que marcó las narraciones de don Julián Aquino, doña Rosaura Bogarin se limitaba a contar experiencias que directamente ella había vivido. Una que repetía fue de los montoneros y de la hambruna.

*

Ella nació en Cruzpata en las 2 últimas décadas del Siglo XIX. Vivía con su mamá doña Feliciano Ulloa López. Cuando la niña tenía 5 o 6 años de edad, afirmaba, que fue común escuchar el rumor de que la ciudad de Tayabamba será tomada por los montoneros. Cuando el rumor tenía visos de realidad, las autoridades de la ciudad obligaban a los curas para que doblen, a los 4 vientos, las campanas de la iglesia de la ciudad.

El repique de las campanas tenía distintos significados, decía doña Rosaura. El número de veces que doblaban, la intensidad con que se hacía, marcaba la diferencia. Los habitantes de la ciudad, sus alrededores, conocían e interpretaban, fácilmente, los secretos del sonido de la campana.

Las montoneras tienen su origen, en la zona, en los tiempos de la guerra del salitre, Perú-Chile. Cerca la provincia de Pataz, en la provincia de Huamachuco, se libró la última gran batalla entre estos 2 ejércitos. El peruano, comandado por el General Andrés Avelino Cáceres y el chileno, por el General Alejandro Gorostiaga. Al ser derrotado el ejército peruano, 10 de julio de 1883, muchos de los alistados, pobres, desocupados, como ya no había guerra en la zona, se dedicaron a robar en nombre de tal o cual fuerza, para seguir subsistiendo. Esta situación se acentuó en los años posteriores como parte de los enfrentamientos entre los seguidores del General Miguel Iglesias y el General peruano antes mencionado. Al terminar estos conflictos, los que habían sido reclutados para pelear por tal o cual señor, al ser desamparados y desocupados, formaron bandas armadas que recorriendo pueblos, ciudades, saqueaban y hasta mataban.

“En Tayabamba fueron muy temidos por estas fechorías.”

Decía doña Rosaura.

Las montoneras venían desde la Costa. En su camino se le iban uniendo algunas personas más. Los que llegaban a la zona lo hacían a través del camino que cruzaba el departamento de Ancash. Pasaban el puente colgante sobre el Río Marañón, subían por Urpay, escalaban hasta la puna de Jogo. Cuando comenzaban a bajar en dirección de Tayabamba se les podía ver, caminando, por los bordes del Cerro Bombonsillo. La misión de los tayabambinos era no dejarlos pasar de la playa del Tingo. Allí formaban sus barricadas y se armaban, con lo que podían, para repeler a los montoneros. El arma predilecta, por la topografía de la zona, fueron las piedras, en particular las galgas, que eran rodadas desde las alturas en contra de los montoneros que caminaban en la parte baja.

En Cruzpata, al escuchar que los montoneros vienen, la mamá Feliciana, doña Felipa Espagis, su hija Ermelinda Ponce y la pequeña Rosaura tomaban las cosas más valiosas, entre ellas algo de comida, y se refugiaban en los bordes de la pequeña laguna que existía en Tucumarca. Allí pasaban algunos días, incluso un par de semanas, hasta que corrían las voces, que los montoneros o se han ido del pueblo o, en su defecto, habían sido repelidos en la playa del Tingo por los tayabambinos.

Esta historia de los montoneros, frecuentemente, la combinaba, doña Rosaura, con la historia de las hambrunas. Al escuchar su narrativa, no se sabía diferenciar si es que estas últimas eran producto de la acción de los arriba nombrados o tenía otras causas, que podrían haber sido sequías, heladas, medidas políticas económicas de los Gobiernos, etc.

Decía que cuando era niña, pasó 3 hambrunas. Todas ellas habían ocurrido en el mes de marzo. Con cierto temor y angustia, repetía doña Rosaura esta frase:

“¡Hay que tener miedo a la cuesta de marzo!”

Los nietos que la rodeaban y escuchaban su relato no comprendían por qué esa expresión de miedo, de mamita Roscha, al mes de marzo.

Lo que la abuela y los nietos no comprendían -o comprendían, pero no podían explicar- es que la vida económica de los campesinos se orienta por las estaciones del año. La cosecha se hacía desde junio hasta agosto. La gente guardaba sus productos hasta la siguiente cosecha. Normalmente el mes de marzo era el mes cuando los productos guardados se agotan y los nuevos productos aún no estaban maduros. Marzo era el último mes de frío, muy lluvioso, de la estación de invierno. En el mes de abril cambia la situación. Es el mes cuando aparecen las papas, los choclos, las cañas, etc. La vida, para los campesinos, especialmente pobres, comienza de nuevo. Hay productos nuevos y frescos para comer.

Por la falta de aliento en la gente de pocos recursos, la abuela, en sus primeros años, pasó estas penurias; era el motivo que llevaba a la señora Rosaura, al común de la gente, hablar con temor y angustia de la cuesta de marzo.

Contó que esas 3 oportunidades, en el mes de marzo, la gente que tenía algo no cocinaba, comían la comida cruda, o de lo contrario, cocinaban una vez cada 24 horas y en la noche. Los nietos no se podrían imaginar y preguntaban:

“¿Y por qué, mamita cocinaban sólo en la noche?”

Ella respondía:

“¡Si cocinábamos en el día, la gente hambrienta venía a la casa y nos quitaba la comida!”

Algunos de sus nietos, preguntaban:

¿Y cómo sabía la gente que alguien, o ustedes, cocinaban?”

Ella respondía:

“Por el humo. Por el humo. La gente que no tenía qué comer sabía que cuando de una casa salía humo es porque estaban cocinando, tenían comida. Por eso cocinábamos en la noche ya que el humo no se ve.”

Luego continuaba ante la atenta mirada de los nietos que escuchaban la historia:

“Por esos años, yo vi morir a un viejito y a un mudito arriba en el gengo. Días antes pasaron por la puerta de la casa en dirección al pueblo. Se sentaron en una patita en el gengo y de allí no se movieron. Después de 3 días murieron de hambre. Doña Ermelinda con 3 hombres, apoyada por el cura Varona, los recogió y los llevaron a Colpabamba para enterrarlos.”

Con esta historia de los montoneros y de la hambruna, versión de doña Rosaura, terminamos esta parte de la crónica titulada CRUZPATINADAS que abarca historias contadas por los abuelos, una hija y algunos nietos.